ANTONIO MANZINI

EL ANILLO PERDIDO



ANTONIO MANZINI

EL ANILLO PERDIDO

Cinco investigaciones
de Rocco Schiavone

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque



NOTA DEL AUTOR

Estas cinco investigaciones narran hechos posteriores a Pista negra *(el primer libro de Rocco), cuando Rocco ya es un residente confinado en la ciudad de Aosta. Al releerlas he tomado conciencia de cómo se han insertado en los pliegues del tiempo narrativo. Para que se me entienda: los libros de Rocco marcan la evolución, o involución, psicológica, existencial y temporal del subjefe. El tiempo transcurre, qué duda cabe, con sus achaques, sus problemas, su historia personal. Por lo que me ha resultado complicado introducir historias desconectadas del flujo narrativo de las vivencias personales del subjefe. Es como si unos pequeños episodios de su vida se hubieran enquistado en el gran libro de Rocco Schiavone, puesto que es así como entiendo la serie de novelas, como capítulos que forman parte de una única obra. Por lo tanto, he tenido que pensar en una interrupción temporal en la que establecer estos relatos, donde unas veces se entrevé la influencia de los libros contemporáneos y otras veces no, como en el caso de «... y balón al centro». Me doy cuenta de que me he divertido como un niño con un tren de juguete, y tengo la esperanza de poder devolverle al lector al menos una pequeña parte de la alegría que estas historias me han regalado.*

A. M.

EL ANILLO PERDIDO

Abrió la pequeña puerta del armarito de aluminio donde guardaban las llaves de los panteones familiares. Los trabajadores anteriores a él, con el paso de los años, habían ido dividiendo el cementerio en zonas: la zona A, a la que le correspondía el manojo de llaves número 1; la zona B, el número 2; y así hasta la zona F, la más antigua del cementerio, donde era de esperar que estuviera la llave número 6 y donde, sin embargo, la que había era la llave número 7. Por qué no estaba la número 6 era un misterio para Cibruscola, el guardián que trabajaba allí desde 1994. Después de reflexionar sobre aquello durante las largas jornadas grises y aburridas en compañía de tumbas y nubes bajas, había llegado a la conclusión de que no se trataba de un simple olvido, sino de una especie de superstición con el número 6 que, repetido tres veces, quizá habría otorgado a las llaves un poder mágico y siniestro, el de abrir no las puertas de los panteones, sino de la esencia maléfica del mundo.

El juego número 7 no estaba en el armarito. «Uf...», murmuró entre dientes, y empezó a buscarlo en los cajones del escritorio y los estantes de la pequeña estantería del despacho. Por otro lado, nadie pedía nunca las llaves de la zona F, un rincón remoto del camposanto donde parientes y allegados rara vez iban a visitar a sus seres queridos. La mayoría de las familias que reposaban allí se habían extinguido, y muchos de los difuntos ya no tenían a nadie que fuera a quitarles el polvo a las lápidas, a cambiarles el agua a los jarrones ni a rezar un par de oraciones el día de los difuntos. Al cabo de diez minutos, Alfonso encontró el manojo olvidado en el fondo de

un cajón, escondido detrás de los recibos de un vivero.

—¡Por fin! —exclamó cogiendo el aro de hierro con las llaves, largas y bruñidas por el tiempo.

Fuera lo estaban esperando los dos albañiles del ayuntamiento, que masticaban chicle con un ruido y un movimiento perfectamente sincronizados.

—¡Vamos allá! —les dijo, y se puso en marcha.

Los dos obreros agacharon la cabeza, cogieron sus herramientas y siguieron a Alfonso por el sendero bordeado de cipreses. El viento de finales de septiembre había amainado y el frío parecía querer dar tregua a la ciudad.

—¿Nos explicas lo que tenemos que hacer? —preguntó Maurice, el mayor de los dos, de nariz enorme y roja como un pimiento morrón.

—Tenemos que trasladar el cuerpo de Veronica Guerlen Bresson desde el panteón familiar del marido, en la zona F, al de los Brionati, en la B.

—Pero ¿y los documentos y todo eso? Que luego no quiero acabar chupándome una denuncia —dijo el más joven.

Alfonso frenó en seco en mitad del sendero.

—Pero ¿tú eres tonto, Damiano? Pues claro que está todo. Las firmas, las actas y toda la pesca. ¡Ah! ¡Y el primero en chuparse una denuncia sería yo! De todas formas, el director sanitario regional ha llamado y no viene, el alcalde no exige la presencia de más testigos, aparte de nosotros tres. Así que manos a la obra.

Reanudaron la marcha. Los únicos ruidos que se oían eran los pasos en la grava, los utensilios traqueteando dentro de las cajas de herramientas, las mandíbulas mascando chicle. Allí ya no se oía la ciudad.

—Que además me gustaría a mí saber… —continuó Damiano, para quien saltaba a la vista que era la primera vez que le sucedía algo parecido— por qué tenemos que cambiar el

cuerpo de un panteón a otro.

—Bah… Yo lo único que sé es que tenemos que trasladar a doña Veronica Guerlen Bresson.

Llegaron a la zona F del cementerio. Musgos y líquenes habían ganado la batalla a las inscripciones de las lápidas de piedra, hasta tal punto que al mirar la primera tumba lo único que apenas se lograba leer era: «AQUÍ YAC… GIOV… DUP… 182…-…74».

Dejaron atrás el primer conjunto de sepulturas, doblaron la esquina y llegaron a un sendero sin salida que acababa en dos panteones. Alfonso se acercó al de la derecha, construido a imitación del Templo de la Concordia. En el suelo, delante de la entrada, había una rosa blanca. Alfonso meneó la cabeza, se agachó y recogió la flor para lanzarla luego detrás de un arbusto de boj.

—Lo que yo querría saber es quién pone estas rosas aquí delante. ¡Todos los meses hay una! —E introdujo la llave en la cerradura. La forzó un poco, dio tres vueltas rascando el óxido y el polvo de los mecanismos poco engrasados, y por fin la cancela de hierro negro se abrió chirriando.

Dentro del panteón había seis sepulturas. A la derecha las tres más recientes, una por cada difunto, y a la izquierda otras tres que contenían cuatro huéspedes de la familia cada una. Eran los antepasados más remotos, cuyos huesos ya habían sido exhumados y encerrados en cajitas más pequeñas. En el centro, debajo de un ventanuco redondo, tres jarrones de mármol vacíos apoyados sobre un pequeño altar. Deberían haber contenido flores, pero hacía años que nadie visitaba aquel lugar. Se estaba cayendo a pedazos y Francesco Guerlen Bresson, el único superviviente de la vieja estirpe, pasaba olímpicamente de sus difuntos. A la derecha, sobre el mármol de la sepultura central, se leía una inscripción dorada: «Aquí yace Veronica Guerlen Bresson. Amada esposa, amada madre. 1920-1983.» Sobre la tumba de la amada esposa y la amada

madre se encontraba la del amado padre, Carlo Guerlen Bresson, 1918-1993. En las demás reposaban los Guerlen Bresson de siglos pasados. Desde un tal Didier, muerto en el año 1840, hasta una tal Marianna, que se había apagado en el lejanísimo 1798. Tres siglos de muertos. Damiano y Maurice dejaron en el suelo los cubos y la caja de herramientas. Alfonso golpeó con los nudillos la lápida de Veronica.

—¿Cuánto tardáis en abrirla?

Maurice se acercó para examinarla.

—Diez minutos. —Y cogió el martillo y el cincel para propinar los primeros golpes.

—Muy bien, pues entonces yo voy a mirar el otro panteón, al que hay que trasladar el cuerpo. Eso sí, por favor, en cuanto la abráis, ¡no toquéis nada! Tengo que estar yo presente.

—¿Y no debería haber también un familiar? —preguntó Damiano.

Alfonso sonrió.

—Y dale. Ya te he dicho que el hijo ha firmado todos los documentos.

—¿No le importa que le cambiemos a la madre de sitio?

—Parece que no.

El guardián dejó a los dos albañiles trabajando. El primer golpe de Maurice retumbó entre las sepulturas importunando su eterno reposo.

• • •

Los obreros rodearon con una cuerda la losa de mármol, que ya sobresalía del nicho, y poco a poco la sacaron para dejarla en el suelo, entre las esquirlas de cemento y emplaste. Ahora había que extraer el ataúd de Veronica. Damiano y Maurice,

secándose el sudor, miraron el féretro recién descubierto. Había algo que no cuadraba. Encima del ataúd de Veronica Guerlen Bresson se hallaba tumbado el cuerpo de un hombre. Vestido con chaqueta y corbata, zapatos de cordones y un anillo en el dedo anular. Los dos obreros se miraron.

—Esto… ¿esto es normal?

—Yo diría que no. Sobre todo porque este que está encima del ataúd no puede ser Veronica. Lleva pantalones —observó Maurice con astucia. Ninguno de ellos conseguía apartar los ojos de aquel espectáculo.

—Y, además, aunque fuera la señora, que no lo es, debería estar dentro del ataúd, no fuera tomando el fresco, ¿no?

—A ver, ¿habéis terminado? —preguntó Alfonso entrando en el panteón.

Maurice, a quien aquello casi le hacía gracia, señaló el ataúd negro y mohoso de Veronica, con el cuerpo desconocido tendido encima.

—Pero ¿qué…? —preguntó el guardián. Se acercó—. ¿Y esto? —Acto seguido se llevó las manos a la cabeza—. ¿Y ahora qué?

—¡¿Y ahora qué?! —gritó Rocco Schiavone, mirando el teléfono que no paraba de sonar—. ¿Quién se pone a dar por saco tan temprano por la mañana?

Hasta ese momento el subjefe se había tomado con calma la habitual operación despertador-ducha-desayuno en el bar-porro matutino, y había perdido la noción del tiempo. Hacía un buen rato que habían dado las diez. Levantó el auricular.

—¡Schiavone!

—¿Lo molesto? Soy De Dominicis…

Era el propietario de la casa de via Piave.

—Ah, dígame…

—Verá, siento llamarlo al despacho, pero el inquilino de la planta de abajo se ha quejado de una gotera en el techo donde vendría a estar su cuarto de baño. Por casualidad, ¿no habrá dejado el grifo abierto?

—No. No creo.

—¿Podría pasarse un segundo?

Rocco levantó la mirada al cielo. No hacía ni tres semanas que había llegado a Aosta, y si así iba a empezar su relación con el propietario de su vivienda, más le valía buscar alojamiento en otro sitio.

—Escuche, me pilla en medio de una situación muy complicada. Estoy reunido con el concejal de tráfico por la focalización del mecanorreceptor.

—Entiendo —respondió dubitativo De Dominicis.

—Usted tiene las llaves. ¿Podría hacerme el favor de subir a echar un vistazo?

—Está bien... ¿Conoce usted a algún fontanero?

«Qué coñazo», pensó Rocco.

—En Roma conocía a treinta y dos. Aquí no sabría decirle.

—¿Le molesta que mande al mío?

—Para nada. Ponga incluso la factura a mi nombre. Siéntase como si la casa fuese suya. Que, además, así, entre nosotros, en realidad la casa es suya.

—Pues sí. Se lo agradezco.

—Soy yo quien se lo agradece. —Y colgó el teléfono.

No había tenido tiempo ni de despegar la mano del auricular cuando llamaron a la puerta. Rocco olisqueó el aire. El olor a cannabis estaba demasiado presente. Se levantó para ir a abrir la ventana. Una lengua de sol iluminaba la ciudad.

—Tampoco hay que pasarse, ¿eh? —dijo dirigiéndose al astro celeste, y, luego, con pasos largos y regulares se acercó a la puerta. Era D'Intino.

—¿Qué quieres?

—Hay un *poblema*.

—¿De qué se trata?

—Han encontrado un cadáver encima *d'otro*.

Rocco respiró hondo.

—No, D'Intino, yo así no puedo. No hables, quédate callado y mándame ahora mismo a Pierron.

—No está. Se ha *pillao* el día libre.

—¿Caterina Rispoli?

—La subinspe también se ha *pillao* el día libre.

«Cabrones», pensó Rocco. Los únicos dos colegas con dos dedos de frente habían aprovechado aquellos cuatro rayos de sol desvaído para cogerse un día de fiesta. En las pocas semanas que llevaba allí una cosa había aprendido de aquella ciudad: sus habitantes aprovechaban al máximo el menor rayo de sol fuera de temporada, conscientes de que durante meses podría ser el último.

—Entonces ¡¿quién queda en esta oficina dejada de la mano de Dios?! —gritó.

—Quedo yo, Deruta, Casella...

—Aviados estamos... Venga, repítemelo todo despacito.

—Lo que *le dicho*, hay un cadáver encima *d'otro*.

—¿Qué coño quiere decir eso, D'Intino? ¿Qué significa que hay un cadáver encima de otro?

—Eso me han *contao*. A mí también me suena raro. Pero vamos, eso, que hay dos cadáveres *montaos* uno encima *d'otro*.

—Vayamos punto por punto. ¿Dónde están estos cadáveres amontonados?

—En el cementerio.

—Y este cadáver encima del otro, ¿dónde está exactamente?

—En el ataúd. Uno. *L'otro* encima del ataúd.

—Hay dos cadáveres, uno en el ataúd...

—Y otro fuera.

—Hagamos una cosa. Vayamos a verlo al cementerio. Así

acabamos antes.

—Yo en verdad sigo convaleciente…

Rocco asintió. Lentamente le cerró la puerta en las narices a D’Intino. Fue hasta el perchero, cogió el loden, volvió hasta la puerta y la abrió. El agente abruzo seguía allí.

—Vete —le ordenó el subjefe.

—¿Adónde?

—Adonde te dé la gana. Pero ¡lárgate, joder! Me voy yo solo.

Lo dejó atrás y cruzó el pasillo a paso rápido. En la conserjería estaba Casella, el agente que superaba por pocos decimales el cociente intelectual de Deruta y D’Intino.

«Menos da una piedra», pensó. Decidió llevárselo a él.

—Casella, ¿qué haces en la conserjería?

—Es mi turno.

—Pues pon a D’Intino y vente conmigo. Te espero en el coche.

—¡Gracias, jefe! —El policía se levantó de un salto, feliz de salir del angosto cuchitril de la conserjería.

Alfonso Cibruscola salió de inmediato al encuentro de los dos policías. Tenía el rostro pálido, los ojos ojerosos, el pelo negro ralo en la cumbre del cráneo, y era delgado, pero de vientre prominente debido al exceso de carbohidratos y cerveza.

—¡La leche! —dijo Casella en voz baja al subjefe—, ¡parece uno de la familia Addams!

—¿Qué se le va a hacer? Uno se acaba pareciendo al trabajo que tiene. Éste se pasa el día rodeado de muertos…

—Y usted y yo, jefe, ¿a qué nos parecemos?

—Mejor no te lo digo.

El hombre de negro había llegado hasta ellos.

—Alfonso Cibruscola, encantado. Soy el responsable

municipal del cementerio.

—Schiavone. ¿Puedo ver de qué se trata?

—Claro, claro, por aquí. Es en la zona F, la más antigua. —Abrió el paso.

Se respiraba un olor agradable, a cipreses y resina. Allí ya no se oía el tráfico; tan sólo los pasos sobre la grava.

—Lo hemos encontrado esta mañana —explicó—. Teníamos que hacer una exhumación. Cuando hemos ido a abrir la sepultura nos hemos encontrado con la sorpresa.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—¿Por qué tenían que trasladar un cuerpo?

—Teníamos que llevar el cuerpo de Veronica del panteón de los Guerlen Bresson al de la familia Brionati.

—¿Para qué?

—Disposiciones testamentarias. Don Gustavo Brionati, fallecido hace un mes, dejó escrita en su testamento la voluntad, acompañada de una carta ológrafa de Veronica Guerlen Bresson, de querer descansar eternamente junto a dicha mujer.

—Hay que ver qué cosas... —dijo Rocco suspirando, mientras seguía al guardián del cementerio—. ¿Y la familia de la difunta?

—No se ha opuesto. Que, bueno, decir «familia» es una forma de hablar. En realidad sólo queda el hijo, Francesco. Y le da exactamente igual dónde pongamos a su madre. Adelante, hemos llegado.

Sentados en un banco fuera del panteón estaban Damiano y Maurice. Fumaban, y saludaron con un gesto a los policías.

—Lo encontraron ellos —informó Alfonso señalando hacia los dos obreros.

Rocco entró en el panteón de los Guerlen Bresson. En la tumba central, recién abierta, había un ataúd negro, enmohecido y con un lateral arrancado. Encima del ataúd, el

cuerpo de un hombre en avanzado estado de descomposición, vestido de punta en blanco: chaqueta verdosa, color que quizá se debía a la presencia de hongos y parásitos, un par de pantalones más claros, zapatos de cordones y calcetines.

—¿Qué hace un cadáver encima de un ataúd? —se preguntó Rocco a sí mismo.

—No lo sé —respondió el guardián.

—No se lo preguntaba a usted.

—Lo ha dicho en voz alta, pensaba que me lo estaba...

—Casella, llama a Fumagalli. Dile que venga. Lo necesitamos...

El agente cogió el móvil y salió del panteón.

—Pero ¿qué dice el derecho sobre esto? —preguntó el guardián.

—¡Bueno...! Usted sabe mejor que yo que las inhumaciones se realizan cuando caducan las concesiones o cuando un descendiente lo solicita. Pero eso es cuando se trata de un cuerpo enterrado con nombre y apellidos. En este caso, no tengo ni la más remota idea de quién pueda ser ese señor. Y se lo digo con total franqueza, es un problema con el que le tocará apechugar al juez Baldi.

• • •

Alberto Fumagalli observaba inclinado aquel cadáver con chaqueta y corbata que estaba tendido sobre un ataúd que no era el suyo. Decidió que ya había pasado el suficiente tiempo delante de la tumba y salió del panteón. Se acercó a Rocco, que fumaba mirando el cielo. Desde la primera vez que se vieron decidieron no saludarse. Ninguno de los dos había sentido la necesidad de hacerlo. Quizá por una semejanza de carácter, o

quizá sólo por inspirar en el otro un aburrimiento recíproco.

—Veamos, querido subjefe Schiavone. No basta sólo conmigo. El cuerpo está bastante descompuesto. Tiene ya una buena parte del esqueleto al aire. Aquí también hace falta un biólogo forense.

—¿Tienes uno?

—Llamaré a Mascini. Es el mejor que conozco. Aunque está en Turín, no llegará antes de mañana.

—¿No me cuentas nada más?

—Por supuesto. Se trata de un hombre por encima del metro setenta y cinco, con dos molares empastados. Para averiguar la edad y el resto tengo que hacer unos cuantos análisis.

—¿Y respecto a la causa de la muerte?

—Eso es otro cantar. No sabría responderte a bote pronto. Tengo que estudiarlo un poco. Pero te advierto: no hay glándulas que examinar. A lo que podré echar un vistazo es a si hay heridas en los huesos, si el hueso hioides está en orden...

—Si no lo estuviera, ¿sería estrangulamiento?

—Empiezas a darme alegrías, Schiavone. ¿Ves cómo poco a poco estando al lado de los genios se aprende? Si murió por envenenamiento puedo mirar lo que queda de los tejidos. Pero ha pasado mucho tiempo. Vamos, que no es fácil.

—Pero tú eres el número uno y lo conseguirás, ¿me equivoco?

—Borra inmediatamente esa sonrisa irónica de la cara, porque da la casualidad de que estás hablando con el número uno. Bueno, más bien el número dos. El número uno lo será para siempre el difunto profesor Baronchelli, ¡que en paz descanse!

—¿Baronchelli no era un ciclista?

—Ignorante, era mi profesor, catedrático de medicina legal, fue él quien me hizo enamorarme de mi profesión.

—Entonces ya sabemos quién tiene la culpa. Cuídate, yo me voy.

—¿Adónde?

—A ver al juez, a hablar con los familiares, ¿sabes todas esas tocadas de cojones? Pues eso, me las tengo que chupar todas. Hasta luego. —Se levantó y le hizo un gesto al agente Casella, que enseguida fue tras él.

—¡Pero…! —gritó el médico a sus espaldas—. ¿No quieres saber cuánto tiempo lleva enterrado ahí dentro?

—¿Por qué? ¿Tú lo sabes?

—Un cuerpo sepultado tarda una década en descomponerse. Éste, a ojo de buen cubero, lleva ahí unos cinco años. Luego con los tejidos, la chaqueta y los pantalones, te lo sabré decir mejor.

—Fumagà, el número uno eres tú, hazme caso, y no ese Bitossi.

—¡Baronchelli!

Francesco Guerlen Bresson tenía su residencia en el Hotel Norden Palace, en la avenida Battaglione de Aosta, muy cerca de la jefatura. Rocco había pasado por delante cientos de veces. E incluso se había alojado allí los tres primeros días tras su llegada a la agradable capital. Francesco residía en una habitación de la segunda planta junto a *Dorian Gray*, un siamés de cuatro años.

—¿Qué quiere que le diga? Estoy solo, no tengo hijos ni familia. Vivir en un hotel es mucho más cómodo. —Ésas fueron las primeras palabras de Guerlen Bresson al estrechar la mano de Rocco. Sesenta años llevados de pena: barriga y piernas fofas, barba dejada y una ligera sospecha de cortinilla capilar —. ¿Le apetece una copa?

—No, gracias, todavía no he almorzado.

—¿Qué lo trae por aquí?

—Se trata de su madre. Como sabrá, hoy debería haberse llevado a cabo la exhumación del cuerpo para cambiarlo de panteón.

—Sí, claro, lo sé. Con Gustavo. ¿Y...?

—Resulta que encima del ataúd de su madre hemos encontrado el cuerpo de un hombre.

Francesco se echó a reír.

—¡Dígame que no es cierto! —Tuvo que sentarse en el sofá por las convulsiones, la barriga le rebotaba gelatinosa—. ¿Hasta muerta? Es de locos. Yo creía que con el sueño eterno se habría tranquilizado. ¡Menudo putón verbenero!

Rocco abrió los ojos como platos. Jamás había oído a nadie hablar de ese modo de su madre. Es más, en Trastevere un apelativo de ese tipo significaba asegurarse una venganza que sólo acabaría con la muerte del último descendiente de la quinta generación de una de las dos partes.

—¿A qué se refiere?

Francesco tosió, luego pareció calmarse. Respiró y, negando con la cabeza, se sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—Pero ¿se puede? ¿No hay alarma?

—No, en esta habitación he hecho que la desconecten. ¿Lo ve, señor...?

—Schiavone.

—Schiavone. Perdí a mi madre a los treinta, pero, créame, en toda mi vida la habré visto unas seis veces; tres de ellas agarrada a un hombre que no era mi padre.

—Entiendo.

—No, no puede entenderlo. —Se levantó del sofá con cierta dificultad y fue hasta la librería, donde descansaban decenas de libros. Además del escritorio repleto de papeles y adornos, era el único toque personal que Francesco había dado a aquella habitación. Cogió un volumen enorme con las tapas de piel, lo

hojeó y luego se lo acercó al subjefe—. Aquí está, mire.

Era una fotografía en blanco y negro que retrataba a una semidiosa en bañador. Debajo, una nota: «Forte dei Marmi, verano '58.»

—Aquí mamá tenía treinta y ocho años. ¿Qué me dice?

—Era una mujer guapísima.

—Para que se haga una idea, yo en el cincuenta y ocho tenía cinco años. Y no me verá ni en ésta ni en ninguna otra foto junto a mi madre. ¿Comprende? Ella estaba siempre muy atareada. Yo me crié con una tata rusa, que por lo menos me enseñó una lengua. ¿Quiere oír cómo canto *La internacional*?

—No se moleste. —Rocco le devolvió el tocho a Francesco.

—Mamá tuvo más amantes que pelos, y ¿ha mirado bien la foto? Tenía una cabellera abundante. —Volvió a reír socarronamente entre dientes—. Mi padre estaba muy enamorado, pero llegado a cierto punto no pudo más, pobre hombre. Se separaron. Cuando mi madre pasó a mejor vida, estaba con el ingeniero Gustavo Brionati. Se había serenado, había encontrado un hombre discreto que la soportaba y la colmaba de atenciones. Quería casarse con ella, ¿sabe? Pero no lo hicieron, porque, por motivos que desconozco, el divorcio entre papá y mi madre no llegó jamás.

—¿Y esta historia del testamento?

—Bah, ¿qué quiere que le diga? Una gilipollez. Gustavo la quería a su lado el resto de sus días. Murió hace un mes y de ese modo hoy habría concluido su viaje de amor con el putón de mi madre. ¡A saber cómo se lo ha tomado el ingeniero ahora que ustedes la han encontrado en la tumba con otro! —Y se echó a reír de nuevo. Los ojos húmedos parecían a punto de salir disparados de sus órbitas—. Por curiosidad, señor...

—Schiavone.

—Señor Schiavone, ¿saben quién es el hombre acurrucado sobre el ataúd de mi madre?

—No, no lo sabemos. Y sinceramente no sabemos ni siquiera por qué está allí. Ni quién lo ha puesto.

—Es de locos. ¿Saldrá en el periódico?

—Creo que sí.

—¡Bien! Así le refrescamos a la sociedad la memoria de mi madre. ¿Sabe? En su época estaba en boca de toda Aosta... mientras ella tenía la suya ocupada... —Y rompió a reír de nuevo.

Rocco empezó a sentir un hormigueo en las piernas. De lo único que tenía ganas era de perder de vista a aquel tipo y aquella habitación de hotel.

—Oiga una cosa, señor...

—Schiavone, y ya van tres. La próxima vez que tenga que decirle mi apellido le parto la cara.

La reacción de Rocco dibujó una mueca de preocupación en el rostro de Francesco Guerlen Bresson.

—Eh... Eh... Disculpe.

—¿Qué quería saber?

—¿Me toca ir a hacer de testigo a alguna parte? No, es que tengo previsto un viaje. Me marcho pasado mañana y estaré fuera tres semanas. Me voy a Tailandia.

—No, que yo sepa. No veo para qué podría servir su presencia. ¿Sufrió mucho su padre cuando murió su madre?

—No sabría decirle. En aquella época yo estaba en Londres y llevaba años sin volver a casa. Y, como es lógico, tampoco lo hice para el funeral. —El gato enorme decidió saltar al regazo de su amo, que empezó a acariciarlo—. Lo sé, le parezco alguien sin sentimientos y hasta un poco cabrón. Pero, créame, mi madre es la persona a quien más he odiado en toda mi vida. Y si piensa que una madre es para un hombre la persona con quien tiene la relación más íntima y completa, puede entender lo que siento. Cuando murió me sentí liberado. Por un lado. Por el otro dejé de tener el muro contra el que jugaba al tenis.

De repente me encontré en campo abierto, con su red y sus adversarios. Y no fue fácil. ¿Tuvo usted una buena madre?

—Fantástica.

—Suerte la suya, señor...

Se miraron.

Hubo un instante de tensión; a continuación Francesco le guiñó un ojo.

—... ¡Schiavone!

Y se echaron a reír juntos.

—Me explico mejor. Lo que tenéis que hacer... —repitió Rocco a los agentes que tenía ante él— es buscar entre las denuncias por desaparición de los últimos... ¿digamos cinco años?

—¿Cinco años? —Casella se puso blanco—. ¡Pero eso es muchísimo tiempo!

—Por ahora. Si Alberto Fumagalli, del depósito de cadáveres, os dice que el cuerpo tiene más, saltamos hacia atrás en el tiempo. De todas formas, buscad sólo hombres que midan uno setenta y cinco de alto...

—Delgados... —intervino Deruta.

—¿Por qué delgados?

—Bueno, por lo que dice Casella, que estuvo en el cementerio, el tipo no estaba muy entrado en carnes, ¿verdad?

D'Intino, Deruta y Casella empezaron a reír a carcajadas. Rocco se quedó serio. Tanto que a los tres agentes se les congeló la risa en la garganta.

—A trabajar. Y, para cualquier cosa, puesto que Caterina no está, informadme a mí y solamente a mí. ¿Está claro?

Los tres agentes agacharon al mismo tiempo la cabeza.

Los hermanos Brionati, hijos del tal Gustavo que pretendía

alojar a su amante en la tumba, habían sido avisados de la llegada del subjefe y habían preferido que los visitara en casa de Marta, la primogénita, que vivía a las afueras de Saint-Vincent.

Rocco aparcó el coche y echó un vistazo a la casa. Era una construcción de los años sesenta que desentonaba con las montañas y con las demás viviendas de la zona. No habría quedado mal en la periferia sur de Roma.

En el interior, una decoración moderna y minimalista salvaba el edificio. Marta ya había dejado atrás los sesenta; en cambio, su hermano Giorgio todavía rondaba los cincuenta y gozaba de un físico orgullosamente deportivo.

—Señor Schiavone, pase usted, póngase cómodo. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

—Nada, gracias. —Se sentaron en los sofás blancos delante de las ventanas.

—¿Necesitaba hablar también con mi marido?

—No, en absoluto, señora. Esto tiene que ver con su padre.

Los hermanos se concentraron en el policía.

—¿Les han contado lo que ha pasado en el cementerio?

—Sí —contestó Marta—. ¡Ver para creer! ¿Qué podría hacer un cuerpo encima del ataúd de la pobre Veronica?

Rocco extendió los brazos.

—Vaya usted a saber.

—Pero ¿no se sabe ni quién es? —preguntó el hermano.

—No. Veamos, ¿podrían explicarme mejor esta historia del testamento?

Marta tomó la palabra.

—Cuando mamá murió en el ochenta, papá empezó a verse con Veronica. Y se enamoró. Nosotros también le cogimos cariño. Era una persona excepcional. Tímida, atenta, para nosotros fue como una segunda madre.

A Rocco se le vinieron a la cabeza las palabras de

Francesco.

—No consiguieron casarse porque el difunto Carlo Guerlen Bresson jamás le concedió el divorcio. Creo que la amaba con locura.

Giorgio hizo un gesto cómico repanchingándose en el sofá.

—A ver, ¿no es así? —le preguntó la hermana, que había visto perfectamente su reacción.

—Yo diría que no —contestó él—. No le concedió el divorcio sencillamente por las propiedades. Verá, los Guerlen Bresson en aquella época eran una familia muy rica e importante, poseían muchísimas propiedades. El divorcio habría sido un problema, para Carlo. En resumen, casas, terrenos, un buen lío, ¿no? Pues eso…

Marta seguía negando con la cabeza.

—Eso es lo que tú piensas.

—Y también lo que pensaba papá.

—Pero, entonces, ¿qué ha pasado con las propiedades de los Guerlen Bresson? No me da la impresión de que Francesco viva en el lujo.

Marta volvió a tomar la palabra.

—Son muchos los motivos. Falta de una administración prudente, alguna inversión equivocada… Y, sobre todo, el hermano de Carlo, Luigi. Hizo una serie de estafas que le costaron un patrimonio a Carlo. Yo diría que todo el patrimonio de la familia. Luigi llegó a entrar en la cárcel. Luego huyó a Francia y desapareció.

—Pero Francesco, el que vive en el hotel —preguntó Schiavone—, en realidad ¿a qué se dedica?

—Buena pregunta —intervino Giorgio—. Nunca se ha sabido a qué se dedica. ¿Relaciones públicas? ¿Organización de eventos? ¿*Blogger*? ¿Periodista *freelance*?

—Durante un periodo Francesco fue incluso pintor y grabador.

—Con resultados mediocres, créame. Marta probablemente tenga un dibujo suyo por alguna parte. ¿Quiere echarle un vistazo?

—Mejor no, gracias —respondió el subjefe—. ¿Volvemos al testamento?

—Papá y Veronica se habían hecho la promesa de reposar juntos para siempre. Y llegaron a un acuerdo con Carlo Guerlen. Hasta tal punto que Veronica dejó hasta una carta firmada de su puño y letra. Estaba ya muy mal, sabía que le quedaban pocos meses de vida. El acuerdo era sencillo: el día de la muerte de mi padre, a Veronica la llevarían a nuestro panteón.

—Pero, entonces, ¿por qué enterraron a Veronica con los Guerlen Bresson? —preguntó Rocco—. ¿No hubiera acabado antes ordenando que la enterrasen directamente con su familia?

—Usted también lo ve, ¿verdad? —Y Marta extendió los brazos para recalcar su versión—. Se la repartieron hasta después de la muerte. Eso es amor.

—¡Pero qué amor ni qué amor, Marta! —Giorgio se vino arriba—. El motivo era Luigi, el hermano de Carlo, el que huyó a Francia. Carlo no podía ni verlo, y no se lo puede culpar por ello. ¡Había dilapidado todo un patrimonio! Al poner allí a Veronica habría ocupado la última plaza libre del panteón Guerlen Bresson. De hecho, Luigi está enterrado en algún lugar de la Camarga francesa y a nadie se le pasará jamás por la cabeza traerlo de nuevo a Italia. ¿Se imagina usted a Francesco moviendo siquiera un dedo por algo parecido?

Marta le hizo un mohín a su hermano. La versión de Giorgio era mucho más sólida que la suya, que parecía sacada de alguna novela rosa.

Rocco se puso de pie.

—¡Muy bien!

Los dos hermanos lo imitaron.

—Muchas gracias. Han sido ustedes de gran ayuda. ¿Tienen alguna idea de a quién puede pertenecer el cadáver sepultado encima del ataúd de Veronica?

—No...

—¿Y si fuese justo el de ese Luigi? —sugirió Marta—. Puede que al final Carlo se arrepintiera y lo colocara allí.

—Una familia de locos —comentó Giorgio.

—Tampoco tanto —objetó Rocco—. Mi madre tenía una hermana que también estaba enamorada de mi padre. Al morir mi padre, mi madre lo enterró en el cementerio del Verano, en Roma. Luego murió su hermana. Y mi madre hizo que la enterraran en la otra punta del camposanto, porque no se fiaba de dejarla al lado de su marido. Era ella quien debía reposar allí. Como ve, en todas partes cuecen habas.

Giorgio y Marta sonrieron.

• • •

—¿De qué va esta historia, Schiavone? —La voz del juez Baldi retumbó en el auricular del teléfono.

Rocco, sentado en el sillón de piel, con el inalámbrico pegado al oído, fumaba tranquilamente un cigarrillo con los pies apoyados en el escritorio.

—Tengo que esperar a tener más datos, señoría. Por ahora sólo parece que doña Veronica Guerlen Bresson era alguien que llevaba una vida de lo más ajetreada. Y que su único heredero, el hijo, va todas las noches al cementerio a bailar sobre su tumba.

—Es una metáfora, ¿verdad?

—Diría que sí.

—Se lo pregunto porque yo ya empiezo a creérmelo todo.

Rocco se echó a reír.

—Estamos valorando lo que hay que hacer en primer lugar. Estudiar los fallecidos de los últimos años. He soltado a mis agentes. Espero que mañana sepamos algo más.

—Téngame informado. Es de locos, una doble inhumación.

—Pues es una posibilidad.

—¿En qué sentido?

—Un buen ahorro en el procedimiento funerario, ¿no es cierto?

—Claro. Nichos de una plaza y media. Lo que nos faltaba. Adiós, Schiavone.

En cuanto regresó al piso, encontró el rastro del propietario y el fontanero. Habían cambiado el radiador del dormitorio. Habían montado uno de esos de un metro noventa de alto, un armatoste de aluminio que habría bastado para calentar un edificio entero. Sobre la mesa el diligente fontanero había dejado un recibo inútil: doscientos treinta euros más IVA.

«Tendrá valor», pensó Rocco. Astuta manera de proponerle un pago sin factura a un subjefe de la policía nacional. En la hoja, el número de móvil del fontanero. Rocco lo llamó sin dilación.

—Schiavone. Del piso de via Piave.

—Ah, sí. He pasado y el trabajo está listo.

—¿Quién le ha dicho que instalara una especie de obús autopropulsado en lugar del radiador?

—¿Un obús?

—Un tanque, si lo prefiere.

—Pues es obvio, el dueño de la vivienda, el señor De Dominicis —respondió el fontanero.

—Pues entonces dígale al señor De Dominicis que se lo

pague él. Y con IVA incluido, por favor.

—En realidad él me ha dicho que...

—Me la suda lo que le haya dicho. ¿Han puesto ustedes este armatoste en el dormitorio? Estupendo. Si lo pagara él. Doscientos treinta euros, ¡digo!, pero ¿es que se han vuelto idiotas? —Y cortó la llamada.

Resuelto el problema arrendaticio, era el momento de prepararse una buena cena.

—A ver qué tenemos por aquí. —Abrió el frigorífico.

Era una situación de causa-efecto que la mente de Rocco tendía a ignorar, y, sin embargo, era al mismo tiempo de una simplicidad pasmosa. Si no se hace la compra, el frigorífico sigue vacío. Aparte de un limón viejo, una botella de agua mineral, media cebolla que había creado un tapete de moho, una botellita de tabasco y un paquete de huevos portadores sanos de salmonelosis.

—Joder... —murmuró. Le iba a tocar bajar a la tienda de comida preparada.

• • •

Rocco se despertó pasadas las nueve. Deambuló hasta la cocina para prepararse el primer café. Pondría una cápsula de las fuertes, de las que funcionaban más como puñetazo en la cara que como bebida.

Marina me mira. Está apoyada en el fregadero mientras el café sale hirviendo de la máquina.

—¿No has oído el despertador?

—No lo he puesto.

—Vas a llegar tarde al trabajo.

—No hay nada urgente.

—¿Has vuelto a pensar en el triángulo amoroso entre Veronica, el ingeniero y Carlo?

—Es una tontería. Y además parece que la tal Veronica, más que triángulos, se metía en historias dodecaédricas.

—No te lo crees, ¿eh? ¿Cómo reaccionarías si al abrir mi tumba encontrases a otro hombre?

—¡Anda, déjalo! No me hagas reír.

—Te estás volviendo cada vez más arisco. Venga, contesta, tengo curiosidad.

—Si en vez de hablar te volvieras hacia la derecha, verías que el sitio que hay a tu lado está libre. Porque es el mío.

—¿Y si te vas a la Provenza?

—Pues entonces voy antes a por ti.

—¿Y si yo quisiera quedarme en Roma?

Cuando se pone así hace que se me suba la sangre a la cabeza.

—Mira, Marina, me acabo de despertar, no me apetece hablar de esto ni tampoco escucharte.

—¡Qué tonto eres! —Y se echa a reír. ¿Cómo es que cambia el tiempo cuando se ríe? Parece que ha entrado el sol en la cocina. Y, sin embargo, si miro fuera, el cielo está cubierto—. Yo te sigo, Rocco, te seguiré hasta que tú quieras.

—¡Siempre!

—Tómate este brebaje y vete a la ducha.

—¡Por Dios santo, es como te digo yo! —exclamó Alberto Fumagalli en su laboratorio mientras fuera había empezado a llover—. No conocemos su identidad, pero este tipo lleva encerrado en esa tumba no más de cinco años.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Una noche pegado al microscopio. ¿Qué pasa? ¿Tengo

que explicarte el paso de las estaciones y los años basándose en los hongos vivos y muertos encontrados en la ropa? ¿Las esporas? ¿Las bacterias? Son como los círculos del tronco del árbol. No igual de precisos, pero sí que sirven para hacerse una idea. Si quieres, podemos hablar de los tejidos todavía presentes, ¿sigo?

—Cinco años, dices.

—Como máximo. Para las causas de la muerte hay que esperar. No hay señales de muerte violenta. Y en los tejidos, en lo poco que queda después de cinco años, no he encontrado presencia de venenos. En resumen, sólo hemos hecho que empezar. Mascini, el biólogo forense, me está echando una mano. Y a partir de eso nos pondremos a trabajar en el esqueleto. ¿Quieres que hablemos de eso?

• • •

Emanuele Mascini era un hombre alto y delgado. Blanco como la leche, salvo por las venazas rojas alrededor de la nariz. Rocco se lo había imaginado como un individuo triste y emocionalmente seco por su profesión. Sin embargo, Emanuele era un tipo sonriente, sus ojos despedían chispas de energía. Debía de padecer la misma locura que Fumagalli, la locura de quien pasa las veinticuatro horas del día en contacto con cadáveres, hongos, esporas, insectos muertos y huesos descarnados por el tiempo. En cuanto el subjefe entró en el depósito donde Emanuele había colocado sus extraños artilugios, lentes, luces violáceas y curiosas pinzas de acero, el antropólogo se levantó de un salto.

—¡Vaya! Aquí está usted. ¡Bien, bien, bien! ¿Qué tal? —Estrechó calurosamente la mano de Rocco—. Emanuele

Mascini.

—Rocco Schiavone.

—Les presento a Burt. —Indicó el cuerpo.

—¿Burt?

—Le pone nombre a cada cuerpo que examina hasta que se descubre la identidad. Ya sabes cómo va la cosa, está acostumbrado a tratar con esqueletos y huesos —musitó Fumagalli.

—¿Qué puedo contarles? Unas cuantas cosas. Veamos, el sujeto en cuestión es un hombre, caucásico, se deduce por la forma y la apertura del cráneo. ¡Ahora la edad! —Se acercó a los pobres restos, agarró los incisivos—. Y ustedes dirán: ¿cómo habrá conseguido saber la edad si le falta el tercer molar? ¡Ni falta que nos hace! ¡Si tenemos... el esmalte!

Rocco le lanzó una mirada de perplejidad a Alberto, quien, sin embargo, tenía toda la pinta de estar disfrutando del espectáculo.

—Y esto que quede entre nosotros, Burt no tiene precisamente un esmalte bonito. Burt ya ha pasado los sesenta. Aunque si nos fijamos en el cartílago articular y las articulaciones del cráneo, ¡bah! Sesenta años tal vez sea un cumplido, ¿verdad?

—Coincido —respondió Alberto.

—Pero ¿por qué Burt? —preguntó Rocco, que no aguantaba más.

—Porque se parece a Burt Lancaster —contestó Mascini con obviedad.

—¿Burt Lancaster?

—Claro. Sigamos...

¿Quién era Rocco para juzgar? Él, que siempre buscaba el parecido entre los hombres y los animales de su vieja enciclopedia.

—Tiene una fractura antigua, fea, descompuesta, en la tibia

y el peroné izquierdos… muy mal recalcificada. Y les puedo decir que Burt trabajaba.

—Bueno, eso tampoco me parece un gran descubrimiento…

—Espere, señor Schiavone. Trabajaba y llevaba a cabo tareas pesadas. Si uno se fija en el estado de las manos, se diría que… ¿campesino? ¿Metalmecánico? ¿Soldador? Hay tres microfracturas que nunca llegaron a curarse, ¿lo ven? El proximal del índice y la falange media del anular… —Levantó la mano derecha de Burt—. Y aquí también, en la segunda falange del medio… —Miró satisfecho al subjefe, que se había acercado para observar en detalle aquellas manos casi esqueléticas—. Vamos, un obrero —dijo mientras recorría con la mirada los restos amarillentos de huesos que se confundían entre los restos de piel que un día habían sido unas manos que tocaron, trabajaron, acariciaron.

—Estoy de acuerdo con Alberto. Burt falleció hace no más de cinco años.

—Perfecto… —intervino el anatomopatólogo—. Es lo que te dije, Rocco.

—Pero ¿y esto de aquí? —repuso Rocco, que se había quedado mirando los dedos del difunto—. ¿Qué es?

Mascini fue hasta donde estaba el subjefe, que señalaba un punto de la falange del anular de la mano izquierda.

—Déjeme ver…

Sobre la piel se veía una marca oscura, circular.

—Sí, me había dado cuenta. Es la marca de un anillo. Así, a ojo, diría que de plata o de una aleación de cobre o algo por el estilo. ¿Lo han encontrado?

—¿El anillo? No, creo que no.

—Es raro. Porque tiene la señal. Y no creo que Burt se lo haya quitado antes de venir al laboratorio.

—Yo tampoco lo creo.

—¿Quién ha entrado en el panteón después de nosotros? —preguntó Rocco al guardián, que estaba abriendo otra vez la pequeña cancela de hierro forjado.

—Nadie. Cerré, como usted me ordenó.

—Abra, por favor.

Alfonso obedeció. Rocco, acompañado por el agente Pierron, penetró en la sepultura. La lápida de mármol seguía en el suelo. El nicho de Veronica Guerlen estaba vacío. Habían trasladado el cuerpo.

Italo y el subjefe se pusieron a mirar en el suelo a cuatro patas, entre el polvo, la tierra y los restos de cal y yeso.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el vigilante.

—Un anillo —respondió Rocco.

—Ya ves, una aguja en un pajar —dijo Italo, apartando una hoja seca.

—Lo llevaba en el dedo, Italo. Así que por fuerza tiene que estar aquí.

Alfonso Cibruscola se puso también a gatas.

—Además, yo tengo astigmatismo y miopía, así que me cuesta hasta ver el suelo.

—Pues entonces no se preocupe, Alfò.

Pasaron diez minutos en silencio. Luego Rocco se puso de pie de nuevo. Se sacudió el polvo de los pantalones y le echó un ojo al interior del nicho. Un antro negro, parecía una boca vieja y desdentada. Una sombra clara dibujaba un rectángulo donde el ataúd de Veronica había descansado durante años. Pero ni rastro del anillo.

—Esto es muy raro —dijo Italo.

—Y no es lo único raro —añadió el guardián—. ¿Quiere que le cuente una cosa? De vez en cuando me encuentro una rosa blanca delante del panteón. Ayer también había una.

—Me imagino que usted no sabe quién se la trae, ¿verdad?

—No. Ya se lo he dicho, por esta parte vieja del cementerio

no viene mucha gente. Sobre todo a esta tumba de los Guerlen Bresson.

—Pero ¿y el anillo? —insistió Italo—. ¿Adónde cree usted que ha ido a parar?

Rocco sonrió. Miró al vigilante.

—¿Me acompaña a su despacho?

Los encontró en un bar de via Chabod con un vino blanco delante y un bocadillo en la mano. Cuando vieron entrar al subjefe junto a Pierron, Maurice y Damiano, casi se levantaron de un salto.

—Maurice... Me alegro de que también esté Damiano. He ido a su casa. Su mujer me ha dicho que lo encontraría aquí.

La nariz de Maurice adquirió al menos dos tonalidades de rojo.

—Me alegro. ¿Qué podemos hacer por usted, señor?

—¿Dónde está? —preguntó Schiavone mirando al obrero a los ojos.

—¿Dónde está qué? —respondió Maurice.

—Venga, Maurice, no me hagas perder el tiempo. No te va a pasar nada. ¿Dónde está?

Fue Damiano quien agachó la cabeza y se metió la mano en el bolsillo. En el puño llevaba un viejo anillo de plata. Se lo alargó a Rocco.

—¿Qué es eso? —le preguntó su compañero. Pero Damiano no respondió.

Era una alianza, lustrosa y brillante.

—Es de alpaca —dijo Damiano—. No vale nada. La he limpiado... Quería venderla y sacarme un dinerito.

—¿Puede saberse de dónde la has sacado? —le preguntó Maurice con cara de pocos amigos.

—La llevaba en el dedo aquel cadáver... ayer... cuando

abrimos la tumba.

—¡Serás gilipollas! —silbó entre dientes Maurice.

Rocco intentó tranquilizarlo poniéndole una mano en el brazo.

—No pasa nada, Maurice. Damiano se lo encontró en el suelo, fuera del panteón, ¿verdad, Damiano?

El muchacho asintió. Luego extendió los brazos.

—Disculpadme... Es que justo... Vamos, que unos eurillos extras me venían muy bien.

Mientras Italo asentía sonriéndole al trabajador, Rocco puso el anillo a contraluz.

—Tiene una inscripción.

—Sí: «Franca y Mario, 22-10-1960.» La leí cuando lo limpié.

Rocco sonrió.

—Mario. Bien. Burt ya tiene nombre.

—¿Quién es Burt? —preguntó Italo.

• • •

—¿Cómo puede caer alguien tan bajo...? Robarle a un cadáver... —sentenció el agente mientras se montaba en el coche, bajo una lluvia ligera pero insistente.

—Has planteado mal la cuestión, Italo. —Rocco se encendió un cigarrillo—. La pregunta correcta es otra: ¿cómo se puede ver alguien obligado a caer tan bajo como para tener que robar a los muertos? —Abrió la ventanilla para que saliera el humo. Sostenía el anillo en la palma de la mano—. Ahora ponte a buscar en las parroquias de Aosta y en el ayuntamiento una boda celebrada hace más de cincuenta años.

—¿Yo?

—Tú y Caterina. ¿Disfrutasteis ayer del día libre? Pues hoy

me lo vais a pagar.

—Es usted... —Pero Italo no se arriesgó a añadir nada más. Poco más de tres semanas trabajando con él no bastaban para conocer al subjefe.

—Yo soy simplemente tu superior, así que trata de no ponerme nervioso... Acuérdate de que en Sacile del Friuli siguen esperando un nuevo agente de policía.

Italo asintió.

—Disculpe...

Casella le había entregado la lista a Rocco. Había una cantidad espantosa de hombres de unos sesenta años fallecidos en Valle de Aosta en el último lustro. Rocco recorría con la mirada aquel listado en busca de un nombre: Mario. Encontró tres.

—Tenemos tres Marios fallecidos: uno en 2007, otro en 2008 y el otro en 2011. —Con un fluorescente subrayó aquellos apellidos—. Micheli, Curcio y Badalamenti. Descartamos a Badalamenti, de 2011, demasiado reciente.

—Todos autóctonos —afirmó Italo sonriendo.

—Sí, todos de fuera. Quiero su estado civil... y sobre todo quiero saber si estaban casados, cuándo y contra quién se casaron.

—¿Contra quién? —preguntó la subinspectora Rispoli.

—Contra, Caterina, contra —insistió Schiavone—. A ver, Italo, encárgate de esto.. Si uno de estos fallecidos se casó con una tal Franca el 22 de octubre de 1960, llámame al móvil; si no, nos vemos esta tarde. Caterina se ocupa de investigar las bodas. Si el tal Mario y Franca se casaron en Aosta, seguramente aparecerá. Que vaya bien el trabajo.

—¿Y yo? —preguntó Casella.

—Tú quédate tranquilo. Hasta ahora no has causado daños, pero yo no tentaría más a la suerte.

Tiró la hoja sobre el escritorio, cogió el loden y salió de la habitación. Los tres agentes se miraron a los ojos. Sólo Italo tuvo el valor necesario para dar voz a lo que pensaban:

—¡Qué coñazo!

Se cruzó con Francesco Guerlen Bresson en el vestíbulo del hotel.

—No quería molestarlo.

—¡Señor Schiavone! Tengo cita con el médico. Me marcho y estaré fuera dos semanas. ¿Tardará mucho?

—Seré rapidísimo. Los nombres Franca y Mario, ¿le dicen algo?

Francesco alzó la mirada al cielo mientras se pasaba la lengua por los labios. En ese momento se parecía muchísimo a su gato romano.

—Franca y Mario... Franca y Mario... Vaya, a bote pronto no se me ocurre nada. Déjeme pensarlo. Lo llamo en caso de que se me encienda la bombilla.

—Se lo agradezco. Le dejo mi número en la recepción, no le hago perder más tiempo.

—Gracias, señor Schiavone. Y hasta pronto, espero. —Con paso débil e inseguro enfiló la puerta giratoria del establecimiento. Por lo menos había dejado de llover.

Hacía un buen rato que el sol se había puesto y, tras su desaparición, había bajado la temperatura. Rocco, de pie ante la ventana de su despacho, observaba el tráfico lento de los coches. Las luces de los faros eran rayos blancos punteados de gotas de humedad. Entraron sus hombres preferidos, Pierron y la subinspectora Caterina Rispoli.

—A ver, antes de irnos todos a casa... ¿novedades?

—No hay nada que hacer —respondió Italo en primer lugar—. A Mario Micheli y a Mario Curcio, fallecidos en 2007 y 2008, ya no les queda nadie. Ambos acabaron sus días en el hospital, Neurología y Cirugía 1. El primero era viudo y su mujer se llamaba Annabella. El segundo ni siquiera estaba casado.

—Callejones sin salida. ¿Tú? —Rocco miró a Caterina.

—Bodas celebradas el 22 de octubre de 1960 en Aosta: dos. Pero ninguna entre Franca y Mario.

—No se casaron aquí. Segundo callejón sin salida. —El subjefe se encendió un cigarrillo—. Podéis iros a casa. Es todo por hoy.

—Estaba pensando una cosa —intervino Italo—. Sabemos que rondaba los sesenta años, por lo que es probable que estuviera jubilado, y sabemos que era obrero.

—¿Y...? —Rocco apagó el Camel en el cenicero. Sabía a hierro—. Obrero jubilado. ¡Es lo mismo que no decir nada! Pero yo estoy convencido de que de algún modo tiene que ver con la familia Guerlen Bresson. Si no, ¿por qué iba a elegir justo ese panteón para que lo enterraran a escondidas?

—Ya... —dijo Caterina—. ¿Un amante?

—¿Tú también...? —repuso Rocco.

—¿Tú también qué?

—No eres la primera que se imagina una historia de amor imposible que sólo se consuma con la muerte. ¡Pero qué amor, venga ya! Aquí hay gato encerrado, aunque yo no consigo adivinar dónde.

La reflexión del subjefe se vio interrumpida por la melodía del móvil. En la pantalla, un número desconocido.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Señor Schiavone, soy Francesco Guerlen Bresson. ¡Me he acordado! Franca fue durante años nuestra asistenta. No sé cómo no se me ha venido a la memoria desde el principio.

—¡Bien! Estupendo. ¿Tenía marido?

—Claro. Cuando entró en nuestra casa ya estaba casada. Y al marido lo recuerdo vagamente.

—¿Se llamaba Mario?

—Justo, aunque no podría jurarlo. En cualquier caso, ella se llamaba, o se llama si todavía sigue viva, Franca Ferri.

Rocco apuntó el dato en una hoja.

—Pero no sé si era su apellido de soltera o de casada. De una cosa estoy seguro: era de Alessandria.

—De acuerdo. Gracias, Francesco, ¡me ha sido de gran ayuda! ¡Gracias de nuevo! Y páselo bien en Tailandia.

Rocco cortó la llamada. El campo de búsqueda se había reducido notablemente.

• • •

Era tarde, todas las oficinas estaban ya cerradas, se había acabado la jornada. Un amigo, eso era lo que Rocco echaba en falta. Un verdadero amigo con quien pasar la velada, picar algo, hablar del presente, poco del futuro y mucho de los tiempos pasados. Podría haber llamado a Sebastiano, a Furio o a Brizio, que estaban en Roma. Pero no lo hizo. Por sólo cinco minutos al teléfono tendría que haber soportado un regusto amargo en la boca hasta el día siguiente. Llevaba poco más de tres semanas destinado en Aosta y ya no aguantaba más. Tal vez una mujer podría ayudarlo a aliviar aquella soledad. Pero se cansaba sólo de pensar en emprender la lenta y agotadora labor del cortejo. Al menos podría haber hecho la compra, aunque también era tarde para eso. Se dispuso a pasar la misma velada de siempre: comida para llevar, televisión y a la cama.

A las once de la mañana siguiente la subinspectora Rispoli llegó al despacho de Rocco con el legajo del ayuntamiento. Franca Bugnoli, Ferri de casada, residía en Aosta, avenida Europa 64. Convivían con ella su hijo Luigi y su marido Mario.

—Jodeeer... —dijo Rocco—. Pero ¿cómo puede ser? Entonces, ¿Mario Ferri está vivo? ¿Nos hemos equivocado de pleno?

—Eso parece, señor...

El subjefe seguía leyendo los expedientes. «Mario Ferri, jubilado, empleado del Ayuntamiento de Aosta, nacido en Tortona, provincia de Alessandria, el 20 de mayo de 1935.» El anillo de alpaca seguía allí, encima de su escritorio. Rocco lo cogió entre los dedos. Lo observó largo rato.

—Caterina, ¿tú qué opinas? Es una alianza matrimonial. ¿Quién se hace la alianza matrimonial de alpaca?

—Nadie, señor. Fíjese, mis padres trabajaban en el campo y eran muy pobres, mis abuelos igual, y también sus padres. Pero ninguno se casó nunca sin su alianza de oro. Tan sólo mis abuelos, los pobres, tuvieron que deshacerse de ellas. Cuando la guerra...

—Ya. El oro para la patria. Mis abuelos también le entregaron las alianzas de oro al *duce*.

—En contra del lema del antiguo general Fabio Furio Camilo: «La patria no se defiende con oro...».

—«... sino con hierro.» —Rocco terminó la frase—. Y de hecho sabemos cómo acabó la cosa. Con todas las alianzas de oro lanzadas a la caldera y los pobrecitos de los abuelos, en tiempos de guerra, se las tuvieron que volver a hacer de hierro y estaño. —Rocco miró a Caterina.

—Perdone, pero ¿qué tiene eso que ver? Estos dos se casaron en 1960. La época fascista no tiene nada que ver.

—La época fascista no, pero la pobreza sí.

—¿Usted cree que...?

—No sé qué creo. Pero es extraño. Ha llegado el momento de ir en busca de Franca Bugnoli, Ferri de casada.

Llamaron a la puerta durante un buen rato, pero nadie fue a abrirles. Al otro lado del rellano se abrió una puerta y, además del olor a col hervida, se asomó una mujer de unos setenta años que iba vestida con una bata de flores.

—¿A quién buscan?

—A los Ferri —respondió Rocco.

—No están. Esta mañana vi a Franca salir a hacer la compra, pero no la he oído volver. Puede que estén todavía fuera.

—¿Y el hijo?

—Ni idea...

—¿Sabe usted dónde trabaja el hijo?

La vecina de enfrente sonrió.

—¿Trabajar? No sabe usted lo feliz que me haría poder decirle dónde trabaja. No, señor. Luigi no trabaja. Desde hace ya tiempo... Era albañil, como el padre. Pero ahora no hay trabajo... Mire que se lo dije siempre a Franca, tendría que haberse metido a policía, como usted.

Rocco asintió.

—Claro, el puesto fijo siempre será el puesto fijo.

—Ya ve —respondió ella cerrándose la bata sobre el pecho.

Rocco miró a aquella mujer de pelo casi azul, la bata de algún material altamente inflamable, los zapatos negros sin cordones, ortopédicos, los calcetines gordos y reforzados. La vecina se pasó la mano por el pelo.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Rocco se fijó en la mano.

—Nada, nada. Discúlpenos. Si por casualidad viera a los Ferri, ¿puede decirles que hemos venido a buscarlos?

—Claro. ¿De parte de quién?

—Subjefe Rocco Schiavone.

Bajó junto a Caterina las escaleras del edificio, al que le hacía falta una buena reforma.

—Señor, ¿ha sacado algo en claro?

Pero Rocco no respondió en ese momento. Esperó a salir a la calle, bajo el cielo nublado de Aosta, a llegar al coche y a coger las llaves de las manos de Caterina.

—Tú quédate aquí, colócate a la vuelta de la esquina, no vaya a ser que la mujer salga del edificio.

—¿Para qué?

—Tú haz lo que te digo. Yo ahora tengo que ir al cementerio. La clave del asunto está allí. —Y se montó en el coche.

Se encontró a Alfonso Cibruscola barriendo la entrada del panteón de la familia Guerlen Bresson.

—¿Hay novedades, señor?

—¿Y si yo ahora le suelto un nombre? Mario Ferri. ¿Le suena?

Alfonso sonrió.

—¿Está de broma? Pues claro que me suena. Mario trabajaba aquí, en el cementerio. Primero como simple empleado, luego sufrió un terrible accidente y se destrozó la pierna. Cojeaba, y al no poder dedicarse ya a trabajos manuales, lo pasaron a la oficina y se convirtió en el vigilante. Cuando se jubiló, yo ocupé su puesto. Pero ¿por qué me lo pregunta?

El trabajador municipal notó la nube negra que pasó flotando sobre el rostro del policía. Una especie de velo gris se le había posado sobre los ojos, la piel y la boca. Era imposible que Cibruscola lo supiera, pero esa evidente reacción en el

rostro del subjefe se producía cuando Schiavone llegaba a una conclusión. Incómoda, sórdida, triste, más que el cielo de aquella ciudad.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

Sin añadir nada más, el subjefe inclinó la cabeza y dejó a Alfonso Cibruscola barriendo las viejas tumbas olvidadas por familiares y afines.

Rocco regresó a la avenida Europa. Caterina seguía allí, a pocos metros del número 64. Fue al encuentro de su superior.

—¿Qué ocurre?

—¿Ha salido alguien?

—Un viejecito con un perro. ¿Tendría que haberlo seguido?

—Caterì, no te me vayas a convertir en D’Intino tú también. ¡Mira que si no en esta jefatura estoy perdido! Vente conmigo.

Entraron en el número 64 y volvieron a subir las escaleras de las tres plantas, que lucían manchas de moho parecidas a enormes mapas geográficos. Llamaron directamente a la puerta de la vecina, que al cabo de un minuto abrió, ataviada todavía con su bata de flores.

—¿Ustedes otra vez? Ya se lo he dicho. ¡No están!

Rocco se acercó, abrió la puerta con un fuerte empujón y pasó al lado de la vecina de enfrente.

—Pero ¿qué...?

Entró en la casa de la vecina. En el sofá había un hombre y una mujer de unos cuarenta años. En cuanto vieron al subjefe y el uniforme azul de la subinspectora Rispoli, se sobresaltaron. El hombre palideció. La mujer, con los ojos agigantados por las lentes, miraba estupefacta la escena que se desarrollaba delante de ella. Schiavone le tomó la mano a la vecina con delicadeza,

la alzó y miró la alianza en el anular de la mano izquierda.

—Franca Ferri…

La mujer agachó la cabeza.

—Yo no… —Y se echó a llorar.

Rocco miró al hombre.

—¿Es usted Luigi Ferri?

El hijo de la vecina se limitó a asentir.

—¿Y usted quién es? —preguntó a la mujer de enormes gafas.

—Soy Wanda, la vecina —se disculpó con una vocecilla frágil y aguda.

—¿Cuándo empeñaron ustedes las alianzas?

Franca intentó controlar los sollozos.

—Dos meses antes de que Mario se nos fuera…

Caterina se acercó a la mujer. Cogió una silla y la invitó a sentarse.

—¿Cuándo murió Mario?

—Papá murió en 2007 —respondió Luigi.

—¿De qué?

—Un infarto. Fulminante.

—Vayamos a su casa. Me parece inútil estar aquí en casa de la señora.

La cuarentona gafotas se levantó. Le temblaban las piernas.

—Lo siento, he intentado…

Rocco la interrumpió con un gesto de la mano.

—La experiencia me dice que en estos momentos las palabras son piedras, señora. Así que mejor quedarse callados.

El mobiliario era viejo y sencillo. Por el papel protagonista competían la formica y el escay. Las telarañas de grietas que salían del techo y llegaban hasta el suelo se dibujaban en las paredes, que se habían vuelto grises. Las cortinas de grandes

floripondios amarillos y marrones estaban rajadas por diversos sitios. El salón y la cocina eran la misma habitación. Un sofá servía también de cama. Dos puertas conducían al dormitorio matrimonial y al baño. Ésta era la casa de los Ferri.

—Vivimos aquí desde el ochenta y uno —anunció Franca al entrar, como queriendo excusarse. Encima de la mesa de la cocina, que también era la del salón, había dos naranjas y una botella de vino marrón sin etiqueta—. ¿Quieren tomar algo?

Los policías no contestaron.

—Mario murió en el año 2007. Y ustedes jamás dieron parte.

Madre e hijo negaron con la cabeza al mismo tiempo. Rocco se acercó a la ventana. Daba al edificio de enfrente, que tapaba casi toda la luz.

—¿Trabajas, Luigi?

—Llevo ya tres años sin trabajar. Y tampoco es que antes...

—Siempre trabajos ocasionales —intervino la madre—. Es aparejador, ¿sabe? Pero nunca ha aprobado las oposiciones...

—Mamá, por favor...

—Mírelo, señor. ¡Mírelo! Cuarenta y dos años tiene. ¡Jamás ha tenido una mujer, una casa, una vida!

—Mamá, ¡cállate!

—¿Por qué? No debes avergonzarte, Luigi. Mario y yo siempre hemos sido honrados y sinceros. Yo trabajaba como asistenta de la familia Guerlen Bresson antes de que... de que aquel canalla del tío Luigi lo dilapidase todo...

—¿De quién fue la idea? —preguntó el subjefe con frialdad.

Luigi levantó la mano.

—Papá tenía las llaves del cementerio. Yo sabía cómo iban las cosas en esa familia. No podía imaginarme que... sí, vamos, que la señora... que se la llevarían a otra parte. —Luigi apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las palmas de las manos.

—Mario murió ahí, en su cama. —Franca se secaba las lágrimas con un pañuelo mugriento que se había sacado del bolsillo de la bata—. ¿Qué íbamos a hacer Luigi y yo? ¿Me lo explica? Sobrevivíamos con la pensión de Mario y...

—Señora, la ley es clara. La pensión de su marido le corresponde por derecho.

—El ochenta por ciento. O, mejor dicho, el sesenta, me dijo el abogado, porque mi hijo ya no está a nuestro cargo. —Y miró a Luigi como sólo una madre puede hacerlo—. No era suficiente. Sólo el alquiler de esta casa cuesta la mitad de la pensión de Mario... ¿Con qué nos íbamos a mantener? Soy diabética. ¿Y los médicos? ¿Las medicinas? ¿Con Luigi, que consigue trabajar más o menos un mes al año? ¿Cuánto se cree que cobraba mi marido de pensión?

—Ni ochocientos euros —intervino Luigi—. Más trescientos de la de mi madre. Y a duras penas salíamos adelante.

—¿Sabe? —dijo la mujer mirándose la punta de los zapatos ortopédicos—. Pensé incluso en quitarme de en medio. Sólo que Luigi no habría recibido ni un céntimo... Se habría quedado solo, esperando algo que no llegaría nunca. Una madre no puede hacer algo así. Por lo tanto decidimos... llevarlo allí. Sólo lo sabríamos Luigi y yo.

—¿Fuiste tú? —preguntó el subjefe al hijo de la señora Ferri.

—La noche después de la muerte. Tenía las llaves, sabía que a la zona vieja nunca va nadie. Entré y antes de que amaneciera ya había acabado. No podré olvidarme nunca. ¡Nunca!

El subjefe se volvió para mirar a Caterina. La subinspectora tenía los ojos llenos de lágrimas. Le costaba contenerlas.

—Subinspectora, baje y espéreme en el coche —ordenó Rocco con contundencia.

Caterina, que vio el cielo abierto, escapó a toda prisa del

apartamento.

Schiavone miró la casa. Las butacas de escay, el pequeño televisor, reparado con cinta carrocera. Dos platos de flores puestos a secar en el fregadero, los vasos de vidrio ahumado, las estampas de viejos calendarios colgadas en la pared. El sofá, que también era la cama de Luigi y en el que quién sabe desde hacía cuántos años no descansaba el cuerpo de ninguna mujer. Franca se levantó de la silla de anea. Caminó despacio hasta la puerta del dormitorio. La abrió.

Rocco no entendía.

—Venga, venga y vea.

Encendió la luz porque no había ventanas. La cama estaba recién hecha, con una colcha amarilla y una muñeca que sonreía desde las almohadas. Sobre el cabecero de nogal brillante había una virgen, que también sonreía. A la derecha, un armario de dos puertas de madera clara. Franca lo abrió. Sólo había un traje y dos camisas de hombre.

—Mire, esto es todo lo que tenía mi marido.

—¿Era usted quien le llevaba la rosa a Mario?

—Sí, una al mes. Porque en una tumba tiene que haber flores. ¿Lo ve? Podemos incluso vivir así, sin esperanza, pero después de muertos, como mínimo, tenemos que conservar la dignidad. He intentado que a Mario le quedara al menos eso.

—Debe acompañarme a la jefatura. Vístase, la espero abajo.

—¿Cómo? No, yo…

—Quédese tranquila, señora Ferri. Sólo tiene que firmarme una denuncia.

Cuando Rocco salió a la calle, encontró a Caterina apoyada en el capó del automóvil. Los dos policías abrieron la portezuela. Caterina, al volante, giró la llave. El motor se encendió. Luego, la subinspectora miró a su jefe.

—¿Por una pensión?

—Por una pensión, Caterì...

—Entonces, ¿la identidad del cadáver?

—Se llamaba Alfred Goetze, señoría. Era un marinero de Hamburgo. Fue amante de doña Veronica Guerlen Bresson. —Mientras hablaba por teléfono con el juez Baldi, Rocco no levantaba la cabeza para evitar las miradas de sus agentes—. Lo hemos logrado gracias a la declaración de su hijo Francesco.

—Mmm... —murmuró el juez—. ¿Las causas de la muerte?

—Fumagalli ha sido categórico: infarto.

—Pero ¿quién lo ha enterrado allí dentro? ¿Y por qué razón?

—Por amor, señoría. Los dos se habían prometido permanecer juntos hasta en la otra vida. Y como la familia de Veronica no aceptaba al alemán, lo hicieron a escondidas, con la complicidad de un antiguo guardián del cementerio, un tal Mario Ferri, que se prestó al absurdo acto de amor un tanto pasado de moda, si me lo permite.

—Sí, y también un tanto macabro.

—No puedo estar más de acuerdo. Sin embargo, eso es lo que ha ocurrido. Una historia de amor de otra época.

—¿Han avisado ya a los familiares de ese tal Alfred Goetze?

—No tenía. Era viudo y sin hijos. Me refiero a hijos reconocidos. Era marinero... Y ya se sabe lo que hacen, en cada puerto.

—De todas formas, debemos interrogar al tal Mario Ferri... Vamos, el antiguo guardián.

Rocco cogió aire.

—No podemos. Justo hoy su familia ha dado parte de su desaparición. Tengo la denuncia aquí encima de la mesa.

—Schiavone, ¿por qué tengo la incómoda sensación de que

está usted agarrándose a un clavo ardiendo?

—Porque se trata de una historia tan absurda que parece sacada de una novela, ¿verdad?

—¿Y que tal vez un día, leyendo por aquí y por allá, vuelva a encontrármela al pie de la letra en un libro con las tapas rosas? Está bien, Schiavone, caso cerrado y lo felicito por la celeridad.

—Gracias, señoría. ¡Hasta pronto!

Rocco colgó el auricular y levantó la mirada hacia sus agentes. Casella e Italo sonreían. Caterina seguía secándose las lágrimas.

—¡Bien hecho, jefe! —exclamó Italo—. ¡Me imagino cuánto le habrá costado!

—Una cena el primer lunes de cada mes hasta noviembre.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Es el precio que tengo que pagar por el silencio del cabronazo de Fumagalli. Bueno, yo me voy a casa. Por hoy creo que basta.

—¿Y aquí se acaba todo?

—Pues claro, Italo. Y de este despacho no sale ni una palabra, ¿entendido?

Los tres policías asintieron al unísono.

—Pero ¿qué hacemos con la Seguridad Social? ¿Denunciamos la muerte de Mario? —preguntó Casella.

—¿Eres tonto? Denunciamos la desaparición. Luego ya se verá.

—Pero ¿puedo preguntar dónde enterrarán ahora el cuerpo de Mario Ferri?

—Lo incinerarán. Y lo guardarán en el salón. Y, si lo piensas bien, puede que se convierta en el adorno más alegre de la casa.

Mientras volvía a casa a pie, respirando el aire que se iba enfriando a medida que la jornada tocaba a su fin, a Rocco lo

sorprendió un pensamiento, una intuición que le cambiaría lo que le quedaba del día y que lo llenó de orgullo y satisfacción.

Se había acordado de ir a hacer la compra.

CÁSTOR Y PÓLUX

A Marco Dell'Omo

En cuanto dejaron el coche, en Saint-Jacques, iniciaron la subida encaramándose entre los árboles cargados de nieve del bosque. Carlo Polenghi, Sandro Biamonte y Ludovico Venier seguían el sendero marcado respirando a pleno pulmón el aire enrarecido. La Pascua estaba cerca, pero todavía quedaba muchísima nieve. Eran pocos los excursionistas que se aventuraban por aquellas cumbres, la mayoría se contentaba con las pistas de esquí. Ellos no. Carlo, Sandro y Ludovico llevaban alrededor de dos meses planeando la subida al Pólux, a 4.092 metros sobre el nivel del mar. En pleno invierno, cuando ya no quedaban turistas de la roca y los únicos que subían hasta allí arriba eran los más preparados y los más valientes. Las piquetas golpeaban contra las cantimploras. Los cascos bien anudados a la mochila reflejaban la luz del sol, que acababa de despuntar entre el manto de nubes. El tiempo prometía para el día siguiente, cuando atacarían la pared, y la excitación se acompasaba al ritmo de sus pasos. Ludovico masticaba chicle compulsivamente. Era un ruido molesto, pero los dos colegas no habían conseguido obligarlo a que lo escupiera. «Me tranquiliza...», decía. Preferían aguantar ese ruido que los nervios no siempre templados de Ludovico. En el estudio donde trabajaban codo con codo habían conseguido evitar aquel barullo constante. Carlo, que había cumplido los cincuenta hacía poco, no lo soportaba. Hacía perder la concentración. Diseñar y crear proyectos de interiorismo exigía calma, atención y horas de trabajo sobre la mesa. Junto con Sandro, el segundo de a bordo, habían acordado prohibir el tabaco, el chicle, el café y las llamadas personales. «Cuando se

diseña hay que estar como en la iglesia —decía Carlo, con sus apasionados ojos verde esmeralda—: ¿alguna vez habéis visto a alguien rezando en una iglesia con el móvil encendido?»

Una vez superado el camino en medio del bosque, alcanzaron el altiplano, luego treparon hacia el refugio Mezzalama, también llamado «Matacristianos», por un sendero empinado que en verano cortaba las piernas de los senderistas poco entrenados; ahora que la nieve lo cubría, también se corría el riesgo de resbalar. Debían avanzar a paso lento, acompasado. Tan sólo un día antes estaban en sus despachos de Biella, cerrando el negocio de su vida, y los pulmones todavía no se habían acostumbrado a la altura. Paso a paso Carlo Polenghi abría la marcha, seguido de Sandro, y cerraba el trío Ludovico, el menos capaz, aunque con un talento innato y un amor por la montaña que suplían su inexperiencia.

—Qué maravilla... —dijo Carlo, parándose a contemplar el panorama.

Las nubes se habían detenido alrededor de la corona de cumbres nevadas. El silencio era tan profundo que resultaba ruidoso. A lo lejos, un estruendo sordo advertía de que tal vez, en alguna parte, un pequeño alud se había dejado caer sobre alguna ladera. Los glaciares delante de ellos eran espléndidos, de un turquesa como el agua de un país tropical, y las rocas que sobresalían salpicaban el manto blanco de manchas negras. Arriba en lo alto se divisaba la cresta donde habían construido el refugio Mezzalama, a más de tres mil metros.

—¿Nos quedamos allí esta noche? —preguntó Ludovico mascullando el chicle.

—No. Subimos al Val d'Ayas. 3.420 metros. ¡Allí dormiremos! —respondió Sandro.

—¿Te has traído el pijamita? —bromeó Carlo.

Sandro y Carlo se echaron a reír.

—Sí, con ositos de peluche y árboles de Navidad. ¡Anda e

idos a la mierda!

—Ludovì, ¡el chicle arriba lo escupes, eh!

—Sí, sí, lo escupo... ¡Qué coñazo!

Reemprendieron la ascensión concentrándose sólo en sus pasos y en dónde ponían el pie. Bajo la nieve había rocas y antes de apoyar el peso tenían que asegurarse de que no hubiera hielo. Una caída allí no era peligrosa, pero probablemente les habría herido el amor propio, magullado la dignidad, y les habría servido de excusa para tomarse el pelo durante meses.

—Dentro de poco empieza el glaciar... Pongámonos los crampones —recomendó Carlo.

—Vale.

Ludovico no respondió. En ese momento sonó un móvil.

—¡Nooo! —gritó Carlo Polenghi—. ¿De quién es?

Era el de Sandro. Interrumpieron el ascenso. Jamás habría contestado, la prohibición se aplicaba tanto en el estudio de diseño como allí arriba, en medio de las maravillas de la naturaleza, pero era una emergencia, una llamada que los tres esperaban de un momento a otro. De ella dependía su futuro.

—¿Sí? Dime, Loredana... —respondió y quedó a la escucha. Los otros dos intentaban interpretar el rostro de Sandro, semioculto por el gorro de forro polar. Loredana era la secretaria personal de Sandro y Carlo—. Mmm... Mmm... Sí...

Ludovico miró a Carlo.

—¿Y...?

—¡Y yo qué sé, Ludo...! ¡El que habla es él!

—Bien, estupendo. Te llamo luego. —Sandro cortó la llamada y se metió el móvil en el bolsillo con toda la calma. Sabía que los otros dos se morían de curiosidad, pero disfrutaba tomándose todo el tiempo del mundo antes de hablar.

—Sandro, ¡si no hablas ya, te vas a comer las piquetas! —lo amenazó Carlo.

—¡El director de Velvet Airways ha firmado! ¡El encargo es nuestro!

—¡Sííí! —gritaron los tres, y se abrazaron. Empezaron a saltar sobre las rocas, Carlo dio un paso en falso, resbaló y cayó al suelo. No importaba. Los otros dos se precipitaron encima de él y se abrazaron sobre el terreno, como los futbolistas después de un gol.

—¡Toma ya!

—¡Campeones!

El proyecto de renovación del interior de todos los chárter y de los asientos de los aeropuertos era suyo. Un negocio de varios millones de euros. El estudio Polenghi y asociados pasaba a ser uno de los grandes de la ciudad por derecho propio. Tres años más tarde se celebraría la Expo 2015 ¡y ahora ellos también entrarían en liza en el concurso por las obras! Carlo Polenghi acababa de cumplir el sueño de toda una vida. Sandro, con el mostacho sucio de nieve, tenía lágrimas en los ojos.

—¡Se va a enterar ahora el capullo de mi padre! —dijo limpiándose la nariz. Desde todo lo alto de su despacho financiero y de los círculos con los que se codeaba, su padre jamás había creído en él ni en su trabajo.

—Sandrino —le dijo Carlo—, a los cuarenta y tres años, ¿todavía piensas en tu padre? Tienes mujer y dos hijos. Piensa en ellos, ¿no?

—¡Mejor no! —intervino Ludovico—. ¡Si no, le van a chupar toda su parte del dinero!

Siguieron riendo. Recobraron la compostura mirándose felices a los ojos.

—El estudio Polenghi *and company*... —murmuró Carlo—. Amigos míos, ¡lo hemos conseguido!

—Ahora vamos a lo que vamos. ¡El Pólux nos espera! —dijo Sandro, calándose el gorro de nuevo.

Un par de palmadas más y luego la fila india reemprendió la expedición hacia el refugio Mezzalama.

Se pararon un ratito en aquella casita encastrada en las rocas antes de proseguir la marcha a través del glaciar, peligroso en verano por la presencia de grietas y en invierno por el frío y el hielo. La temperatura había descendido sensiblemente y los tres alpinistas continuaban en silencio, para no malgastar el oxígeno. Hasta Ludovico se había colocado el chicle entre los dientes y evitaba mascarlo. Los crampones mordían la nieve, y tan sólo se oía el ruido de los hierros a cada paso, el de la piqueta contra el casco, el chapoteo del agua en la cantimplora. Luego se les sumó un viento frío y ligero que empezó a hacerles compañía silbándoles al oído. Por fin alcanzaron el refugio Val d'Ayas, a 3.420 metros. Se detuvieron a admirar el paisaje. En aquellos momentos de silencio, jadeantes por la subida, con los oídos que les zumbaban, los ojos húmedos, y las cumbres, los glaciares del monte Rosa y el valle ante ellos, Carlo, Sandro y Ludovico experimentaron algo muy parecido a la felicidad. Luego se dieron la vuelta para mirar la cima del Pólux, su meta, a 4.092 metros.

—¡Vamos a hacernos una foto! —dijo Ludovico.

Sacó el móvil, se apretujaron delante de la entrada del refugio, levantaron las manos y sonrieron al objetivo como tres chavales de viaje de fin de curso.

• • •

Las volutas de humo denso se alzaban perezosas hacia el techo blanco necesitado de una mano de pintura. La puerta cerrada amortiguaba los ruidos del pasillo y sólo el zumbido del aire

acondicionado, que en invierno hacía de radiador, marcaba con desgana el paso del tiempo. En la pantalla, los grados que aquella bomba de calor trataba de insuflar a toda la habitación. El sofá negro de piel de dos plazas tenía un corte en el reposabrazos izquierdo del que salía el relleno gris. El escritorio estaba repleto de papeles, notas y números de teléfono misteriosos y sin nombre. Los Clarks, al lado de la bomba de aire caliente. Oscuros, destrozados. Tenía los pies apoyados en el escritorio. Llevaba puesto un calcetín azul y otro negro, y los pantalones de pana clara tenían el dobladillo descosido. Su loden, colgado del perchero, parecía una piel despellejada puesta a secar. Hasta el cigarrillo sabía a moho. Era una de esas mañanas en que el aburrimiento se precipitaba sobre él con toda su virulencia y lo dejaba atontado y sin fuerzas.

—Deberías hacer un tratamiento homeopático para la energía —le había aconsejado Italo Pierron, su agente de confianza.

—Debería tomarse unas vacaciones —había sido la sugerencia de la subinspectora Caterina Rispoli, ahora que la Pascua estaba a la vuelta de la esquina.

¿Vacaciones? ¿Para ir adónde? Al extranjero. Londres. París. Ámsterdam. Quizá Barcelona. ¿Para pasar tres días solo en un hotel viendo la televisión en alguna lengua incomprensible?

—Hay museos preciosos —había dicho Caterina.

Los mejores los había visitado con Marina. La Tate Gallery, el Museo Británico, el Jeu de Paume, el Rijksmuseum, el Museo de Orsay. Nunca le había gustado ir de turista. Se sentía como una especie de cachorro de facocero en medio de los leones, dispuestos a desmembrarlo. Los ojos ávidos de los dueños de hoteles y restaurantes, los vendedores de entradas para museos, estadios, teatros y conciertos. Todos allí, dispuestos a hincarle el diente al monedero y a las tarjetas de crédito de los turistas,

a desplumarlos para devolverlos a casa aturdidos y necesitados de descanso. A él, en una ciudad, le gustaba quedarse días, semanas, mezclarse con la gente, captar su olor y su sabor, sus costumbres y su día a día. ¡Fantástico fin de semana en Estocolmo! Tres días en Madrid, ¡corrida de toros incluida! ¿Para qué servía eso? Para nada. Sólo para sacar unas cuantas fotos y poder decir: «Yo he estado.» Sin haber entendido nada, sin haber grabado en la memoria nada más que un restaurante mexicano con mariachis o un cuadro que a esas alturas ya no sabía si estaba en el Museo de Orsay o en el de Van Gogh. Canibalización de la memoria. Consumismo superficial y frenético. «Hacen falta por lo menos tres días para ver el Louvre», le decía siempre a Marina. «Así, corriendo, ¡no me entero de un carajo!» Además, tampoco había compartido nunca el frenesí de las fiestas; solamente sabía que cuando se acercaban fechas como Pascua, las vacaciones de agosto o Navidad, el trabajo en comisaría aumentaba de forma exponencial. Un trabajo estúpido, aburrido, inútil. A base de pequeñas denuncias, peleas de comunidades de vecinos y tonterías de ese estilo. Aosta bajo un manto de nieve se había llenado de turistas, igual que la oficina de gente dispuesta a poner una denuncia. Miraba el cielo gris, que prometía más nieve. Y eso que en Roma normalmente por Pascua, si no llueve, y llueve siempre, empiezan a verse las primeras señales de la primavera. En Aosta parecía que era Nochebuena. Podría coger un avión y regresar a la capital.

Pero ¿para hacer qué? En aquella casa cubierta de plástico que había dejado hacía ya siete meses, lo que le parecía una eternidad.

—¿Se puede? —Italo se había asomado a la puerta.

—¿Qué quieres?

—Rocco, yo por mí me iría. No hay nada que hacer...

Acababan de dar las cinco, y el aburrimiento, como una

niebla pestilente, ahogaba la existencia de los policías de la jefatura de Aosta.

—Vete, vete…

—¿Mañana puedo entrar un poco más tarde?

—Italo, ¡haz lo que te salga de los cojones!

Rocco se puso de pie. Fue a ponerse los zapatos, que seguían mojados.

—Qué asco… —se lamentó.

Italo no intentó ni siquiera sugerirle que se comprara unos nuevos; total, sabía que el subjefe no renunciaría jamás a aquel calzado. El agente desapareció con una sonrisita mientras Rocco se ataba los cordones. Cogió el loden y salió del despacho sin apagar las luces.

En el pasillo iluminado por los neones, se le acercó el agente D'Intino. Tenía las mejillas y la frente estriadas por unas marcas rojas y oblicuas.

—Jefe, ¡a usted iba yo a buscarlo!

—D'Intino, ¿qué coño te pasa en la cara?

—La gata de la viuda Frescobaldi.

—¿La… gata?

—Sí. Se había subido a un árbol, yo y Deruta la *habemos ayudao* a bajar.

—Y me da a mí que la gata no quería, ¿verdad?

—No mucho.

—Policías que se ocupan de gatos… Es de locos. ¿Te has desinfectado?

—No.

—Eso, estupendo, ¿para qué? Así igual te cae una septicemia fulminante y te manda al otro barrio.

—¿Mande? Mire, jefe, hay unas pocas de denuncias que hacer.

—¿Qué denuncias?

—Cuatro raterías, cosas fáciles, vamos, que si puedo decirle

al agente Casella que las haga él.

—Mira, ¡haced todos lo que os salga de los cojones! —Y con amplias zancadas dejó allí plantado al policía.

No le quedaba otra que volver a casa y llamar a Nora. Tampoco era que se muriera de ganas de verla, pero por lo menos pasaría la tarde con una mujer, que era lo único decente que Aosta le había deparado en aquellos largos meses.

El sol había ido a ocultarse tras las cumbres llenas de nieve. En el refugio Val d'Ayas sólo estaban ellos tres. En verano, en aquel sitio había que hacer turnos para comer, de la cantidad de alpinistas que intentaban alcanzar la cima del Pólux. Con el invierno todavía a pleno rendimiento, muy pocos se aventuraban hasta allí arriba. Y sólo permanecía abierta la zona de invierno. Una habitación enorme con varios catres, alguna que otra lata de comida, una mesa de tres al cuarto y velas para la noche. Carlo y Sandro agarraron los cuencos de sopa de espelta que se habían cocinado en los camping gas. Ludovico pegó el chicle debajo de la mesa.

—No me lo puedo creer —dijo Sandro—. ¿Te lo guardas para luego?

—¿Queréis que vuelva a fumar? —preguntó a sus amigos, llevándose a la boca la primera cucharada—. Pues entonces ¡no deis más por culo!

—Mejor hablemos un segundo del proyecto —atajó Carlo. Tenía el rostro enrojecido y los ojos, dos pedazos de jade, resaltaban, vivos y excitados—. Hay una cosa importante que Ludo tiene que saber... La semana pasada Sandro y yo cambiamos los colores de los interiores.

—¿Por qué? —preguntó Ludovico, y tragó una cucharada de espelta.

—Porque desde dirección nos enviaron la nueva gama de

colores. Preferían el rojo y el azul en lugar del rojo y el blanco.

—¡Qué horror! —murmuró Ludovico—. Los interiores rojos y azules... ¡Peor que un equipo de fútbol!

—Ya, pero ¿qué más nos da?

—¿Y hemos tenido que volver a presentar el proyecto?

—Sí —respondió Sandro—. En cuanto volvamos tienes que firmarlo tú también. Aunque mientras tanto se lo hemos entregado.

Ludovico miró a los dos colegas.

—Pero explicadme una cosa. ¿Por qué no me avisasteis? Habría ido a echaros una mano, ¿no? Y ya que estaba, de paso también habría firmado —añadió con un deje de rabia—. ¿Ahora qué pasa, que el encargo es sólo vuestro?

Carlo soltó la cuchara.

—¿Ya que estabas? ¡Tengo que recordarte que tú estabas en Turín! Haciendo el gilipollas con Myriam. ¡Mientras nosotros tuvimos que trabajar de noche para cambiarlo todo!

—Habría ido.

—Ya está —medió Sandro—. Lo hecho hecho está. Era una tontería, Ludovico, lo hicimos, han aprobado el proyecto, tenemos el encargo. Ahora no le demos más vueltas y disfrutemos de estas vacaciones.

—Tienes razón, Sandrino —convino Ludovico—, es que estoy un poco cansado. Perdona, Carlo...

—No, perdona tú. Lo importante es el encargo. ¡Por nosotros! —Y levantó el vaso de vino tinto lleno hasta la mitad.

Sandro y Ludovico lo imitaron, e hicieron un brindis mirándose a los ojos.

—Hablando de cosas serias. Mañana el despertador al amanecer. Abro yo, sigue Sandro y cierras tú, Ludovico.

—De acuerdo. —Sandro se limpió la boca y el bigote—. ¿Revisamos el equipo ahora?

—Mañana, Sandro... Ahora mejor nos acostamos e

intentamos dormir.

—¿A las seis y media? —protestó Ludovico mirando el reloj.

—¡A las seis y media! —respondió Sandro.

Ludovico miró con tristeza los tres sacos de dormir ya colocados sobre los catres.

Se había escabullido de las sábanas de Nora a las tres de la mañana para salir al frío de la calle, bajo una aguanieve insistente. Caminó hasta su casa, donde consiguió otras tres horas de sueño. Luego no hubo modo de volver a dormirse. Después de ducharse y vestirse miró por la ventana convencido de que tendría que enfrentarse a otro día frío, miserable, gris. Sin embargo, cuál fue su asombro al descubrir que un sol agresivo y resplandeciente iluminaba la ciudad. Esbozó una leve sonrisa y le entraron ganas de salir a pasear por las calles de Aosta, a cara descubierta, dispuesto a dejarse azotar por los rayos y el calor.

Los turistas ya abarrotaban las calles del centro, asaltaban las tiendas de *souvenirs*, disparaban fotos a todo lo que se les ponía a tiro sin ninguna lógica aparente. Con las manos en los bolsillos, entró en el bar de Ettore para desayunar. Se encontró la barra llena de gente que compraba los huevos de chocolate que había expuestos en las repisas del local.

—¿Qué le pongo, señor?

De su boca jamás saldría la fatídica frase: «¡Lo de siempre!» Significaría rendirse ante la evidencia de haberse integrado, de haberse acostumbrado a aquella ciudad, y admitir que allí le tocaba quedarse el resto de sus días hasta que se jubilase. Así que cada mañana pedía algo distinto.

—¡Un descafeinado corto con leche de soja caliente y sin cacao! —pidió.

Ettore asintió.

—¿Y quiere también un cruasán de chocolate?

—No. Uno normal, ¡con miel! —Tampoco era que le gustara demasiado la miel, pero el caso es que ya llevaba tres desayunos seguidos pidiendo el cruasán de chocolate. Un error que no podía repetirse con tanta facilidad.

Perdió otra hora más mirando tiendas y en la librería Aubert, donde compró dos novelas. Después de aquello, ya no le quedaban excusas. Tenía que ir al despacho a tirarse allí sentado otra jornada de aburrimiento mortal, fumando y oyendo las gilipolleces de sus agentes. Y no eran más que las diez y media.

No fue hasta pasado el mediodía, después de un porro, seis Camel, dos cafés de la máquina distribuidora y tres partidas al póker *online*, cuando llegó la llamada que animaría aquella tediosa Pascua.

—¡Señor! —exclamó Italo asomado a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Llamada del 118. Un accidente chungo...

—A ver, ¿qué tenemos esta vez? ¿Una vieja que ha resbalado con el hielo? ¿Un turista al que le han robado una *grolla* de madera?

—No, Rocco, algo chungo. En la montaña. Un alpinista...

—¿Qué?

—Una caída del Pólux. El equipo de rescate ya está allí.

—¿Qué es el Pólux?

—Un pico. 4.092 metros.

—¿Y qué hacía allí arriba? —Schiavone habló por boca de su total inexperiencia. De montañas sabía poco o nada, todavía no acababa de convencerse de que fuera un lugar donde pasar las vacaciones.

—Escalar. Se sube hasta allí para poder conquistar la cima.

—¿Con este frío?

—En invierno es más difícil.

—Eso veo. ¿Y este tío se ha dejado allí el pellejo?

Italo asintió.

—Una caída de varios cientos de metros.

—¿Y qué tengo que hacer yo? ¿Para eso no están los del equipo de rescate?

—Sí, pero bueno, tal vez deberíamos...

—¿Qué? ¿Quieres mandarme a cuatro mil metros? ¿Tú eres idiota?

El cuerpo de Ludovico Venier llegó al depósito de cadáveres media hora más tarde. Los periodistas ya se habían distribuido por los juzgados, las jefaturas de policía, el centro de emergencias en montaña, dispuestos a rapiñar cualquier información. La Agencia Nacional de Noticias había publicado la noticia en internet y una televisión local tenía ya listo el reportaje para emitirlo. Schiavone había llegado ya al aeropuerto Gex. El helicóptero rojo de emergencias en montaña estaba parado en la pista. Junto a él lo esperaba un hombre rubio y bajito, vestido de rojo. Calzaba unas botas gigantescas. Se estaba comiendo un plátano.

—Subjefe Schiavone, jefatura de Aosta.

—Soy Michele Dujardin, el médico...

—¿Me puede explicar qué ha ocurrido?

—Es simple. A las doce y quince recibimos una llamada de auxilio. Nos pusimos en marcha. Encontramos el cuerpo de Ludovico Venier a los pies de la pared rocosa del Pólux. Una caída de varios cientos de metros.

—¿Murió en el acto?

—Diría que sí. En el rostro bastantes marcas y sangre alrededor de la boca. Tenía los pantalones bajados y muchos huesos fracturados.

—¿Los pantalones bajados? —preguntó Rocco.

—Eso es. Estaba arriba con dos compañeros de cordada. Los hemos trasladado al hospital. Presentan algunas abrasiones y se encuentran en estado de shock. Mis colegas han decidido dejarlos ingresados al menos una noche.

Después de ordenar que, siguiendo el protocolo, requisaran el equipo de montaña de los alpinistas, a las dos de la tarde Rocco entró en la habitación donde estaban ingresados Carlo Polenghi y Sandro Biamonte, destrozados por el dolor. Carlo presentaba una escoriación en el rostro. Sandro miraba la ventana y respiraba despacio. Estaban exhaustos. Rocco había cogido una silla y se había situado a los pies de la cama de Carlo. Se fijó en que Sandro tenía una muñeca vendada.

—¿Son capaces de explicarme cómo ocurrió?

Ambos asintieron a la vez.

—Eviten los términos técnicos, que soy lego en la materia —les sugirió Rocco.

—Al amanecer salimos del refugio para guías de Val d'Ayas. En cordada y…

—¡Alto! —le ordenó Rocco—. ¿Qué significa «cordada»?

—Yo soy el más experto, así que abría el paso. —Carlo tomó la palabra—. Sandro iba atado a la cuerda y, por último, Ludovico, el que menos masca la roca, que cerraba la fila.

—¿Masca la roca?

—Sí, vamos, el que menos entendía del asunto.

—Siga…

—Superamos una pequeña terraza.

—¡Alto otra vez! Defina «terraza».

—Un saliente en la roca. Más o menos de un metro. Como una explanada, eso es.

—Continúe…

—Y reemprendimos el ascenso. Utilizamos también unas

maromas que…

—¡Alto! ¿Qué coño son unas maromas?

Esta vez respondió Sandro:

—Son unas cuerdas que los guías dejan puestas para facilitar la subida. Para que se haga una idea, unos pasamanos… como en las escaleras de un edificio. —Pronunciaba las palabras con esfuerzo.

—Fantástico. ¿Y luego?

—Llegamos a la cima. Una gozada. Nos quedamos un rato allí arriba disfrutando de las vistas, a cuatro mil metros el panorama te deja sin respiración, y Sandro hizo una foto de los tres. En resumidas cuentas, una proeza así para unos alpinistas aficionados no es cualquier cosa, ¿sabe?

—¿Y luego?

—Luego comenzamos el descenso. Primero iba Ludovico, después Sandro, y yo el último.

—Y, cuénteme, señor Polenghi, ¿qué ocurrió?

—En un momento dado, cuando no llevábamos ni la mitad del descenso, Ludovico nos avisa de que tiene que soltar lastre.

—¿A qué se refiere?

—Tenía que hacer caca —explicó Sandro avergonzado.

—¿Allí arriba? ¿A cuatro mil metros?

—A veces ocurre. Así que aprovechó que estaba aquella terraza. Lo único es que… cometió un error.

—¿Cuál?

—Se quitó el arnés. Se desabrochó los pantalones, resbaló y cayó… —Sandro cerró los ojos—. Oímos un grito y lo supimos. Lo llamábamos, pero no respondía. Desde allí arriba no veíamos la terraza. Empezamos a bajar rápidamente y entonces lo vimos… Había caído rodando hasta los pies de la pared, abajo del todo, sobre el glaciar. —Sandro volvió a mirar de nuevo la ventana.

—Fue terrible —añadió Carlo—. Llamamos enseguida a los

equipos de rescate y acabamos el descenso. Cuando llegamos, al mismo tiempo que el helicóptero, Ludovico ya estaba… —Se sorbió la nariz.

Rocco asintió.

—¿Por qué se soltó del arnés? —preguntó el subjefe.

—Quién sabe. Puede que no consiguiera desabrocharse los pantalones —se atrevió a afirmar Sandro.

—Sé que son ustedes compañeros de trabajo.

—Sí, tenemos un estudio de decoración de interiores. Somos arquitectos.

—Acabábamos de cerrar un negocio importantísimo con una compañía aérea… El mayor logro de nuestra carrera, señor.

—El tal Ludovico Venier, ¿tiene familia? ¿Hijos?

—No. Era un poco… digamos mariposón.

—Se divertía —dijo Rocco—. ¿Cómo se sienten ustedes?

—Mal, señor. Mal —respondió Carlo.

Sandro se llevó la mano con la muñeca vendada a la cara y se secó las lágrimas.

—¿Sus familias?

—Nuestras mujeres están subiendo desde Biella. Somos de allí.

—Mucha suerte —les deseó Rocco, y se levantó de la silla.

• • •

—Un gafe tremendo. —Italo estaba en el despacho de Schiavone, junto a Caterina.

—No es gafe, Italo. Si uno se pone a escalar una montaña de más de cuatro mil metros en pleno invierno, puede ocurrir. Gafe es cruzar la calle para ir a hacer la compra y que te caiga una maceta en la cabeza.

—Pues sí —convino la subinspectora Rispoli.

—¡Alucino con cómo están hechos estos cacharros! —El subjefe jugueteaba con el móvil de última generación del difunto Ludovico Venier—. Ha salido volando no sé cuántos metros y sigue funcionando.

—¡Aquí estoy! —Casella había entrado sin llamar.

—¿Ya no se llama antes?

—Como la puerta estaba abierta, creía que…

—¡Pues creías mal! ¿Qué quieres?

Casella depositó una hoja encima del escritorio de Rocco.

—Directamente de la morgue. Es la lista con los objetos del cadáver. ¿Se la dejo aquí?

Rocco le echó un vistazo distraído a la hoja.

—Sí, sí, déjala…

—¿Puedo irme?

—Sí, hombre… —respondió Rocco con la mirada puesta en la lista.

—No, me refiero… a casa.

—Son las tres y media, Casella; ¿ya te quieres ir a casa?

—Es que yo ya he acabado. Abajo, en la oficina de denuncias, están…

—Permiso no concedido. Vete a trabajar, ordena un poco el archivo, hay tal montaña de expedientes acumulados que este invierno se podrá esquiar encima. Cumple con tu horario y luego podrás largarte a casa.

Casella puso cara triste y salió del despacho.

—Hay que joderse… ¿Cómo es que solamente hay un guante?

Italo se acercó al subjefe y le echó un vistazo a la lista.

—¿Lo habrá perdido al caer?

—Aquí dice «un guante de alpinismo North Face, derecho». ¿Dónde está el izquierdo?

—La verdad es que es extraño —intervino Caterina—. Esos

guantes se enganchan a la muñeca con una correa, así, si necesitas sensibilidad en los dedos, te los puedes quitar, pero se quedan colgando. Y luego es fácil volver a ponértelos.

—¿Eres experta en montañismo? —preguntó Rocco.

—Bueno, cuando tenía veinte años lo practicaba bastante a menudo.

—Tal vez se lo quitó para desabrocharse los pantalones, ¿no? —sugirió Italo.

—Sí, pero se le habría quedado colgando de la muñeca, ¿no es eso, Caterina?

—Puede que la correílla se le rompiera con la caída. Aunque me parece difícil.

—Puede. Pero ¿por qué el izquierdo? ¿Era zurdo? —preguntó Rocco.

—¡Ni idea! Podemos preguntarles a sus compañeros —propuso Italo.

—O quizá… —Rocco volvió a coger el móvil de Ludovico. Abrió la galería de fotografías—. Si se hizo algún *selfie*, seguramente lo hizo con la mano que usaba, ¿no?

—¡Exacto! —dijo Caterina.

—Aquí está. La más reciente… Están posando en la cima… Y nuestro hombre usa la mano derecha, ¿no? —Pasó a la segunda foto—. Aquí también, frente al refugio de guías de Val d'Ayas… ¡Los tres posando! Y sigue usando la derecha.

Caterina e Italo se habían situado al lado del jefe para mirar las fotos.

—Nos estamos metiendo en la vida de este desgraciado —murmuró Italo.

—No. Estamos haciendo nuestro trabajo. Aquí están los tres… Es de ayer. En esta segunda foto Venier no lleva los guantes.

—Sí.

Rocco observó la foto en silencio. Tres hombretones que

iban forrados de pies a cabeza con cara de niños felices.

—Agentes, ¿qué es lo que no cuadra? —preguntó a Italo y Caterina.

Los dos policías miraron con atención la imagen en la pantalla.

—Sonríen... Todos levantan la mano como para saludar... Con el equipo a hombros... No sabría decirle —declaró Caterina.

Rocco volvió a coger la hoja que había llegado del depósito de cadáveres. Miró de nuevo la lista. Sin mediar palabra agarró el teléfono. Marcó un número.

—Schiavone. ¿Me pasa con Fumagalli?

—Pero ¿qué ocurre, señor? —preguntó Italo, que en presencia de terceros siempre le hablaba de usted.

—¿Alberto? Soy Schiavone.

—¿Qué quieres?

—A ver, se trata del muerto de la montaña.

—Pobre hombre. Está hecho un Cristo. Presenta fracturas en la base del cráneo y en la espina dorsal... Además tiene las muñecas y los dedos de la mano espachurrados y...

—Las fracturas me importan un comino. Cuéntame, de la lista de objetos...

—Que he redactado yo personalmente.

—Falta uno. Un reloj de muñeca con la correa de acero y cierre automático.

—Querido amigo, yo no me olvido de nada, ya lo sabes. Si no está en esa lista, aquí no está. ¡Cómo iba a olvidarme de un reloj de pulsera!

—¡Pues lo llevaba! —repuso Rocco—. Lo estoy viendo ahora mismo, en una foto en su móvil.

—¿Lo habrá perdido al caer? —propuso Caterina.

Rocco asintió y trasladó la pregunta al anatomopatólogo.

—Podría haberlo perdido, sí —respondió el especialista—,

pero si llevaba puestos los guantes, sería casi imposible.

—Hablando de guantes, el izquierdo no está...

—Entonces supongamos que cuando cayó no llevaba puestos los guantes... y supongamos incluso que una roca se lo haya arrancado. A ver, que una correílla de acero con cierre automático es difícil, pero repito, y aunque es mucho suponer... presentaría alguna abrasión en la muñeca, ¿no?

—Ya. ¿Y la tiene?

—Y yo qué sé. ¿Me dejas acercarme a Ludovico para comprobarlo? —El médico soltó el auricular.

Italo, de pie, tenía los ojos como platos.

—Pero ¿qué significa? ¿Que se lo han robado?

—¿Robarle un reloj a un amigo muerto? ¿Qué coño dices, Italo? ¿Qué son, hienas? Quizá sea sólo una tontería, ¡seguro que ahora Alberto nos dice que tiene escoriaciones en la muñeca!

—No tiene nada —se oyó al otro lado de la línea telefónica —. Tiene los dedos fracturados, pero en la muñeca, nada. Ni un arañazo, ni escoriaciones. Nada.

—Joder... —murmuró Rocco—. Gracias, Albè.

—Faltaría más, es mi trabajo.

Rocco colgó el teléfono. Luego miró a sus dos compañeros.

—¡Ni una escoriación!

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé, Caterina. Sólo sé que veo perfilarse en el horizonte una tocada de cojones de décimo grado.

—¿Qué hacemos?

—Nos dividiremos. Caterina, quiero que vayas a echarle un vistazo al equipo de Ludovico y al de los dos amigos que hemos requisado. Mira en la mochila, en los bolsillos, en el coche. Puede que el reloj esté allí.

—¿Y yo?

—Tú y yo, Italo, tenemos que subir, cago en diez.

—¿Subir adónde? ¿Allí arriba?

—Sí. Tú, yo y un par de guías, a echar una ojeada.

Italo le miró los zapatos.

—¡No querrá subir con ésos!

—¿Cómo que no?

—Señor, con unos Clarks a tres mil novecientos metros de altura, le amputan los dedos de los pies, está más claro que el agua. Ya lo ha visto, ¿no? En estas montañas, ¡uno no se anda con tonterías!

—Pero ¿de qué va esta historia? —preguntó el magistrado Baldi, a quien Rocco había pillado delante del bar debajo del juzgado tomando un mejunje sin alcohol de color preocupante.

Rocco lo informó del accidente y los sospechosos:

—Tengo la intuición de que hay gato encerrado, señoría.

Baldi se pimpló la bebida de color amarillo orina.

—¿Y usted me va a subir a cuatro mil metros?

—Sí, pero en helicóptero. Y no hoy, que ya es tarde y dentro de nada oscurecerá. Subiremos mañana a primera hora.

—¿Y qué quiere de mí?

—Necesitaría echarle un vistazo a… —Extrajo una carta del fondo del bolsillo del loden—. No, esto es la factura del teléfono. —Rebuscó en el otro bolsillo. Sacó otro papelajo blanco arrugado—. Y esto una multa que me endilgaron en el centro. Tengo que acordarme de pedir que me la quiten…

Baldi levantó la mirada al cielo.

—Vamos, Schiavone, que es para hoy, y tengo cosas que hacer por Pascua.

Rocco sacó la cartera y, finalmente, en el bolsillito que hacía de monedero, encontró la tarjeta de visita.

—¡Aquí está! Se llama Inner Life. Es una empresa de decoración de interiores. Son de Biella.

—¿Y qué tendría que buscar, si puedo preguntarle?

—No lo sé ni yo. Pero las cosas no me cuadran. Así que me he preguntado: *cui prodest*?

—Ya, claro... *cui prodest scelus, is fecit*!

—Los estudios clásicos son los estudios clásicos, ¿verdad, señor Baldi?

—¿No le bastaba con utilizar un vulgarísimo «móvil»?

—Pero entonces seríamos igual que todos los demás, ¿no?

—A menudo me pregunto, de entre tantas jefaturas de policía como hay en Italia, ¿justo aquí arriba tenía que ir a parar?

—¡Si supiese cuántas veces me lo pregunto yo!

—¡«Pie de los rumiantes, siete letras»! —grita Marina desde el sofá. En vez de decirme por qué esta salsa no espesa.

—¿Por qué me sale la salsa aguada?

—¿Has puesto demasiado aceite?

—¡Qué va!

—¿Le has echado agua?

—Un poco.

—Pues paciencia y dale vueltas. A ver. ¿El pie de los rumiantes?

—¿Yo qué sé? ¿«Pezuña»?

—No. Empieza por «be» y acaba por «o».

—¿«Bífido»?

—Eso lo es la lengua de las serpientes... Espera, hago el tres vertical... Fácil, «iris». Cuatro vertical: «Dice que sabe mucho.»

—¿«Sabio»? —le sugiero.

—No, el sabio sabe de verdad. ¡Esto es «sabiondo»! Veamos, la palabra empieza por «bis», luego tiene tres letras y acaba en «o».

—¿«Bisiesto»?

—Rocco, mira que eres malo. ¡La encontré! ¡«Bisulco»! Qué palabra tan bonita. Me la apunto.

Me asomo al salón. Está repanchingada en el sofá. Los gemelos encima del reposabrazos. Los pies descalzos apoyados en el aire.

—¿No tienes frío?

Me mira y sonríe.

—Hoy hace un sol estupendo... ¿Has visto? ¿Mañana subes allí arriba?

—Cuatro mil metros. Es de locos.

—Abrígate, y no se te ocurra ir con el loden y los Clarks. O te encontrarán en agosto, cuando se derrita el hielo.

—Tampoco estaría tan mal, ¿no?

—Anda, no hagas el tonto.

Voy hasta el sofá. Le cojo los pies con las manos.

—¿Te doy un masaje?

Ríe. Siempre le hace cosquillas.

—¿Por qué no cuelgas unos cuantos cuadros en el piso? Tiene un aire triste.

—Los tengo todos en Roma... No me apetece traérmelos aquí.

—Ya, pero tiene un aire triste.

—Tiene el aire que debe tener, Marina...

Se levanta. Deja la revista de pasatiempos encima del cojín.

—Bisulco —me dice—. El pie de un rumiante...

¿Qué quiere decir?

—¿Eso soy yo? ¿Un rumiante?

Se echa unas risas y desaparece en el dormitorio. Pues entonces seré yo. Rumio. Rumio y no digiero.

Lo equiparon con todo lo necesario para la montaña: anorak rojo, pantalones rojos, forrados, botas negras, pesadas, de cordones amarillos. En la cabeza se caló un gorro de forro polar y, como un astronauta, avanzó hacia el helicóptero, cuyas aspas ya giraban. Italo le sacó una foto.

—¡Estás guapísimo! —gritó para que se lo oyera por encima

del ruido del motor.

—¡Vete a la mierda! —respondió Rocco—. ¡Parezco un buzo!

—¿Eres capaz de subir solo o te echo una mano?

—Vete a la mierda otra vez, Italo. —Puso un pie en el helicóptero. Dentro el estruendo era insoportable. Le tocó el hombro al piloto—. Esto no irá a pegarse un batacazo, ¿verdad? —preguntó.

—Quiere decir: el aparato no va a caerse, ¿verdad? —tradujo Italo.

—Tranquilo, señor, va de maravilla.

Se montaron también el médico y los dos guías de montaña, cargados con cuerdas y mochilas, y finalmente cerraron las puertas. El motor subió de revoluciones y luego, como por arte de magia, el helicóptero despegó del suelo. Rocco apretaba el reposabrazos del asiento.

—¿Primera vez? —le preguntó Michele Dujardin.

—¿En este cacharro? Sí.

—Tranquilo, señor —dijo uno de los dos guías, que tenía la barba larga—. Es seguro.

—Sí, ya...

—Póngase esto. —Sacó dos especies de cepos de hierro.

—¡¿Esto qué es?! —gritó Rocco para que lo oyeran—. ¿Una trampa?

El guía sonrió.

—Aterrizaremos sobre el glaciar. Son crampones. Si no se los pone, puede resbalar y acabar mal.

Rocco miró aquellos dos objetos dentados. El guía le hizo una señal para que levantara un pie. Rocco se lo tendió. Sintió que lo herraban como a un caballo.

¡Tac! Con un solo gesto disparó un muelle y cerró el aparato con una correílla. Hizo lo mismo con el segundo. El subjefe se miró los pies.

—Pero ¿cómo voy a poder andar con estos trastos?

—Es más fácil de lo que cree.

Sobrevolaron el valle, dejaron atrás la ciudad y empezaron a volar entre las montañas. Italo miraba el espectáculo de nieve y roca. Los guías estaban ocupados con el equipo mientras el médico jugaba con el móvil. De vez en cuando Rocco echaba una ojeada. Sobre los tejados blancos de las granjas alpinas, las rocas negras y afiladas como dientes de un reptil prehistórico. Los glaciares azules y la nieve que lo recubría todo. Una carreterita apenas visible, otras casas desperdigadas. El bosque se había aclarado para dar paso al manto blanco y las piedras negras. Un paisaje lunar rodeado por las coronas de los montes. Italo levantó el índice.

—¡Ahí está! —gritó—, ¿ve esa cúspide ahí abajo? Ése es el Pólux. Y al lado está su gemelo, ¡el Cástor!

—¿Qué coño tienen que ver los argonautas con dos picos alpinos?

—A mí no me pregunte —respondió Italo—. ¡Yo estudié hostelería!

Lentamente el helicóptero inició el descenso. Se fue acercando cada vez más al suelo, levantando una masa de nieve que tapaba la vista. Se asentó y por último el piloto puso el motor al ralentí.

—¿Cuánto tiempo se quedan? —preguntó a Rocco volviéndose hacia atrás.

—No lo sé. Un par de horas, si aguanto.

—Pues entonces yo bajo. Cuando acaben, llámenme y vuelvo a buscarlos. —Levantó el pulgar para dar el ok.

Empezaron a bajar del helicóptero. En primer lugar Rocco, Italo y el médico, por último los dos guías, que descargaron el material. La nieve estaba dura. Italo apoyó la mano en los

hombros de Rocco para que agachara la cabeza y lo alejó del aparato. El subjefe avanzaba en el hielo clavando los dientes de los crampones en la nieve.

—Pero ¿cómo coño se puede caminar con estos cacharros…?

—Venga… —dijo Italo.

Se alejaron una veintena de metros. El motor subió de revoluciones, las hélices levantaron de nuevo una nube de nieve.

—¡Tápese los ojos! —gritó Italo.

Luego el gigante reemprendió el vuelo y en un instante desapareció de la vista, dejando sólo el eco de los manotazos al aire, que rebotaban en las laderas de las montañas.

A pesar del hermoso día de sol, la temperatura debía de ser de bastantes grados bajo cero. Rocco levantó la vista hacia la roca.

—¿Es ahí? —preguntó a los guías.

—Sí, lo encontramos ahí abajo, al final de la pared. Cerca de aquel saliente negro.

A más de cincuenta metros cuesta abajo se veía el tejado del refugio.

—¿Y eso qué es?

—Eso es el refugio para guías de Val d’Ayas, señor — respondió Italo.

—¿Me estás diciendo que hay gente que vive ahí?

—En invierno no. En verano sí.

—Pues en marcha, venga.

Con paso incierto Rocco seguía al médico, a los guías de montaña y a Italo, quienes, a diferencia de él, parecían haber vivido siempre en medio de aquel hielo. La cabeza le daba vueltas y respiraba entrecortadamente.

—Me cago en la puta —musitó entre dientes—. Con estos trastos en los pies ¡parece que llevo herraduras! —La espalda de Italo, delante de él, dio un respingo—. ¿De qué coño te ríes,

Pierron? ¡Ya me las pagarás todas juntas!

Por fin llegaron al lugar de los hechos.

—Aquí es, hemos llegado. El cuerpo estaba aquí. —Todavía se veían con claridad en la nieve las huellas de un montón de personas.

—Y ¿desde dónde se supone que cayó?

El guía barbudo levantó la mirada.

—¿Lo ve, allí arriba? ¿Ese entrante en la roca... esa especie de explanada?

—No, no lo veo.

—Allí, al lado de esos dos agujeros en la pared... Tenga. —Le pasó los prismáticos.

Rocco dirigió el objetivo entre la nieve, que todavía cubría las piedras, y una cuerda blanca atada a la montaña.

—¿Qué es esa cosa blanca?

—Eso es una maroma. Sirve de ayuda en el caso de que...

—Ah, ya, ya —atajó Rocco, al recordar la conversación con Carlo y Sandro en el hospital—. Una especie de pasamanos de un edificio.

—¡Exacto! Ahora apunte a la derecha de esa soga y encontrará el saliente.

—Ahí está, sí. Ahora lo veo.

—Al parecer Ludovico Venier se puso en cuclillas para... Vamos, para hacer caca, y luego resbaló...

Rocco miró el precipicio. Varios cientos de metros. Un salto que ponía los pelos de punta.

—Digamos que supuestamente se detuvo allí arriba para defecar, resbaló y adiós muy buenas... —Rocco devolvió el binóculo al guía—. Necesito una cosa.

—¡Diga, señor!

—Yo allí arriba no llego ni con teletransporte. Suban ustedes.

—¿A la terraza?

—A la terraza. Y echen un vistazo.

Deprisa y en silencio, ambos se prepararon para la subida.

—Mire cómo lo hacen. ¡Qué espectáculo! —comentó Italo con entusiasmo.

Y verdaderamente eran un espectáculo. Ágiles y veloces, los dos guías alcanzaron la pequeña terraza en nada de tiempo. Rocco se quedó mirándolos con los ojos como platos.

—No son hombres, sino más bien cabras montesas. —El policía del Trastevere estaba descubriendo un mundo nuevo.

Dujardin e Italo sonrieron. La radio del médico emitió un ruido: «¡Llegamos!»

Rocco la agarró.

—Fantástico. Echen un vistazo. Corto.

—¿Qué buscamos? Corto.

—Lo más de lo más sería que encontrarais un reloj. Corto.

Italo miró a Rocco con escepticismo.

—¿Y lo menos? Corto —transmitió la radio.

—¿Por qué lo dice? Corto.

—Hemos encontrado algo, pero mejor no lo tocamos. Corto.

—Bien hecho.

Los dos guías habían visto no pocos telefilms policíacos.

—¿Y puede saberse qué es? Corto.

—Pues verá, tiene pinta de... Sí, diría que es un chicle...

Alberto Fumagalli miró el envoltorio de plástico que contenía la goma blanquecina. La agarró con las pinzas para sacarla de la bolsita.

—Mmm...

—Me parece que esa mancha... —dijo Rocco— podría ser de sangre, ¿no?

—Podría. —El médico abrió el chicle con pericia, como si extrajese un mejillón de la concha—. Es sangre, Rocco, te lo

digo con total seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Si miras bien aquí dentro, hay también un trozo de diente. A primera vista parece un incisivo. Y ten en cuenta que al cadáver le faltan seis. Me juego el sueldo a que este medio chicle de menta le pertenece...

—Joder... —dijo el subjefe—, dame una prueba que lo demuestre, por favor.

—Me pongo manos a la obra. Pero ¿es una mala noticia?

—Para mí, no. Es más, ¡es la noticia!

• • •

Se cruzó con Caterina Rispoli por los pasillos de la jefatura. Eran las tres de la tarde y llevaba sin comer desde la noche anterior.

—¡Señor! He examinado el equipo de Polenghi y el de Biamonte.

—¿Y...?

Caterina extendió la hoja que llevaba en la mano.

—Lo componen dos cuerdas azules de ochenta metros, dos piquetas, dos cascos, tres pares de calcetines, dos cuchillos, una toalla, dos linternas frontales, dos...

—¿Algún reloj?

—Nada, señor. Nada de relojes.

—Entonces vente conmigo. Llévame al hospital.

—¿No se encuentra bien?

—No es eso. Digamos que sólo puedo jugarme una carta, así que esperemos que funcione. Avisa a Italo de que esta noche la pasamos juntitos los dos.

La subinspectora lo miró sin entender.

—Luego te explico. Cosas de hombres.

—¿Sabe? —le dijo ella—. Le sienta bien la ropa de alta montaña. Le favorece.

El subjefe sonrió halagado.

—¿No parezco un astronauta?

—No, para nada. Más bien una especie de viejo alpinista que...

—Has dicho la palabra equivocada.

—¿Alpinista?

—¡Viejo! ¡En marcha, ar! ¡Sígueme!

Carlo y Sandro estaban sentados en la cama de su habitación del hospital. Se habían quitado el camisón y habían recuperado su ropa de alta montaña, no veían la hora de desaparecer de allí.

—Caballeros, pueden incluso regresar a Biella. Soy consciente de que tienen ustedes asuntos que resolver y por nada del mundo querría retrasar su salida por cuatro estupideces burocráticas —dijo Rocco nada más entrar en la habitación.

—Gracias... Creo que pasará algún tiempo antes de que volvamos a la montaña —dijo Sandro, tocándose la venda que le envolvía la muñeca.

—En mi opinión, no les vendría mal reanudar la práctica enseguida. Es un poco como cuando uno se cae del caballo. Hay que volver a la montura de inmediato; si no, no se retoma jamás.

—Tal vez tenga razón —dijo Carlo levantándose de la cama.

—Si pasan por la jefatura, ya pueden recoger su equipo.

—Gracias. —Carlo sonrió.

—Sólo hay una cosa que me fastidia y no entiendo —añadió Rocco—. Su desafortunado amigo, Ludovico... tenía un reloj de

pulsera.

—Sí, un Rolex. Se lo regalamos nosotros hace tres años.

—Ajá, pues no lo encontramos.

—¿Cómo...? —dijo Carlo.

—Y es algo que me incomoda. Porque, Dios no lo quiera, no me gustaría que alguien del equipo de rescate hubiera metido la mano donde no debe.

—Pero ¡señor! —intervino Caterina—. ¡Los miembros del equipo de rescate son personas de total confianza!

—Lo sé. La cuestión es que el reloj, el Rolex, no aparece.

—¿Puede que se le haya caído? —sugirió Sandro.

—Nooo, imposible. Tampoco voy a ponerme a explicarles por qué. En cualquier caso, yo les juro por Dios que a partir de mañana mismo reanudaremos la búsqueda, peinaremos la zona, cueste lo que cueste. Está en juego mi reputación, la de los hombres de la jefatura y la del equipo de rescate. Yo, ese reloj, lo tengo que encontrar. Y en cuanto lo encuentre, se lo enviaré a Biella. Me encargaré yo personalmente.

—Es... es todo un detalle por su parte —afirmó Sandro.

—Es mi deber. Bien, caballeros, ha sido una experiencia muy desagradable, espero que la olviden cuanto antes. Buenas tardes. —Y, llevándose la mano a la frente, se despidió de los dos montañeros con un saludo militar.

Caterina lo siguió. En el pasillo la subinspectora le susurró a su superior:

—Pero ¿de verdad toda esta matraca por un reloj?

El mismo helicóptero, con un vuelo crepuscular, los había dejado en el refugio de Val d'Ayas. El frío les cortaba el rostro a los dos policías como una cuchilla de afeitar desafilada. Les pinchaba la cara, les destrozaba la piel.

—¿No hay nadie? —preguntó el subjefe al ver las luces

apagadas.

—Te lo dije, Rocco, sólo está abierto el refugio de invierno. En verano están los responsables, ahora no.

El helicóptero despegó de nuevo y el subjefe Schiavone e Italo Pierron entraron deprisa. Oscuridad. Rocco intentó encender la luz.

—No funciona. Sólo hay velas. —Italo cogió un par que habían dejado allí expresamente para los excursionistas.

—Enciende más. ¡No me gusta estar a oscuras!

Italo le entregó dos al subjefe y él cogió otras dos velas más.

En la habitación había seis camas, y una suerte de mesa en el centro. Encima de una especie de repisa había dos camping gas, y una estantería astillada por varios puntos contenía latas y tarros pequeños.

—¿Qué nos papeamos? —preguntó Rocco.

Italo señaló la estantería.

—¿Miras a ver qué hay?

—Pero si tú me habías dicho que los refugios son casi como hoteles...

—¿Otra vez? En verano. No en invierno. La comida está ahí arriba.

—Pero ¿qué es? —preguntó Schiavone mientras pegaba las dos velas a la vieja mesa—. Italo, llevo sin comer desde anoche... —Se acercó a la despensa—. Alubias de la época de mi abuelo. Guisantes... Tres sopas instantáneas con champiñones y... No, a ver, ¡si me como una de éstas me entra el tifus seguro! Estas latas están medio oxidadas.

—Te dije que mejor trajéramos algo nosotros, ¿verdad? —Italo cogió una latita—. ¡Mira! ¡Ésta tiene que haberla dejado un ruso! ¡Carne de cangrejo!

—Pero ¿estás loco? ¿Y luego quién me hace el lavado gástrico? ¿No tenemos un pastelito, unas galletitas...? Me vale hasta un paquete de caramelos, yo qué sé...

—No, Rocco. Si tienes hambre, te toca comerte una de éstas. Y te diré más: da las gracias a los alpinistas que generosamente las han dejado, que, si no, te tocaba ayunar.

—Lo prefiero. —Se alejó de la estantería. Probó la cama—. ¡Pero si sólo está el somier!

—Por eso he traído dos sacos de dormir. —Italo fue hasta las mochilas y las abrió. Sacó una especie de colcha verdosa y la desenrolló sobre un catre—. ¿Lo ves? Dormiremos dentro de esto.

—Pero qué coño... ¡Pero si es peor que un camping! Y eso que no voy a uno desde los dieciséis años, me lo juré a mí mismo; seré pobre, sí, pero antes prefiero quedarme sin vacaciones. El camping está en el octavo grado de mis tocadas de cojones, ¿lo sabías?

—¿Quieres dormir fuera? ¡Estamos a veinte grados bajo cero! ¿En qué nivel de tocada de cojones está morir congelado? —Le lanzó un saco de dormir azul—. Pruébalo.

—Anda, trae... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de Camel.

—¡Aquí no se puede fumar!

—¿Tampoco?

—¿No ves que es todo de madera? Si quieres, fuma fuera. ¡No quiero morir quemado por culpa tuya!

Rocco negó con la cabeza y abrió la puerta del refugio. Un viento gélido le dio una bofetada en plena cara. Le tembló el cuerpo de los pies a la cabeza, que llevaba tapada con un gorro de lana. Desistió y regresó inmediatamente al interior.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? Fuera es como estar en el polo.

—Te lo he dicho. Venga, acuéstate. Hagamos turnos. Yo preparo algo. ¿Una sopa?

—Pero si no tenemos ni agua.

—Voy a cogerla fuera. No sé si te has fijado en esa cosa

blanca que hay por todas partes: es nieve. Si la derrites, ¡milagro! ¡Tienes agua!

—¡Ahórrate la ironía, imbécil!

Sin el menor temor Italo salió a enfrentarse al frío polar. Rocco se asomó al ventanuco que daba al valle. Una línea naranja dibujaba las crestas negras y los picos, luego el cielo se iba degradando hacia un celeste que se convertía en violeta y, por último, justo encima de su cabeza, en azul cobalto. Las estrellas se habían encendido y, al mirarlas, sintió todavía más frío del que de por sí hacía. Le llegaba un hedor a moho, a cosas muertas, a calcetines sucios, a vino viejo mezclado con madera podrida, a axilas.

—Qué asco... —dijo entre dientes. Se sentó en el catre y se hundió en el centro, peor que si se hubiera sentado en un charco de barro. Decidió que pondría el saco de dormir en el suelo—. Pero cómo coño se me ocurre, digo yo... —Se puso de pie.

Encima de una mesita alta que parecía un atril reposaba un librazo. En él los montañeros habían dejado decenas de mensajes. «22/12/2012: ¡Subimos al Pólux! Un gran día. Ugo, Mario y Carla.» «3/01/2013: Happy New Year!!! Frank & Andrew.» Caritas sonrientes, dibujos de perros, caballos, dos mujeres desnudas. Italo regresó dando zapatazos en el suelo.

—¡Madre mía! —dijo con la mandíbula temblándole por el frío. Había recogido un montón de nieve en una olla—. Venga, una sonrisa, Rocco. ¡Vamos a preparar una sopa instantánea de champiñones y espárragos!

—¡Cómetela tú!

—¡Estará caliente, imagínate! ¡Mechero!

—Ah, ¿para cocinar sí, pero para fumar no? —Le lanzó el encendedor a Italo, que giró el regulador del primer camping gas. Nada. El segundo. Mismo resultado.

—¡No gas, no sopa!

—Me entran ganas de llorar.

—Vamos, Rocco, elige una bonita lata y cenemos a la luz de las velas. ¿No te parece romántico?

—No.

—Yo tomaré atún y alubias. ¿Y tú? Si hay hasta un plato exótico, diría que es polaco… Por el dibujo podría ser chucrut. —Le lanzó el bote a Rocco.

Rocco lo observó con atención a la luz de las velas.

—Por el dibujo parece mierda de perro, Italo. Polaca, ¡pero en cualquier caso mierda! —Le devolvió la latita—. Nada. Yo ayuno. ¡Lo prefiero!

• • •

Envuelto en el saco de dormir como una momia, sólo tenía la cabeza fuera, y no lograba conciliar el sueño. El primer turno de guardia lo estaba haciendo Italo, que estaba pegado a la ventana. A la variedad de hedores nauseabundos se había sumado también el del atún rancio de la lata. De haber tenido algo en el estómago, lo habría vomitado. Intentó darse la vuelta, pero el brazo, encajado en el rebujo de plumas de oca, no se movía. Y notaba la pierna derecha como atada por un nudo corredizo.

—¡Me cago en la puta…! —refunfuñó dando patadas.

—¿No consigues dormirte? —preguntó Italo.

—Ya me dirás cómo. ¡Parece que me han atado aquí dentro!

—¿Cambiamos? Me caigo de sueño.

—Venga, cambio. —Trató de sacar la mano para abrir la cremallera, pero no lo logró—. ¡Ábreme esta mierda de trampa!

Italo lo ayudó. Rocco salió de aquel infierno de poliéster dando coces y se puso de pie.

—Será mejor que te pongas los zapatos, si no quieres caer malo.

Rocco se calzó y fue hasta la ventana. Italo se acomodó en el catre. Cerró la cremallera despacio, luego los ojos; ni diez segundos tardó en quedarse dormido.

«¿Cómo lo hace?», pensó Rocco. Desde la ventanita sólo se vislumbraba la oscuridad del valle, aunque la luna ayudaba y la blancura de la nieve reflejaba la luz. Espectral, ése fue el adjetivo que se le vino a la cabeza. Emboscadas había hecho muchas: en coche, en un tren, en una ocasión incluso en la cabina de una grúa. Pero era la primera vez que lo hacía a casi cuatro mil metros de altura.

«Esta gente está loca», y pensaba en las personas que subían hasta allí arriba, enfrentándose a días enteros de penurias, de fatiga, arriesgando el pellejo para encaramarse a la cima de uno de aquellos monstruos con el único fin de poder decir: «¡Yo he estado aquí!» Pensó en el Trastevere, en las luces de los locales, en las risas de las muchachas, en las piernas largas y torneadas que cruzaban el Ponte Sisto. Via delle Coppelle, un *spritz* en Ciampini. Un leve ruido atrajo su atención. La lata de atún y alubias que había sobre la repisa del rincón de la cocina tenía un segundo consumidor. Un ratón de al menos quince centímetros se había posado en el borde y lamía los restos con avidez. Se quitó un zapato y se lo lanzó.

—¡Qué coño pasa! —gritó Italo, despertándose de un sobresalto.

—¡Un ratón! —dijo Rocco.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Tenemos una sucia rata aquí dentro y tú dices «¿y qué?»?

—¡Me has despertado!

—¿Hay ratones a cuatro mil metros?

Italo ni se molestó en contestarle. El roedor se había

escondido vete a saber dónde. Dando saltitos llegó a la zona de la cocina, se agachó y recuperó el zapato. En una esquina, en un revoltijo de basura, había un preservativo usado.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Ahora qué pasa?

—¡Un preservativo!

—Habrán pasado una velada romántica.

—¿Aquí? ¿Pasar una velada romántica aquí? En el Excelsior y con champán pasas una velada romántica. Aquí tienes que estar mal de la cabeza para echar un polvo.

—¿Me dejas dormir ya?

• • •

Había vuelto junto a la ventana. De repente las vio. Pequeñas, débiles, como dos luciérnagas extraviadas en una noche oscura como boca de lobo.

—¡Ya está! —gritó Rocco. Corrió a la mesa y sopló las velas. La habitación se precipitó en la oscuridad. Oyó que Italo abría la cremallera del saco de dormir.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. —Volvió a la ventana.

Las dos lucecitas avanzaban hacia el refugio. Sin prisa pero sin pausa, parecían bailar bajo el embate del viento. Italo se acercó al subjefe.

—¡Ahí están!

—Recógelo todo. Que no encuentren nada aquí dentro en caso de que se paren en el refugio. —Con rapidez, Italo guardó los sacos de dormir.

Rocco quitó de en medio la lata de alubias.

—¿Y dónde nos escondemos?

—Fuera. Abrígate bien...

Esperaron a que las dos luces se mostraran como lo que en realidad eran: dos linternas montadas encima de los cascos. Las dos sombras avanzaban con esfuerzo por la nieve. Afrontaban el último tramo antes del refugio. Rocco le hizo un gesto a Italo para que lo siguiera. Salieron al aire libre. Una mano helada los agarró. A toda velocidad se ocultaron detrás de una esquina de la casa y se agacharon a la espera.

—Nos vamos a congelar... —susurró Italo.

Rocco se llevó el índice delante de la nariz. Al cabo de un minuto la primera sombra despuntó desde detrás de la roca. Un hombre alto, con la luz en el casco, tendió la mano y ayudó a su compañero a alcanzar la plataforma del refugio. Miraron la construcción, pero no le prestaron atención. Luego continuaron hacia la pared de roca.

—¿Qué hacemos? ¿Los seguimos?

—No. A ver adónde van.

Rodearon la casucha. Las dos luces seguían subiendo hacia la roca oscura, dejando un halo de claridad en la nieve. Desaparecieron detrás de una hondonada.

—¿Cuánto hay a pie de aquí a la pared? —preguntó Rocco.

—¡Por lo menos una hora!

—La pistola, ¿te la has traído o te la has olvidado junto con la cena?

Pierron ni le contestó.

Hora y media más tarde Carlo y Sandro entraron en el refugio. Tiraron las mochilas al suelo y encendieron las dos velas.

La subida en plena noche a casi veinte grados bajo cero había sido dura y agotadora. Respiraban mirándose a los ojos, satisfechos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Carlo.

—Mejor —respondió Sandro.

Entraron en la habitación de la mesa y los catres. La luz débil iluminó las dos sombras. Los dos arquitectos dieron un respingo.

—¡Buenas noches!

De pie, junto a la mesa, se encontraba el subjefe Rocco Schiavone. Delante de la cocinita, el agente Pierron blandía la Beretta. Con dos pasos rápidos se situó a espaldas de ellos, delante de la puerta.

—¿Todo bien?

Carlo y Sandro se miraron, perdidos.

—Abran la mochila —ordenó Rocco—. Muy pero que muy despacio.

Carlo se inclinó. Desabrochó el cierre y se la entregó a Rocco.

—Veamos qué tenemos aquí... —Volcó el contenido encima de la mesa.

Una cuerda azul de escalada. Mostraba un extremo cortado y deshilachado. Otro trocito de cuerda azul poco más largo de un metro. Un reloj de pulsera Rolex con el cristal resquebrajado.

—¡Aquí está! ¿Lo ves, Italo? —Rocco observó la esfera—. Marca las once treinta y cinco. ¿A qué hora llegó la llamada al 118?

—A las doce y diez —respondió Pierron.

—Díganme, por favor, ¿puede saberse el porqué de esta discrepancia? —Carlo y Sandro permanecieron en silencio—. En mi opinión este reloj se rompió en el momento de la caída de Ludovico. Que supuestamente sucedió a las once y treinta y cinco. ¿Por qué pidieron auxilio... veamos, treinta y cinco minutos más tarde?

Los dos alpinistas seguían sin hablar.

—¿Se lo digo yo? Porque antes tenían que preparar la

puesta en escena. No se mató precipitándose sobre el glaciar por una imprudencia suya. No, murió antes, estrellándose sobre la terraza donde según ustedes quería cagar. ¿Y cómo cayó? Es simple, le cortaron la cuerda mientras lo hacían bajar de la pared que está allí encima. En cuanto se quedó colgando y se asomó al vacío, zas, un corte limpio de cuchillo y una caída de quince metros, como de un edificio de cinco plantas. Sólo que chocó con la terraza. Así que bajaron, lo encontraron muerto o tal vez agonizante, le quitaron el muñón de cuerda cortada del arnés... —Rocco levantó justo ese metro de cuerda azul que había encontrado en la mochila de los dos alpinistas—, le bajaron los pantalones y lo tiraron por el precipicio. De otro modo la historia de la defecación a mitad del descenso no cuadraba, ¿verdad?

Italo asentía convencido.

—Llegaron hasta el cuerpo, y se dieron cuenta de que el reloj se había parado. Se lo quitaron. Sólo que tendrían que haberle vuelto a poner el guante, pero no lo hicieron. ¿Por qué? Era difícil, ¿tal vez el pobre Ludovico tenía los dedos rotos? Hasta ese momento no pidieron auxilio. ¡Y aquí está la prueba de cómo su amigo cayó en la terraza! —Rocco levantó la cuerda azul. Mostró una especie de flor formada por los hilos cercenados por una cuchilla, deshilachados—. ¡Le cortaron la cuerda! Que luego escondieron junto al reloj para ocultar las pruebas. ¡Eso es todo!

—Bonita reconstrucción la suya. De novela, pero es eso, una reconstrucción —declaró Carlo, sin querer rendirse—. Ludovico se detuvo en aquella terraza para defecar y...

—¿Me explica entonces por qué, justo en esa terraza, encontramos el chicle con la sangre de Venier y hasta un diente metido dentro? ¿Quiere decirme que lo escupió antes de hacer sus necesidades y que, como tenía piorrea o algo parecido, perdió un diente? Pierron, ¿tienes las pulseritas?

—Por supuesto… Por favor, ¡levántense, señores!

Sandro y Carlo obedecieron. Italo los esposó a los dos juntos.

—Pueden sentarse en la cama, gracias.

Carlo y Sandro se miraron en silencio.

—Bien. Y ahora esperamos a que amanezca y vengan a buscarnos.

—¿Y por qué lo habríamos hecho? ¡A ver!

—¡Cállate! —gritó de repente Rocco, mirando a Carlo a los ojos. La calma exhibida hasta ese momento dejó paso al animal —. ¡Que te calles! Sois las personas como tú y tu amigote los que me hacéis la vida un infierno. Sois dos imbéciles, dos desgraciados, me habéis obligado a hacer cosas que ni en sueños habría querido hacer. ¿Y todo por qué? Por dinero, claro está. Estoy a la espera de que el juez me dé noticias, pero estoy seguro de que teníais preparada alguna cabronada por la que debíais eliminar a ese pobre desgraciado.

—Eso no son más que conjeturas. Hemos subido hasta aquí para recuperar parte de nuestro…

Le dio un fuerte puñetazo en toda la cara y el guante atenuó el ruido. Carlo cayó atravesado encima del catre.

—¡Cuando yo digo «a callar» significa «a callar»! ¡Que no hables, imbécil!

—¡Te voy a denunciar! —gritó Sandro mirando a su amigo.

—Te vas a chupar veinte años, ¡cabrón de mierda!

Los dos esposados dormían tapados por el edredón. Roncaban. Italo estaba en el catre de enfrente y trataba de mantener los ojos abiertos. Rocco estaba despierto como si ya hubiera amanecido.

—Rocco, voy a dormir un poco —anunció Italo.

—Duerme, duerme. Total, ¿adónde van a ir? Esposados ni

aunque fueran Messner y Bonatti lograrían bajar hasta el valle…

Luego se puso de pie. Fue hasta el librazo que había sobre el atril. Cogió el bolígrafo y escribió: «26/3/2013. ¡Idos a tomar por culo! Rocco Schiavone.»

Volvió a su sitio y se quedó mirando fijamente a la luna, esperando que se transformara en un sol.

Cuando se bajó del helicóptero, Casella y Deruta, a las órdenes de Rispoli, se encargaron de los dos montañeros. Rocco corrió hasta el vestuario, no veía la hora de quitarse aquella ropa de buzo y volver a su indumentaria civil.

—Schiavone, soy Baldi. Ya me he enterado. Confirmo la detención.

—¿Ha descubierto algo en Biella? —preguntó sujetando el móvil con el hombro mientras intentaba atarse los Clarks.

—Claro. Habían estafado a su amigo. Habían presentado el proyecto sin la firma de Ludovico Venier para excluirlo del negocio. Con él muerto, nadie habría dicho esta boca es mía.

—Pero ¿en qué consiste el negocio?

—Un encargo de cuatro millones de euros, Schiavone.

—¿Tanto valía la vida de Ludovico?

—Piénselo bien. ¡Valía un tercio de la suma!

—Roñicas… —dijo Rocco en voz baja.

—¿Qué ha dicho?

—Miserables, señor. ¡Miserables!

—Puede decirlo bien fuerte. ¿Pasa después por el juzgado?

—Por supuesto, no veo la hora. Pero antes voy a desayunar. No pruebo bocado desde antes de anoche.

—Pues entonces hasta luego.

Se dio la vuelta. Italo se había puesto de nuevo el uniforme. Tenía la cara verde.

—¿Qué te pasa, Italo? ¿Te vienes a desayunar?

—Rocco, creo que paso…

—Estás verde.

—El atún. Me parece que no estaba bueno.

—¿No? ¿No era el sitio perfecto para una velada romántica?

Italo se volvió de golpe y vomitó en el suelo de las dependencias de protección civil.

—Buena Pascua, Italo. Hasta mañana, si llegas vivo…

... Y BALÓN AL CENTRO

—No te entiendo, habla más despacio —dijo el subjefe.

Un rayo de sol que penetraba por la ventana del despacho de Schiavone alcanzó el pómulo sudado del agente Deruta, que sufría una grave falta de oxígeno después de haber subido las escaleras de dos en dos. Daba tumbos como una trucha en el fondo de una barca. Le costaba mantener sus más de cien kilos sobre aquellas piernecillas flacas y temblorosas.

—Lo… dice… el jefe… Es con fines… benéficos.

Rocco se levantó de la silla. Señaló con serenidad el pequeño sofá donde *Loba* dormía como un angelito. El agente le dio las gracias al jefe con un gesto, se sentó, se pasó la mano por la cara para secarse el sudor y luego levantó la vista hacia su superior.

—Gracias.

—¿Por qué has subido las escaleras de dos en dos? —preguntó Rocco—. Estás todo pringoso, sudado, te falta el aliento.

—Porque… el médico… dice que… tengo que… moverme…

Rocco esperó a que se relajara el fuelle que hinchaba con desesperación la caja torácica del policía.

—Ahora que ya no hay peligro de infarto, ¿quieres decirme qué es lo que ha ordenado el jefe?

—No lo ha ordenado —Deruta tragó saliva—, dice que es con fines benéficos.

—El concepto ha quedado claro. La cuestión es: ¿qué es lo que se hace con fines benéficos, Deruta?

—El partido.

—¿Qué partido?

—De fútbol.

Rocco regresó al escritorio. Trataba de no perder la calma. Se lo había jurado a sí mismo mientras fumaba el primer porro matutino: «Hoy mantengo la calma. Es mi propósito del día.»

—¿Qué partido de fútbol?

—La jefatura debe enfrentarse al equipo de los magistrados… con fines benéficos, eso es.

—Es decir, ¿policías contra jueces?

—Sí, ¡la jefatura contra el tribunal! Lo hacemos todos los años.

—Si te fijas, fuera de mi despacho hay un cartel, lo hizo Italo Pierron. En dicho cartel aparece el listado de todas las tocadas de cojones que me amargan la existencia. En el noveno grado, que ya es bastante alto, encontrarás las actividades laborales en mi tiempo libre.

—Sí, pero dice el jefe que es importante.

—¿Un partido de fútbol?

—¡Con fines benéficos!

—Vuelve a decirlo y le ordeno a *Loba* que te muerda.

Sintiéndose directamente interpelada, la cachorra abrió los ojos y puso las orejas tiesas.

—¿*Loba*? ¡Gruñe! —ordenó el subjefe. Y la perra obedeció, pero sin ímpetu. Lo hizo más por deber profesional que por otra cosa—. ¿Entendido, Deruta?

El agente se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel. La abrió. Estaba cubierta por una mancha borrosa, azulada.

—*Cagüen*…

—¿Qué es?

—Era la lista de los jugadores, la escribí con rotulador.

—Sólo que tu muslamen sudado la ha descolorido… Deruta, me das asco, levántate del sofá y sal de mi despacho ¡ahora mismo!

Había perdido la paciencia. No lo había logrado. El propósito del día había durado poco más de dos minutos.

El agente se apoyó en el reposabrazos, hizo dos intentos de despegar el culo hacia arriba, sin éxito. Así que Rocco le tendió la mano y, tirando con todas sus fuerzas, desincrustó a su colega del asiento. Una aureola húmeda se había dibujado en el respaldo de piel del sillón. Rocco lo miró con cara de asco.

—Me has manchado el sillón del despacho. Una mancha húmeda, grasienta, que probablemente las limpiadoras no lograrán quitar. Anda y vete a trabajar, Deruta, y olvídate de esta misión. No juego al fútbol desde que tenía dieciocho años y el menisco me traicionó llevándose el ligamento cruzado, ¿estamos?

El agente asintió y salió reculando.

—¿No quiere saber quién se ha apuntado ya?

—No. ¡Quiero que salgas de mi despacho! —gritó, y le dio un portazo en las narices a Deruta.

Regresó al escritorio, abrió el cajón, cogió el librillo y se lió el segundo porro de la mañana. Esta vez sin proponerse nada.

No tenía asuntos pendientes, la jornada se presentaba tranquila, fuera brillaba el sol, así que decidió ir a estirar las piernas por el centro en compañía de *Loba*. Leer el periódico en la mesita del bar de Ettore, ver la gente pasar por la piazza Chanoux, respirar el aire limpio de aquella ciudad y no pensar en nada. Un programa sencillo, de prejubilado.

No había hecho más que bajar el segundo escalón cuando a su espalda se oyó la voz de Italo Pierron.

—¡Disculpe, señor!

Era uno de los tres colegas que podían tutearlo, pero en la comisaría, a más de dos metros de distancia y, además, en voz alta, Pierron seguía manteniendo el «usted» oficial. Rocco

levantó la cabeza y lo vio llegar corriendo.

—¿Qué quieres, Italo?

—El jefe, quiere verte... —le dijo en cuanto lo tuvo a una distancia de seguridad.

—¿Qué pasa?

—Es por lo del partido.

—¿Otra vez? Dile que no me has visto. —Hizo ademán de bajar las escaleras.

Italo lo agarró del brazo.

—Rocco... ¡Es él quien te ha visto!

—¿Cómo?

—Saliendo del despacho, hace justo veinticinco segundos.

Schiavone levantó la mirada al cielo y dio marcha atrás para subir los dos escalones que acababa de bajar.

—Lo hacemos todos los años, Schiavone. Desde siempre. Y este año, como todos los demás años, también saldremos al campo del Mario Puchoz y la recaudación irá toda a parar a la unidad de pediatría del hospital.

—Es una iniciativa encomiable, señor Costa, pero yo, mire...

El jefe levantó una mano para detener al subjefe.

—Sé que usted jugaba de joven.

—En el Romulea. Luego me rompí los ligamentos de la rodilla izquierda y en la derecha tengo problemas graves con el menisco. Llevo desde entonces sin patear un balón.

Sonó el teléfono de Costa. Lo levantó para volver a colgar de inmediato. Señal de que aquella conversación le importaba más que cualquier otro asunto.

—Usted me hará de jugador-entrenador.

—¿De qué?

—Como Vialli con el Chelsea, algo parecido.

Rocco abrió los ojos como platos.

—Sin tener en cuenta que la comparación es como mínimo vergonzosa, para Vialli, quiero decir, yo...

—¡Pero no hay nada por lo que preocuparse, Dios mío! Total, si siempre acabamos empatados, desde hace años. Lo pactamos con los magistrados.

Rocco se echó a reír.

—¿Me está diciendo que la jefatura de policía y el tribunal hacen un chanchullo y se ponen de acuerdo para empatar?

—Es por el espectáculo, Schiavone. Es un día de fiesta, ¡no un campeonato! La gente viene, se divierte... Ponen hasta una comentadora que hace la crónica radiofónica en directo, una actriz buenísima, muy ingeniosa, hace un montón de bromas.

—Por Dios, qué cosa tan cutre... —Rocco agachó la cabeza—. ¿Y cuándo sería esta... —a punto estuvo de decir «payasada», pero se mordió la lengua y continuó—: esta cosa?

—Dentro de una semana. Tiene tiempo para preparar un equipo competitivo.

—Pero ¿no tenemos que empatar...?

—Sí, ¡pero algún gol habrá que marcar!

Schiavone extendió los brazos.

—¿Por qué yo? ¡Hágalo usted!

—Yo soy el jefe. Estaré en las gradas junto al presidente del tribunal. Cuando usted sea jefe, entonces podrá encargarle el asunto a su subordinado.

—¿Yo jefe? Estaremos de acuerdo en la imposibilidad de que se produzca dicha eventualidad, ¿verdad?

—Por supuesto. —Costa sonrió con todos los dientes, señal de que la reunión había acabado.

Schiavone se levantó de la silla, se despidió y regresó a su despacho, renunciando al bar, al café y al ir y venir de la piazza Chanoux.

Había reunido a las tres únicas cabezas pensantes de la jefatura: Italo, Caterina y Antonio. Llevaba un minuto mirándolos en silencio.

—¿Y entonces?

—El problema del portero lo dejamos para el final —le dijo Antonio—. Es una cuestión un tanto delicada...

—¿Por qué?

—Rocco, nadie sabe jugar en portería.

—Estupendo. Empecemos por la defensa.

Italo cogió aire.

—Yo pondría a Curcio y a Penzo.

—Están a punto de jubilarse —objetó Rocco.

—Pero lo hacen todo juntos. Se entienden al vuelo. Son altos y van de lujo para los córneres. Total, no se contempla el fuera de fuego.

Rocco escribió en una hoja el nombre de los dos agentes.

—Pasemos a las bandas.

—Aquí, con tu permiso, me pongo yo. En la derecha, para empujar y para defender, me manejo bien.

—Pues entonces Italo, banda derecha. ¿Banda izquierda?

—El agente napolitano del Vomero, Miniero. Tiene veintiséis años, es zurdo y ya se ha ofrecido voluntario.

—Bien —dijo Rocco y apuntó el nombre—. Pasamos al centro del campo.

—Yo delante de la defensa. —Antonio hinchió el pecho—. Entro y paso. Fíate de mí, me querían en el Catania.

—¿Como qué? —preguntó Rocco, pero Antonio no pilló la ironía.

—Y ahora la parte dolorosa —anunció Italo.

—¿A qué te refieres?

—D'Intino. Quiere jugar de centrocampista.

—¿Sabe?

Rocco y Antonio se encogieron de hombros. El subjefe miró

a Caterina.

—¿Tú no dices nada?

—Yo odio el fútbol.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

—¿A mí me lo preguntas? ¡Me has llamado tú!

—D'Intino al centro del campo. Estupendo. ¿Cuántos llevamos ya?

Pierron contó los nombres rápidamente.

—Seis. Todavía faltan dos centrocampistas, el portero y dos puntas.

Rocco se levantó de la silla.

—¿Cómo lo veis vosotros? Que yo ya estoy hasta los huevos.

—Dímelo a mí —convino Caterina.

—Casella se ofrece como centrocampista.

—Ya somos siete.

—¿Ponemos a Deruta en la portería? —sugirió Antonio.

Rocco e Italo lo miraron.

—Pero ¿cómo? ¿Deruta es de los nuestros?

—Está entrenándose. Sube los escalones de dos en dos. En la portería puede ir bien. Por lo menos ocupa mucho espacio físico limitándose a estar de pie.

—Sí, los tiros centrales seguramente los pararía —añadió Italo viéndole el lado positivo.

—D'Intino central, Deruta en la portería. —Rocco negó con la cabeza—. Qué pesadilla.

—Con Deruta en la portería ya somos ocho. Faltan todavía un centrocampista y dos puntas.

Se hizo el silencio. Fue Italo quien lo dijo:

—Tú jugabas en ataque, Rocco...

Rocco lanzó una mirada torva al agente Pierron.

—Te ponemos al lado de Caciuoppolo, ¿te acuerdas? ¿El agente que está en las pistas de Champoluc? Él también es

punta. Digamos que él va en posición avanzada y tú, más bien estático, le pones los balones liberándote del marcaje. Estilo Totti.

Rocco lo fulminó con la mirada.

—¡Ni en broma, ni de coña, ni en sueños! Hay nombres que se quedan fuera de este despacho y de esta payasada. Al capitán de la Roma ni se lo mienta. No quiero volver a oír su nombre, ni el de Baggio, Del Piero, Rivera, Mazzola o Maradona. Ninguno, repito, ninguno de estos señores debe verse humillado con esta gilipollez que nos toca hacer y que vosotros llamáis «partido de fútbol», ¿entendido?

Antonio e Italo agacharon la cabeza. Caterina sonrió.

—Yo creo que no estáis bien de la cabeza. —La subinspectora se levantó y abandonó el despacho.

—Entonces —dijo Rocco—, ¿cuántos llevamos?

—¿Contándote a ti?

—¿Acaso tengo otra opción?

Italo le echó un vistazo a la hoja.

—Diez. Nos falta el número once. Un centrocampista con soltura.

Rocco reflexionó un par de segundos. Sonrió enseñando todos los dientes.

—De ése me ocupo yo. —Y, silbando el aria de Rigoletto «Sì vendetta tremenda vendetta», salió del despacho.

• • •

Estaban todos alineados delante de Rocco en el pequeño campo a las afueras de Aosta para la primera de las tres sesiones de entrenamiento. El subjefe observaba el físico de sus atletas. Podría haber sido peor. Scipioni, Pierron, Caciuoppolo y

Miniero parecían en forma. A D'Intino, Deruta, Curcio, Penzo y Casella no había por donde cogerlos. Bajo las camisetas ajustadas asomaban las barrigas cerveceras. Las piernas fofas parecían a punto de ceder de un momento a otro. Las rodillas se tocaban formando una equis tambaleante, la piel blanquecina y la total ausencia de masa muscular no decían nada a su favor. Lo que más asco le dio fue ver a D'Intino en pantalones cortos. Sabía que era una imagen que lo perseguiría durante muchas noches futuras.

Allí estaba el equipo de la jefatura, a la espera del undécimo jugador, que todavía se estaba cambiando.

—¿Cómo has conseguido convencerlo? —preguntó Italo.

—Le he dicho que en las gradas probablemente estaría su ex mujer, Buccellato, la periodista que la tiene tomada conmigo. Y que así le demostraría que a pesar de la edad todavía era un pedazo de hombre y que los años de despacho, llamadas, bufés y ruedas de prensa no habían hecho mella en su cuerpo, su espíritu luchador y, sobre todo, su virilidad.

Italo hizo una mueca.

—¿Y él se lo ha tragado?

—¡Enterito!

Y para confirmar la respuesta de Schiavone, justo en ese momento el jefe efectuó su entrada en el campo. Chándal marca Umbro, zapatillas Nike rojas y nuevas, corría y desentumecía los cuádriceps con un ejercicio que se remontaba a la primera mitad de los años ochenta. Pero del siglo XIX.

—Bien, ¡ya estamos todos! —anunció Rocco—. ¡Saludad al jefe!

Deruta y D'Intino se cuadraron en posición de firmes. Costa se protegió con un movimiento de los brazos.

—No, no, en el campo vamos todos en el mismo barco, no hay jefes, ni agentes ni inspectores. ¡Todos somos compañeros de equipo! Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó el jefe

frotándose las manos.

—Yo daría un par de vueltecitas al campo para ir calentando —propuso Rocco.

Los más jóvenes se pusieron en marcha sin dilación. Los más viejos se miraron y, con inseguridad, comenzaron a corretear por el césped. Costa, sin embargo, se quedó con Rocco en el centro del campo.

—¿Usted, Schiavone?

—Menisco y ligamentos, señor. ¿Y usted?

—¡Yo soy el jefe! ¡Las vueltecitas por el campo que las dé su hermana! —Dicho lo cual, hizo unas cuantas flexiones de tronco intentando tocarse la punta de los pies, aunque llegando a duras penas a la espinilla.

Después de la primera vuelta, Deruta y Casella se tiraron al suelo por la falta de oxígeno. Luego, por orden, se fueron desplomando D'Intino, Curcio y por último Penzo. El grupo más joven seguía. Pierron gargajeaba de vez en cuando sus veintitrés cigarrillos diarios.

—¡Bien! —Rocco se dirigió a su superior—. Diría que desde el punto de vista físico no estamos nada mal.

—¿Lo dice con ironía?

—No, señor. Pero exijo una ambulancia al borde del campo. Algún infarto cae seguro. Y teniendo en cuenta el banquillo, no escaso, sino inexistente, dudo que acabemos el partido con once.

Costa asintió, serio.

—Tiempo regular, ¿cuarenta y cinco minutos?

—No, ¡dejémoslo en media hora!

—Buena noticia. Yo haría esquemas muy sencillos. Pocas entradas, balones precisos y mucho, mucho juego de posición.

—Estoy de acuerdo con usted, Schiavone.

Fue Rocco quien dio la primera patada, dirigiendo la pelota hacia Scipioni. Se habían puesto en círculo para hacer pases entre ellos, aunque fuera sólo para estirar y para familiarizarse con el instrumento. Como era de esperar, a los más jóvenes se les daba bastante bien, hasta el punto de que Caciuoppolo, peloteando, se puso el balón sobre la nuca para mandárselo a Pierron, que con medio toque de tacón lo envió a Miniero. Éste, tranquilo, con el exterior del pie se lo devolvió a Rocco, dándole un bonito efecto curvo. Casella lo rozó, D'Intino tropezó con él y aterrizó en el suelo, raspándose la rodilla; Curcio y Penzo observaron cómo el esférico pasaba por su lado como si no fuera con ellos; Costa, sin embargo, lo golpeó con la punta y lo mandó directamente a las zarzas. Deruta seguía en el suelo recobrando el aliento tras la vueltecita de calentamiento.

Y llegó el momento más triste: los tiros a puerta. El drama no era tanto por los jugadores, que salieron bastante airosos, sino por el portero: Deruta. Se limitaba a observar cómo el balón se colaba en la portería y no hacía el menor esfuerzo por intentar pararlo. Ya le costaba bastante ir a recoger la pelota al fondo de la red.

—Deruta, pero ¿te queda claro cuál es el papel del portero? —le preguntó Rocco.

—Claro, señor.

—Pues ¿quieres decirme qué es lo que sabes?

—El portero es el último defensor, el único que puede coger la pelota con las manos y que debe impedir que esta última entre en la portería.

—De acuerdo. ¿Y tú lo estás haciendo?

—No.

—¿Por qué?

—No soy capaz. Quiero decir, si se me viene encima, sí, pero tirarme a cogerla, eso sí que no. Además, en el tiempo que tardo en tirarme al suelo, el balón ya ha pasado. Debería

tirarme con antelación, pero no sé por dónde me vendrá el disparo, así que tengo pocas posibilidades de cogerla. Sin contar, señor, con que una vez que caiga al suelo, tiene que venir siempre alguien a levantarme.

El tamaño del problema era paquidérmico. Rocco tenía que encontrar una solución.

—De acuerdo, con éste nos cuelan dieciséis tantos en cada tiempo. ¿Quién se ofrece voluntario para lucir la camiseta número uno?

Todos agacharon la cabeza, excepto el jefe, que continuaba en solitario con sus ejercicios gimnásticos que tanto recordaban a los documentales del Instituto Luce sobre los espectáculos del sábado fascista en los lejanos años treinta.

No había ningún voluntario. Pero en ese momento Rocco tuvo una iluminación, un recuerdo de la infancia, de cuando, hacía muchos años, iba con su padre al parque de atracciones. El oso. Era un oso que iba y venía de un lado a otro, había que dispararle y acertar. Cuando se daba en el blanco, el animal de lata se erigía sobre las patas traseras, emitía un rugido y continuaba el anodino ir y venir a la espera de recibir un nuevo escopetazo.

—Eso harás tú, Deruta. Irás y vendrás a lo largo de los siete metros de la portería. Con suerte tu presencia ancha y gordinflona coincidirá con la trayectoria del balón. Si te quedas quieto en el centro, estamos perdidos.

La idea gustó y se puso en práctica enseguida. Deruta deambulaba de un palo a otro y esta vez, de veinte tiros, unos siete rebotaron en él.

—Si hacemos el cálculo, Schiavone, su idea ha mejorado el problema en un treinta y cinco por ciento. ¡Que no es poco! —observó el jefe.

—¿Verdad? Y si logramos que camine más rápido, confío en obtener un cinco por ciento más de margen de mejora.

Y como para subrayar la veracidad de aquello, un tiro al vuelo de Scipioni con todo el empeine se estampó en la cara de Deruta, que sonrió satisfecho.

—Va a ser una masacre... —declaró Costa, y se alejó dando saltitos sin sentido hacia el centro del campo.

Se le había ocurrido una noche que no lograba conciliar el sueño. La técnica de los hoplitas. La puso en práctica sin dilación en la segunda sesión de entrenamiento.

—Escuchadme bien. Hablo con la defensa. Cuando las cosas se pongan feas y yo grite «¡vamoooooos!», os colocáis los cinco en la línea de la portería, en falange, para ayudar a Deruta.

Los atletas asintieron.

—Deruta, cuando veas que los cinco defensores, es decir, Curcio, Penzo, Miniero, Scipioni y Casella, se sitúan en la línea, dejas de hacer lo del oso y te pones en el centro a parar los disparos, o mejor dicho, a rebotar los disparos, ¿de acuerdo?

—¿Hacemos algo así como una superbarrera? —preguntó Miniero.

—¡Exacto!

Todos dijeron que sí con la cabeza.

—Y, obviamente —siguió explicándoles Rocco—, cuando ponemos en práctica la superbarrera, como la ha llamado Miniero, la delantera retrocede para tapar los agujeros en el área de penalti. Delante sólo queda Caciuoppolo, que, claro, ¡es la estrella del equipo!, ¿entendido?

—Y yo —añadió Costa—, yo me quedo en el centro del campo.

—Y el jefe, que se queda en el centro del campo —rectificó Rocco.

—Y usted también, señor, con el problema del menisco y los ligamentos no va a poder regresar al área —añadió Italo.

—Y yo también, sí. Así que tendremos seis jugadores en la portería, uno en ataque, dos en el centro del campo y dos en el

área de penalti para entrar, que son Pierron y D’Intino. ¿Probamos el esquema?

—Yo no *me coscao* —objetó D’Intino—. Cuando usted grita «¡vamooooos!», ¿todos suben a la portería y yo me quedo en el aire de penalti?

—Área, sí, D’Intino.

—¿Para qué?

—Para entrar.

—¿A quién?

—A los adversarios.

—¿Cuántos son?

—Eso no lo sé.

—¿Seré capaz?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Perdone. —D’Intino regresó a su lugar. Luego se quedó pensando—. ¡Yo despejo! —gritó.

Todos lo miraron sin entender.

—¿Qué despeja? —le preguntó Costa.

—La pelota. ¡Yo despejo!

A todos se les apareció la imagen de D’Intino, que rozaba el balón y se pelaba la rodilla cayendo penosamente al suelo.

—Sí, D’Intino, tú despejas. Fuerte, ¿eh?

D’Intino, contento, pegó un par de brincos de calentamiento. Fue un Scipioni dubitativo quien levantó la mano.

—¿Puedo? Yo diría que en el área me quedo yo, a D’Intino mejor lo hacemos correr a la portería.

Rocco reflexionó un instante.

—Sí, Antonio, tienes razón. ¿D’Intino? ¡Cambio de programa!

El agente abruzo se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Cambio de programa. Cuando yo grite «¡vamooooos!», tú

correres hasta la portería, al lado del palo, y haces la superbarrera. En el área se queda Scipioni.

D’Intino se entristeció.

—¿Ya no despejo?

—No, ya no despejas. Defiendes la portería.

El agente agachó la cabeza. Intervino Italo:

—D’Intino, mira que es muy importante defender la portería. Más que despejar, ¿verdad, señor?

—¡Me cago en diez que si es verdad! —respondió Rocco.

D’Intino miraba a Italo y al subjefe, sin saber si le estaban tomando el pelo o eran sinceros.

—Todo el mundo es capaz de despejar —intervino Caciuoppolo—, pero defender la portería es una tarea delicada.

La sonrisa reapareció en el rostro de D’Intino.

—Entonces, ¿me voy a la portería?

—¡Entonces te vas a la portería, sí! —lo tranquilizó Rocco.

Costa se le acercó al oído.

—Pero ¿éstas son las personas con las que usted trabaja? —le preguntó en voz baja.

—¿Lo ve? —respondió Rocco—. ¿Lo entiende ahora?

Repitieron durante media hora el esquema de defensa. Al final el mecanismo quedó engrasado. La técnica hoplítica parecía funcionar, la superbarrera podía ser el arma secreta para minimizar los daños y la ausencia de un portero digno de dicho nombre.

—Por lo menos para los casos desesperados tenemos un plan defensivo, ¿estamos de acuerdo?

—Sí —respondieron a coro cuatro de los atletas.

D’Intino estaba radiante.

—En cuanto usted nos diga «¡vamooooos!», ¡yo, al palo!

—Muy bien, D’Intino. Por hoy basta, que estoy ya hasta los mismísimos.

Había caído la noche, la semana estaba a punto de acabar, en Aosta se sentía el frío y Rocco se aburría. Se había tragado el interrogatorio de un camello al que habían pillado *in fraganti* en los típicos jardincitos de la estación y la llamada de una nonagenaria enferma de alzhéimer convencida de tener a su abuelo en casa armado con un cuchillo de cocina. No le quedaba más que coger el loden, a *Loba* y regresar a casa cuando Italo entró en el despacho y cerró la puerta, con la mirada circunspecta y un poco nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Rocco, hay algo que deberías saber. —Se metió las manos en el bolsillo y sacó un par de papelitos—. Están haciendo apuestas clandestinas. Mira.

Se los entregó y Rocco los leyó. Eran las cuotas para el encuentro del domingo entre la magistratura y la policía.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Verdad? ¡Para un partido con fines benéficos!

—No, no me puedo creer que den nuestra victoria siete a uno. Sin embargo, la de los magistrados, tres a uno, ¡y uno a uno el empate! —Fue a sentarse tras el escritorio.

—Ya, pero... —dijo Italo, sentándose en la silla de enfrente —. Lo que no se entiende es: ¿por qué motivo hacen estas apuestas? ¡Llevamos años empatando! ¡Lo sabe todo el mundo!

Rocco examinaba las notas de Italo.

—Es evidente que no. ¿De quién y dónde has sacado estas cifras?

—Ahí en el bar, delante de la catedral.

—¿Quién controla el tema?

—Un tal Maniconi. Egidio Maniconi.

Rocco le devolvió las notas.

—Nos dan siete a uno. Habrán visto nuestros entrenamientos.

—¿Qué hacemos? ¿Intervenimos?

—¿Para qué? Déjalos que apuesten. Total, si siempre empatamos, todo se irá al carajo. —Se puso de pie—. No te lo tomes tan a pecho, Italo. Maniconi tendrá familia e hijos que mantener. ¡*Loba*! —Y seguido por la perrita abandonó el despacho.

Domingo.

Lleno en el estadio Mario Puchoz. Dos mil personas listas para asistir al partido magistratura-jefatura, dos tiempos de media hora, el espectáculo estaba garantizado.

—¡Señoras y señores, bienvenidos al encuentro programado para esta mañana! —gritaba la voz de la cronista radiofónica, la actriz Paola Sebastianis, sentada en platea, que trataba de animar el ambiente—. Hace un día espléndido, a pesar de que Júpiter, lluvioso esta mañana, haya amenazado con chubascos sobre la ciudad. El campo hoy dará su veredicto, aunque durante al menos doce años el resultado entre los dos conjuntos ha sido de empate. La recaudación de la jornada rondará los veintitrés mil euros, que se destinarán a la unidad de pediatría del hospital. ¡Bien por ellos!

Se oyó un aplauso clamoroso.

—La jefatura de policía desciende al campo con Deruta, Curcio, Penzo. Scipioni, Miniero, D'Intino. Casella, Pierron, Costa, Schiavone, Caciuoppolo. Entrenador en el campo, Schiavone. La magistratura responde con Cambellotti, Marini, Calderoli. Morlupo, Messina, Stroppa. Sesti, Cravero, Solfrizzi, De Santis, Baldi. Entrenador, el juez de primera instancia Carlo Criventelli. Arbitra nuestro presidente de la región, ¡Michelangelo Diemoz!

Aplausos todavía más estrepitosos.

—Como jueces de línea, ¡el consejero de Cultura, Carlo Venier, y nuestro bibliotecario, Filippo Bionaz!

La voz de la actriz llegaba retumbando hasta el interior de los vestuarios, donde, al contrario que en las gradas, reinaba un silencio cargado de tensión. Fue Rocco quien lo rompió.

—Entonces, ¿todo claro? —dijo el subjefe mirando a sus hombres, sentados en los bancos—. La táctica es exactamente la misma. Balón largo a la viva la virgen a Caciuoppolo esperando que la lance dentro. Me he informado acerca del portero de su equipo. Cambellotti. Un manta de sesenta y cinco años. Ése es su primer punto débil.

—No como nuestro portero, ¡que es nuestro punto fuerte! —intervino Scipioni, y el equipo estalló en risas.

—Pero ellos no tienen nuestra táctica en falange. D'Intino, ¿qué es lo que tienes que hacer en cuanto grite «vamooooos»?

D'Intino se cuadró de inmediato.

—¡Corro para cubrir el palo!

—¡Excelente! Ahora a jugar sucio, a jugar duro, a jugar como hombres. No quiero once agentes ni tampoco quiero once mojigatos. Quiero once fieras despiadadas, once máquinas de guerra, ¡once pitbulls dispuestos a devorar a la presa! ¡Recordad El Álamo!

Los policías se miraron dubitativos.

—¿Qué coño tiene que ver El Álamo? —preguntó el jefe, que todavía no se había quitado el chándal.

—Bueno, bueno, a mí me parecía que venía al caso. —Luego Rocco se echó a reír y todos imitaron aquella risa liberadora.

En ese momento entraron dos hombres con chándal rojo cargados de botellitas de agua de un cuarto de litro.

—¡De regalo! —anunciaron.

Los agentes, contentos, cogieron una botella por cabeza. Rocco les dio un par de palmaditas a los empleados. Costa, en cambio, echó un vistazo fuera, al pasillo.

—¿Y qué pasa con los Gatorade? ¿Para quién son los

Gatorade?

Los dos hombres en chándal se miraron avergonzados.

—Ésos son para... para los otros.

Costa abrió los ojos como platos.

—¿Me estáis diciendo que a nosotros nos dais agua mineral y a los magistrados Gatorade?

Los del chándal rojo no sabían qué responder. Se encogieron de hombros.

—¡Es el colmo! —gritó Costa—. El Gatorade... y puede que hasta un pastelito, ¿no?

—No. Sólo Gatorade...

—Qué más da —se entrometió Rocco Schiavone—, siempre hay favoritos, señor Costa. Ya lo sabemos. Con más razón, amigos, salgamos al campo ¡y que se enteren de quiénes somos! Al fin y al cabo, lo que debe triunfar es el deporte, ¿no?

Y batiendo las manos despertó a los jugadores. Los taconazos y los gritos de ánimo acompañaron la salida del equipo.

—¡A por ellos!

—¡Somos los campeones!

—¡Vamos a machacarlos!

—¡Viva la madre que nos parió!

Costa se quitó los pantalones del chándal y se acercó a Schiavone.

—Ya no estoy tan convencido de tener que empatar.

Rocco lo miró fijamente.

—¿Y quién ha dicho nada de empatar?

—Ya tenemos a los veintidós campeones listos en el centro del campo...

Los dos equipos se habían situado en fila a lo largo de la línea central. Daban saltitos en el sitio, se desentumecían los

músculos, saludaban al público, que respondía calurosamente.

Por la megafonía del estadio sonó el himno nacional de Mameli, que todos escucharon sumidos en un silencio sepulcral. Fue el momento del intercambio de escudos.

Costa y Sesti, los de mayor edad y rango en sus respectivos cargos, se estrecharon la mano. Regresaron al banquillo cada uno con su banderín envuelto en celofán. Todos los jugadores, emocionados, empezaron a quitarse la chaqueta del chándal.

Y el estadio se sumió en un silencio glacial.

Todos iban de azul.

Se miraron sin comprender. Magistrados y policías habían escogido el mismo color.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Rocco—. Nadie ha comunicado al tribunal que...

—¡De azul teníamos que ir nosotros! —reclamó Baldi—. El año pasado íbamos de amarillo, pero este año hemos escogido el azul, ¡antes que vosotros!

—Pero ¿de qué hablas, Maurizio? —Costa tenía la cara roja y la yugular se le estaba inflando en el cuello. La humillación del Gatorade todavía le pesaba, saltaba a la vista.

Mientras tanto, entre las gradas empezó a extenderse una irrefrenable risa contagiosa.

—¿Qué coño hacemos? —preguntó el árbitro, el presidente de la región, que por nada del mundo quería quedar como el culo por algo así.

—¿Y yo qué sé? —respondió polémico el juez Messina—. Nosotros mandamos un fax a la jefatura para...

—Pero ¡quién lee los faxes a estas alturas! —explotó Costa.

—¿No podían mandar un e-mail? —se entrometió Schiavone.

—¿A quién? ¡Si tampoco los leéis! —gritó desde el banquillo Cambellotti, el portero rival, que ya se estaba empinando su bebida energética.

—Los leemos, Cambellotti. Si ustedes los escriben, nosotros los leemos. Y de todas formas, fui yo personalmente quien les envió un correo electrónico a su departamento correspondiente hace tres días comunicándoles ¡que habíamos elegido la camiseta azul!

—Pero ¿qué dice?

—¡De eso nada!

—¡No ha llegado nada!

—¡Señores! —gritó el presidente—. Señores, se lo ruego, no es momento de reproches.

—Ah, ¿no? —Costa se había dejado los frenos inhibidores en el vestuario—. Para ellos, la camiseta azul; para ellos, el Gatorade, y para nosotros, el agua mineral. Las cosas claras, ¡hay desigualdad en el trato!

Cambellotti se acercó al centro del campo.

—Costa, ¡no seas niño chico!

—¿Yo niño chico? A ti te querría ver yo si a los tuyos les endilgasen el agua mineral, y ni siquiera de marca, y a nosotros el Gatorade, ¡a ver si no te lo tomabas a mal!

—¡Señores! —el árbitro gritó para interrumpir la riña—, estamos delante de un público de dos mil personas que ya ha empezado a reírse, y eso que todavía no hemos dado el pitido inicial. La prensa está presente y hay que encontrar una solución.

Rocco se volvió hacia los suyos.

—¿Qué camisetas lleváis debajo?

—¡Blanca!

—¡Verde!

—¡Amarilla!

Respondieron los diez atletas.

—¡Estupendo! —zanjó Rocco—. Quitaos la camiseta del equipo y dejaos la de debajo, ¡joder! Nosotros seremos los arcoíris; vosotros, los azules. ¿Está bien así?

La solución convenció al presidente, al equipo de los magistrados, pero no al jefe de policía.

—No, perdona, Schiavone. Pero, a ver, ¿por qué nos la tenemos que quitar nosotros? ¡Que se la quiten ellos!

—Señor Costa, ¡se lo ruego! —Michelangelo Diemoz reprendió a la autoridad policial—. Se lo ruego, deje ya la pataleta. Yo creo que la solución del subjefe es sabia y salvadora. —Luego cogió a Costa del brazo, se alejó y empezó a hablarle con cierta hostilidad. Era claramente un rapapolvo, le estaba echando una bronca que el jefe de policía, con la cara roja, encajó sin rechistar. En cuanto este último se calmó, el árbitro volvió al centro del campo—. Bien. Pues entonces, el equipo de la policía que se quite la camiseta azul.

—¡Pero es que la que llevo debajo también es azul! —protestó Casella.

—¡Que alguien le preste una camiseta blanca a Casella! —gritó Rocco.

—¡La mía es negra!

—Deruta, ¡tú eres el portero!

—Ah, es verdad...

—¡Hay que joderse!

Aquí están por fin, señoras y señores, los dos equipos alineados en el campo...

La diatriba de las camisetas había durado diez minutos. Sobre la hierba verde del Puchoz, un equipo azul y otro arcoíris estaban finalmente listos para efectuar el saque inicial.

—Por favor —les encomendó el presidente de la región a los dos capitanes, Schiavone y Baldi, con un pie encima del balón—, juego limpio y diversión, no olvidemos que es un partido con fines benéficos y las gradas están llenas de niños. —Lanzó una última mirada de advertencia a Rocco, luego se alejó con el

silbato en la boca.

Baldi sonrió al subjefe.

—Le deseo un buen empate, Schiavone...

—¿Empate? ¿Y quién ha hablado de ningún empate?

Rocco, con decisión, colocó el balón sobre el punto del centro del campo. Baldi, preocupado, retrocedió dentro de su mitad del campo.

—Pitido inicial. Es el equipo azul, el de los magistrados, el que pone en marcha la primera jugada...

Desde el primer momento se vio claramente el planteamiento del partido. Entre los dos equipos, los que corrían no sumaban más de una decena de futbolistas, los más jóvenes. El resto de la tropa, ya fueran azules o arcoíris, se refugiaba en una zona del campo, cada uno de ellos con un radio de acción de unos pocos metros cuadrados.

La pelota, despejada de mala manera por un defensa lateral de la magistratura, fue a parar entre las piernas de Rocco, que la detuvo. Advirtió un movimiento de Caciuoppolo y la lanzó a la banda. El atento policía, la estrella de la jefatura, regateó a dos rivales casi como si no existieran, entró en el área y fue derribado por una plancha asesina de Morlupo, el secretario, defensa central de la magistratura. El árbitro pitó. La falta era clara y deliberada.

—¡Falta al borde del área!

—¡Al borde del área! —protestó Schiavone—. ¡Ha sido en medio del área!

—¡En medio del área tu madre! —respondió Morlupo.

—¡Agacha la mollera si no quieres que te descabece! —lo amenazó Schiavone.

—Te arranco los brazos y te los revoleo —respondió Morlupo con un fuerte acento que delataba sus orígenes

venecianos.

—¡A ver si te atreves! —replicó Rocco.

—¡Árbitro! ¡Es penalti claro! —gritó Italo—. ¡Y tarjeta amarilla!

—¡Falta al borde del área! —insistió el presidente de la región, con el tono de quien no admite réplicas. En las gradas los abucheos arrollaron a los aplausos. Negando con la cabeza, los jugadores de la jefatura se prepararon para el tiro a balón parado.

—¿Quién tira las faltas?

—¡Yo! —dijo Scipioni—. Tengo cierta experiencia.

Rocco preparó el balón y se alejó. El árbitro había colocado la barrera. Más que los cuerpos, el verdadero obstáculo a superar eran las barrigas.

—Tira fuerte y directo a la barrera —sugirió Rocco a Antonio.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto vean venir el cañonazo ésos se apartan. Hazme caso.

Antonio asintió.

—Listo, todo preparado para tirar la falta. El árbitro pita... ¡Disparo! ¡Gooool!

Entre el alborozo de las masas, Antonio Scipioni abrazó exultante a sus compañeros de equipo. Como había previsto Schiavone, la pelota había atravesado la barrera mantecosa de los magistrados, que se había abierto a su paso, como el mar Rojo a Moisés, y se había colado por la esquina a la derecha del inmóvil Cambellotti.

—¡El primero! —gritó Pierron con el índice levantado.

Baldi, humillado, recogió la pelota del fondo de la red y, furioso, la lanzó de una patada hacia el centro del campo, aunque por el camino chocó con la nuca de uno de sus defensores, aturdiéndolo. El juez de primera instancia Calderoli

tuvo que ser acompañado hasta el borde del campo en estado de semiinconsciencia.

Los magistrados se quedaron en diez por el momento.

—Feo percance para Calderoli, que se ve obligado a abandonar el campo… Esperemos que no sea nada grave. —La voz excitada de la comentadora rebotaba en las gradas del estadio y se mezclaba con las risas de los espectadores—. Ahora, de nuevo, los magistrados con la pelota en el centro. Vemos a Baldi, que pasa la pelota a Messina, que sale disparado… bueno, disparado… que se dirige con paso rápido hacia la meta contraria, con un pase en profundidad absolutamente aleatorio coge a Sesti en la entrada del área de penalti, pero ¡un defensor de la jefatura detiene la carrera del magistrado!

Casella, con una intervención al límite del reglamento, recordando el grito de guerra proferido por Rocco Schiavone en el vestuario, había bloqueado la acción ofensiva. Pasó la pelota a Curcio, que a su vez la pasó a Penzo, que luego tuvo la brillante idea de dársela a D’Intino. El agente de los Abruzos se encontró con el esférico entre los pies y empezó a avanzar hacia el centro del campo mirando a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer con aquel objeto rodante que amenazaba con hacerlo tropezar a cada segundo. Delante de él estaba Schiavone, que extendió los brazos.

—Pásala, D’Intino, ¡aquí! ¡Aquí, D’Intino, aquí! —lo incitaba. Luego el subjefe batió las manos y cometió un error al decir—: ¡Vamooooos!

Al oír aquello, el agente abruzo tuvo una reacción mecánica, de autómata. Con los ojos en blanco, dejó la pelota y corrió hasta la portería para situarse junto al palo.

—¿Qué coño haces?

Pero ya era tarde. De aquella distracción se aprovechó Baldi, que recogió la pelota abandonada por el defensor de la

jefatura y lanzó un cañonazo. El balón se embutió en la esquina derecha de Deruta, que en ese momento estaba haciendo el oso, pero en el otro lado de la portería.

—¡Y gooool! ¡Un bonito disparo de lejos iguala el marcador!

Aplausos convencidos del público. Con un gesto, Costa mandó a freír espárragos al cielo y a las nubes, los demás componentes del equipo de la jefatura negaban con la cabeza, pero Deruta no se había enterado de nada y seguía caminando de un palo al otro.

—¡Que alguien pare a Deruta! ¡Que han marcado! —les gritó Rocco.

Baldi y los magistrados se abrazaron. Hasta Calderoli, desde el borde del campo y con el hielo en la nuca, levantó tímido un brazo.

—¡Uno a uno y balón al centro! —gritó Baldi levantando el dedo medio hacia los rivales.

Rocco, furibundo, fue hacia D'Intino.

—¿Puede saberse qué coño haces?

—Usted ha dicho «¡vamoooos!». Era la consigna para hacer la falange, ¿no?

Rocco soltó sapos y culebras por la boca. Costa, sin embargo, de repente parecía tranquilo.

—Qué jugada tan... extravagante, ¿no opina?

—No, ¡no opino! —respondió Rocco con la pelota debajo del brazo—. Nos hemos comido un gol de mierda por culpa de ese descerebrado. ¡Tal vez sea mejor quedarnos con diez y echarlo!

—Lo veo demasiado afectado. ¡Tan sólo es un partido con fines benéficos! El público se divierte, nosotros nos divertimos...

—No, yo no me divierto, señor Costa. ¡Yo no me divierto! —Y golpeó la pelota contra el punto central del campo, levantando una nube de yeso.

—¡No olvide el espíritu deportivo, Schiavone!

—Señor Costa, si usted ha cambiado de opinión después de la bronca del presidente, yo no. ¡Yo a éstos los quiero hacer papilla! ¡Italo, Antonio, Caciuoppolo! —llamó a los tres agentes —. Antonio a la derecha, Italo central, Caciuoppolo a la izquierda. Yo se la lanzo a Antonio, vosotros dos penetráis derechitos en el área, cuando Antonio se desmarque del manta ese de Messina, invertís posición, tú, Caciuoppolo al centro, e Italo a la izquierda, así confundimos a los centrales. Pelota a Italo, que se la pasa a Caciuoppolo, y tú, Caciuò, te subes a la red. ¿Todo claro?

Los tres asintieron.

—¿Y yo? —preguntó Casella, que quería participar en la jugada, pero no recibió ninguna respuesta.

—Jarro de agua fría para la jefatura por este empate inmediato y un poco inesperado. Pero, atención, que el encuentro se vuelve a poner en marcha. La pelota va al subjefe, que se desmarca de Sesti, la pasa a Scipioni, Scipioni evita la intervención de Messina y la centra...

La acción se desarrolló tal y como Rocco la había diseñado, pero el disparo final de Caciuoppolo se estrelló contra el palo, que envió el esférico justo a los brazos del número uno de los magistrados.

—¡Un tiro alucinanteeeee, pero la diosa fortuna no sonríe a la jefatura de policía! Ahora la pelota está en manos del portero, el señor Cambellotti. El entrenador del equipo de los magistrados reclama la atención del árbitro. Sí, ¡Calderoli por fin está listo para volver a entrar!

El juez de primera instancia Calderoli, cojeando sin motivo alguno, dado que su salida se había debido a un golpe recibido en la nuca, regresó hacia el centro del campo. El partido se reanudó una vez más con un torpe despeje de Calderoli. Morlupo, de volea, alargó la trayectoria del balón, que botó

tres veces antes de que Schiavone chutase con violencia hacia el área contraria. Pero la esfera de cuero golpeó nuevamente la nuca del juez de primera instancia Calderoli, que acababa de entrar cuando volvió a caer al suelo. El equipo médico acudió de inmediato y el juez fue trasladado otra vez fuera del campo. El incidente provocó tanto risas en las gradas como la preocupación del entrenador del conjunto del tribunal.

—¡Lo ha hecho aposta! —gritó Baldi a Schiavone.

—Pero ¿está loco? Si tuviese tanta puntería, habría tirado a puerta, ¿no? ¡Con ese pedazo de manta que tienen!

—¡Porque el vuestro es la leche!

—¿Y eso qué tiene que ver? El nuestro es un caso perdido.

Aquel disparo torpe le había costado caro a Rocco. Había notado una punzada en el bíceps femoral y un pinchazo helado en la rodilla lesionada. Decidió ceñirse todavía más a la técnica del sedentarismo y reducir a diez metros cuadrados el área del rectángulo de césped que tenía que controlar. El partido siguió adelante sin demasiados sobresaltos. Las acciones nacían y morían en el centro del campo, con la excepción de algún que otro correteo en las bandas de los respectivos laterales que acababan en centros hacia áreas de penalti donde no había atacantes. Se produjeron una decena de faltas debidas al cansancio y la poca pericia, pero ninguno de los jugadores reportó daños más graves que alguna que otra rodilla pelada. Tan sólo al final del primer tiempo, una acción en solitario de Stroppa, centrocampista de la magistratura, llevó al futbolista hasta la entrada del área de penalti, pero una torpe intervención de D’Intino en plancha detuvo la carrera del funcionario de Justicia, que cayó derribado al suelo. D’Intino se comió una tarjeta amarilla del árbitro y Stroppa se vio obligado a salir cojeando del campo, dejando a su equipo momentáneamente en diez.

—¡Ah! Conque a D’Intino la amarilla, ¿y antes qué? ¡La falta

de Morlupo no la ha pitado! —gritó Italo al árbitro.

—Agente, si no cierra la boca, ¡le saco la roja directa!

Italo extendió los brazos resignado y se retiró.

—¡Saque de falta para nuestros magistrados…! —gritaba la actriz, tratando de dar un poco de vivacidad a aquel partido que, pasados los primeros diez minutos en los que hubo un poco de acción, se había transformado en una procesión lenta, aburrida y sin nervio.

—¡Tiro yo!

—¡Deje, deje, Baldi, tiro yo! Que sé hacer la *folha seca*.

Mientras los magistrados se peleaban por el derecho a tirar a puerta, Deruta gritaba órdenes desde la portería para posicionar la barrera.

—A la derecha. ¡D'Intino, a la derecha!

D'Intino se miraba las manos.

—Sí, a la derecha, ¡con la que escribes!

D'Intino asintió y se movió a su derecha.

—Los demás… seguid a D'Intino… ¡por aquí, por aquí!

—Barrera de lo más nutrida la del equipo policial, que evidentemente tiene miedo de esta falta a la entrada del área. Contamos por lo menos… siete jugadores más tres rivales en jugada de obstaculización…

Al final la tiraría Messina, que dio tres pasos hacia atrás y se preparó para lanzar la falta.

—Con efecto, con efecto —sugería Morlupo.

—¡Y una polla! ¡Tiro un cañonazo! —respondió el juez de primera instancia.

Schiavone miraba con terror a su portero, que había iniciado la caminata del oso de un palo al otro. Si la pelota superaba la barrera, las probabilidades de que acabara en manos de Deruta eran pocas. Decidió abandonar el marcaje y posicionarse en el área pequeña, listo para despejar si era necesario. Tras el pitido del árbitro, Messina cogió carrerilla y

lanzó un torpedo con todas sus fuerzas. El esférico impactó con violencia en la cara de D'Intino, que cayó al suelo sin siquiera gritar, y, desviada hacia la portería, fue a dar contra el larguero, rebotó en la nuca de Deruta y se embutió en la portería.

«¡Gooool!» El público aplaudió la mágica carambola, Casella y Scipioni arrastraron a D'Intino inconsciente fuera del campo, Schiavone blasfemó, Baldi le enseñó el dedo corazón al subjefe. Costa había perdido la sonrisa.

Los minutos restantes pasaron volando sin sucesos dignos de mención, salvo el hecho de que Rocco abandonara el campo cojeando de forma anticipada y se marchara a los vestuarios. Los dos equipos efectuaron un par de acciones más y el primer tiempo terminó entre los aplausos algo cansados del público.

—El triple pitido del árbitro manda a los equipos al descanso. Dos a uno para la magistratura al final de unos primeros treinta minutos reñidísimos. Para amenizar la espera, el grupo folclórico Patois nos deleitará ahora con unos bailes típicos del Valle de Aosta...

Regresaron a los vestuarios. A D'Intino lo sentaron en un banco. Tenía los ojos entrecerrados.

—¿Cómo va? ¿Te duele? ¿Nos ves? —le preguntaba Italo, pero el agente no respondía—. ¡No conseguimos saber cómo se siente! —concluyó Italo.

Costa miró con inquietud al agente, que continuaba aturdido.

—Llamad a un médico. ¡Hay que comprobar si ha recuperado las capacidades cognitivas!

—De ésas no tiene —repuso Rocco, entrando en el vestuario.

—¿Y usted dónde estaba? —lo interrogó Costa.

—Poniéndome una pomada en la rodilla, me duele a rabiar…

En ese momento, y sin llamar a la puerta, entró Baldi como una ráfaga de viento.

—¡¿Me vais a decir qué coño estáis haciendo?! —gritó a Rocco y a Costa.

—Estamos jugando, ¿no? —respondió Costa encogiéndose de hombros.

—Llevamos años acabando en empate. Me da la impresión de que se ha roto el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? ¿Y puede saberse quién lo hizo? —intervino Rocco—. Esto es un partido de fútbol, y los partidos de fútbol se juegan en el campo, ¡no en los despachos ni en los bares planeando pucherazos!

—Exacto, bien dicho, así se habla —comentaron a media voz los jugadores de las fuerzas del orden, excepto D'Intino, que seguía inmerso en una dimensión paralela.

—¿Pucherazos? ¿Pucherazos?

—¿Por qué lo repites dos veces, Maurizio? —preguntó cándido Costa.

—Pero ¡puede saberse quién ha amañado nunca un pucherazo!

Rocco se encogió de hombros y se fue hasta su taquilla. Baldi miró fijamente a Costa.

—Retira lo que has dicho.

—Yo no he dicho nada. Ha sido Schiavone.

—Que es tu subordinado, así que retíralo o controla mejor a tus hombres.

—Vamos, por favor, Maurizio; pero ¿qué es lo que te pasa? ¡Si hasta vais ganando!

—Lo que me pasa es que existen leyes no escritas que la costumbre convierte en derecho consuetudinario. Nuestro empate forma parte de él.

—La costumbre, a saber, la praxis, ¡no es fuente de derecho!

—Pero ¿qué coño tiene que ver, Andrea? Es costumbre porque concurren dos elementos simultáneos. ¡Primero!, el elemento material, es decir, el comportamiento observado de forma reiterada y concreta de un grupo de sujetos. Que seríamos nosotros, los jugadores que llevamos años entrando en el campo y empatando. ¡Segundo!, el psicológico, la *opinio iuris*, amigo mío, de todos nosotros de que este comportamiento, este uso del empate en este tipo de partido, ¡es obligatorio!

—¡No me vengas ahora con la clasecita de derecho, Maurizio, que me la paso por el forro de los cojones! —replicó Costa—. Eso sucede hasta que se demuestre lo contrario, porque aquí, y tú lo sabes, ¡no estamos hablando de usos cívicos! No estamos ni siquiera hablando de costumbres provinciales, aquí estamos hablando de un acuerdo no identificado sellado por dos sujetos que no conocemos según el cual nosotros debemos empatar. Pero ¿puede saberse quién lo ha dicho?

Baldi levantó aún más la voz.

—Cuando se rompe una costumbre, ¡se avisa!

—¿Y eso dónde está escrito?

—En ningún lado, ¡es costumbre!

Costa perdió la paciencia.

—¿Y dónde está escrito que nosotros tengamos que renunciar a las camisetas azules? ¿Eso también es costumbre?

—Andrea, ¡pero qué coño dices! ¡Está escrito en nuestros faxes!

—¡Que no llegaron nunca! Y que a vosotros os den Gatorade y a nosotros agua mineral de una marca, para más inri, desconocida, ¿eso dónde está escrito? ¿Eso también es costumbre?

—Ah, pues entonces di la verdad; ¿te corroe por dentro que nosotros tengamos la camiseta azul y bebamos Gatorade y por

eso has mandado a tus hombres al abordaje?

Costa negó con la cabeza.

—Mis hombres, como los llamas tú, ¡son seres humanos dotados de pensamiento y autonomía! Son ellos quienes han decidido, junto conmigo, apostar por este partido, y si tú y tus jugadores no os atrevéis, abandonad el campo y retiraos. Nosotros hemos decidido democráticamente patearos el culo de arriba abajo, o de abajo arriba, o si lo prefieres de un lado al otro. ¿Queda claro?

Baldi entrecerró los ojos, recogió el guante del desafío y masculló:

—¡Nos vemos en el campo! —Y, sin mediar palabra, salió del vestuario.

Arrancaron los aplausos.

—¡Bravo, jefe! —exclamó Scipioni.

—¡Le has cantado las cuarenta! —añadió Pierron.

Costa lo miró mal.

—Agente Pierron, ¿cómo es que me tutea? ¡Vuelva a filas y céntrese en el partido!

Se hizo el silencio, roto tan sólo por un gruñido de D'Intino.

—Es posible que se recupere —comentó esperanzado Curcio.

Los jugadores regresaron a sus taquillas y bebieron agua de los botellines.

—Nos vendría bien un Gatorade —se le escapó a Scipioni, y una mirada de Costa lo fulminó. Aquella bebida, a pesar de la bronca con Baldi, seguía siendo un tema tabú.

—¿Cómo afrontamos el segundo tiempo? —preguntaron a coro Curcio y Penzo.

—¿Dónde está Schiavone? —dijo Caciuoppolo.

Pero Rocco había desaparecido por segunda vez.

—¡Schiavone! —lo llamó el jefe—, ¿señor Schiavone?

Se miraron dubitativos, luego decidieron que había llegado

el momento de volver al campo.

—¡Y aquí regresan los equipos...! —gritaba la actriz, intentando devolver la atención al terreno de juego. Efectivamente el público estaba distraído. Unos miraban el móvil, otros hablaban con el vecino, muchos se habían puesto de pie de espaldas al campo—. No hay sustituciones, entre otras cosas porque no hay reservas. ¡Vemos que el equipo de la jefatura de policía, conocido también como el «arcoíris», cuenta con sólo diez jugadores!

En efecto, D'Intino estaba tendido en el banquillo con un paño en la frente.

El árbitro contó los jugadores que había en el campo.

—¿Qué hacemos? ¿Juegan con diez?

D'Intino seguía sin dar muestras apreciables de haber recobrado la conciencia.

—Con diez, con diez —respondió Schiavone. Luego, dirigiéndose a su superior—: Tampoco me parece una gran pérdida. —Y apoyó el balón en el círculo blanco del centro del campo.

—Ni a mí —convino Costa.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos? —preguntó Scipioni.

—¡A verlas venir! —respondió Rocco.

—O sea ¿que defendamos el dos a uno? —preguntó asombrado Miniero.

—¡A verlas venir! ¡Tú fíate de mí!

E inició el segundo tiempo. La jefatura tenía la posesión del balón, con una serie infinita de pases. Jueces y magistrados trataban de perseguir la pelota, pero no lograban hacerse con ella, prisioneros en aquella secuencia inútil, trabajosa y aburrida de pases sin sentido.

—¡Increíble! A pesar de la desventaja, la jefatura hace

tiempo. ¡Congela el balón! Una extraña táctica —comentó la voz de la cronista radiofónica.

Antonio pasó en profundidad a Caciuoppolo en la banda, que a su vez disparó fuera del área. La pelota golpeó por tercera vez la nuca del juez Calderoli y acabó en córner. El magistrado volvió a caer al suelo aturdido. Esta vez los compañeros se limitaron a descargarlo fuera de las líneas del campo.

—La magistratura vuelve a quedarse con diez por el enésimo incidente del señor Calderoli.

Aplausos del nutrido público.

Italo se preparó para hacer el saque de esquina. Rocco se acercó.

—No la centres, pásamela a mí.

Italo obedeció. Rocco la bloqueó y esperó a un adversario. Baldi se lanzó para marcarlo, pero Schiavone se quedó en el ángulo del córner protegiendo el balón. Como si quisiera hacer pasar el tiempo. Como si faltaran pocos segundos para el final y su equipo fuera ganando.

—¡Pásala, pásala! —gritaban los compañeros.

Pero nada, Rocco no la pasaba. Los defensores se multiplicaron por tres, pero Rocco permanecía allí, dentro del ángulo, escudando el balón con el cuerpo hasta conseguir un segundo saque de esquina.

—Pero ¿qué estás haciendo? —le preguntó Antonio—. ¿Estás perdiendo el tiempo?

—¡Confía en mí! —respondió Schiavone—. ¡Deja que pase el tiempo!

—Pero ¿por qué?

Rocco no respondió. Repitieron el saque de esquina con el mismo resultado. Y el público, sediento de espectáculo y acción, empezó a impacientarse. Hasta Calderoli regresó al campo tambaleándose para situarse lo más lejos posible del

esférico. Comenzaron primero los silbidos, luego los abucheos, y por último los gritos poco elegantes. De repente algo hizo cambiar de opinión a Rocco. Morlupo, uno de los defensores más hoscos de la magistratura, salió corriendo del campo como si acabara de recibir una llamada del hospital. El subjefe interpretó aquello como una clara señal. Pasó la pelota a Caciuoppolo, que la lanzó a Miniero. El napolitano regateó a Messina y Calderoli, todavía atontado por el balonazo, entregó la esfera al jefe y éste lanzó un cañonazo con la punta que fue a incrustarse bajo la escuadra.

—¡Gooooollllll! —gritaron el público y la cronista radiofónica.

Los policías se abrazaron.

—¡Preciosa jugada de alivio rematada con un maravilloso gol del jefe de policía!

Aplausos en las gradas. Costa estaba en el séptimo cielo. Con el pecho henchido de orgullo, saludaba al público esperando que también estuviera su ex, que lo viera en aquel triunfo de la testosterona.

—¡No sabe el precioso regalo que me está haciendo, Schiavone! —Y, tras volver a situar la pelota en el centro, añadió—: ¡De usted no me esperaba este espíritu deportivo, esta conciencia de equipo! ¡Gracias!

—¡Bonito gol, jefe!

El árbitro pitó la reanudación de las hostilidades y Solfrizzi, extremo de la magistratura, salió corriendo hacia los vestuarios, siguiendo el ejemplo de Morlupo. Tres segundos más tarde, De Santis imitó a sus compañeros.

—Pero ¡¿adónde coño vais?! —gritó Messina.

Rocco robó la pelota, la lanzó como siempre a Caciuoppolo, que tenía delante a un único defensor a quien ya le faltaba el aliento tan sólo por estar de pie. Hasta la portería estaba desprotegida, dado que Cambellotti acababa de abandonar los

palos. El policía tiró y la pelota entró en puerta como si nada.

—Gooooollllll.

Baldi negaba con la cabeza. Miró con cara de pocos amigos a Rocco, que le había levantado tres dedos delante de la cara.

—¡Y tres, Baldi!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó a Messina, que en ese momento se tocó el estómago y salió del campo mientras Morlupo, tras una ausencia de seis minutos, regresaba pálido al terreno de juego.

—Tres a dos para la jefatura. El fútbol es increíble, en un momento rozas el abismo ¡y al siguiente las estrellas! Debo señalar la extraña diáspora continuada de los jugadores de la magistratura —subrayó la cronista radiofónica—. Hay un desconcertante ir y venir al vestuario, y no logramos entender… Aquí está, regresa Morlupo, pero al mismo tiempo Messina acaba de irse. ¡Impresionante, ni siquiera Cambellotti está en la portería!

El partido se reanudó, aunque los magistrados que quedaban en el campo eran siete.

El cuatro a dos, marcado por Scipioni, fue cuestión de un instante.

—¡Gooooolllll! ¡Cuatro a dos para la jefatura de policía!

Baldi se abría de brazos desesperado. Cambellotti había regresado entre los palos, demacrado, temblaba como un cachorro abandonado bajo la lluvia. Le llegó el turno a Sesti de dejar el terreno de juego.

—Pero ¡¿qué coño hacéis todos?! —gritó Baldi a los suyos.

El árbitro tocó el silbato y el partido se puso en marcha de nuevo.

Italo empotró el cinco a dos.

—Goooooolllll.

Una masacre.

Mientras los magistrados, jueces y funcionarios de Justicia

salían del campo para regresar minutos después blancos como cadáveres, los policías encadenaban un gol detrás de otro.

Hasta D'Intino marcó un tanto, el decimosegundo, con un taconazo a una pelota errante en el área de penalti. Deruta había dejado de hacer el oso, se había sentado al lado del palo y mordisqueaba un pastelito que se había llevado de casa. De hecho, en todo el segundo tiempo no hubo ni tan siquiera un disparo hacia su portería.

Al cabo de media hora el presidente hizo sonar el triple pitido.

La jefatura había vencido a la magistratura por dieciocho a dos.

Una debacle.

En el vestuario de la jefatura descorcharon hasta el champán. Sin embargo, en el de la magistratura reinaba un silencio ensordecedor.

—¡Campeooones, campeooones, oeoeoeo, campeooones, campeooones, oeoeoé! —cantaban los policías abrazándose en calzoncillos.

Costa sonreía.

—Schiavone, no he entendido lo que ha pasado, pero es una paliza que recordarán toda la vida. ¡Así aprenden a darnos a nosotros el agua mientras ellos se quedan con el Gatorade!

—Créame, señor Costa —dijo Rocco guiñando el ojo—, dé gracias a que ellos tenían el Gatorade. De otro modo no creo que hubiéramos ganado.

Fuera del estadio, Baldi esperaba a Rocco y los suyos. En cuanto los vio salir, fue directo hacia ellos apuntando con el dedo índice acusador.

—No sé qué es lo que ha ocurrido, pero tengo mis sospechas. Y le juro, Schiavone...

—¡Campeooones, campeooones, oeoeoeo, campeooones, campeooones, oeoeoé! —El coro jubiloso de los atletas de la

jefatura ahogó las protestas del magistrado.

Lo dejaron atrás y, tras montarse cada uno en su coche, abandonaron al juez en mitad del aparcamiento.

Al día siguiente, Italo entró en el despacho de Rocco. Se lo encontró sentado, con las manos debajo del escritorio, trasteando con algo.

—¡Fíjate! —Lanzó el periódico delante de las narices de su superior.

El titular era: «¡18 a 2, una lección que el juzgado tardará en olvidar!» Costa se había despachado a gusto con los periodistas: «Ha ganado el deporte. ¡Y nuestro equipo ha demostrado cohesión, espíritu de sacrificio y constancia! Sé que 18 a 2 parece más un resultado de rugby, pero resulta evidente que las fuerzas dentro del campo estaban muy desequilibradas. ¡Hoy es un día glorioso para la jefatura de policía de Aosta!»

Rocco le echó una ojeada al artículo y luego retomó la misteriosa operación.

—¿Qué estás haciendo?

—Ochocientos cincuenta, novecientos, novecientos cincuenta, ¡catorce mil! —Levantó el rostro radiante. Tenía en la mano un fajo de billetes.

—¿Qué...?

—Catorce mil euros jugándome sólo dos. ¿Qué te parece?

Italo abrió los ojos como platos.

—¿Has... has apostado?

—Dos mil a que ganábamos. Nos daban uno a siete, ¿no? —Agitó los billetes delante de Italo—. Toma, ¡te los mereces! —Le aflojó mil eurillos.

—¿Tan seguro estabas de que ganaríamos?

—Sí —respondió Rocco. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un frasco transparente y lo puso en manos del agente—.

Toma, quizá te pueda resultar útil.

Italo lo observó.

—¿Gutalax?

—En el Gatorade, ¡lo que los dejó fuera de combate! ¡Que pases un buen día, amigo mío! —Y, seguido por la perra, salió del despacho derechito a su sucursal bancaria.

SIN PARADAS INTERMEDIAS

Gracias a Dario B.,
que de trenes entiende bastante…

—¿Qué piensa hacer, Schiavone? —El jefe lo sorprendió por la espalda.

Rocco se dio la vuelta con el vasito de plástico todavía por la mitad.

—¡Tomarme el café!

—Entiéndame —Costa introdujo la llavecita en la máquina expendedora—, me refiero al jueves. —Y apretó el botón.

Schiavone ganó tiempo dando sorbitos a aquel brebaje amargo de color pantanoso.

—Pues no lo sé. ¿El jueves? —No recordaba lo más mínimo qué era aquello tan importante que ocurriría el jueves.

—Eso es, el jueves —insistió su superior observando cómo su vasito se llenaba de aquella sustancia amarillenta que la maquinita se empecinaba en llamar «capuchino», pero que se parecía al capuchino tanto como un tractor a un Ferrari.

—El jueves, el jueves, el jueves...

—¡Schiavone! —exclamó Costa resoplando—. El jueves es el ¿encuen...? —Lo miró con intensidad, esperando que el subjefe continuara, ahora que lo había encarrilado.

—¿Es el encuentro...?

Costa asentía.

—Muy bien, Schiavone. Porque es el encuentro por la ce...

—¿Por la cerradura? —Rocco probó suerte.

—Pero ¡qué cerradura ni cerradura! Comunicarme con usted me deja sin fuerzas.

—Señor Costa, le confieso que no tengo la más remota idea de lo que me está hablando.

—¡La celebración del centésimo sexagésimo primer

aniversario de la fundación de la Policía Nacional!

—¡La leche! ¿Ya han pasado ciento sesenta y un años? Cómo vuela el tiempo, señor.

A Costa no le hizo la menor gracia. Retiró del distribuidor la bebida ya preparada.

—Y como siempre lo celebramos en la jefatura. Ya he distribuido la circular, ¿es que usted no lee las circulares?

—Siempre, señor.

—Pues tiene poca memoria.

—Por desgracia la memoria me funciona de maravilla, señor Costa.

—Se concederá también un premio a los agentes que han destacado durante el año.

Rocco estrujó su vasito de plástico y lo tiró en el cubo.

—Se lo ruego, no me irá a decir que...

—No, tranquilo, usted no está en la lista. Sólo faltaría eso. —Sonrió con la boca cerrada—. Pero tiene que participar. Vendrán los periodistas, las autoridades, la magistratura, los políticos, etcétera, etcétera. Ah, y este año le he encargado a la subinspectora Rispoli que prepare también un piscolabis. Que no se diga que somos unos agarrados.

—Fantástico, señor. Ahora, con su permiso, vuelvo al trabajo.

—Vaya, vaya. —Finalmente dio un sorbo al capuchino. Una mueca de repulsión se dibujó en el rostro bronceado del jefe—. Schiavone, ¿cree usted que se reúnen las condiciones para denunciar a los responsables de esta maquinita por intento de homicidio? ¡Es veneno puro!

—Estoy seguro de que sí. —Y, sonriendo, Rocco se encaminó hacia su despacho.

Nada más entrar se precipitó sobre el escritorio, con tanto ímpetu que *Loba* se despertó de la siestecita y dio un par de ladridos.

—Nada, *Loba*, vamos a tener que buscar… ¿Dónde está? ¿Dónde está? —Empezó a remover los papeles y la correspondencia abandonada allí desde hacía días. Cartas del banco, un par de facturas, la famosa circular del jefe, con la que hizo un gurruño para después lanzárselo a *Loba*—. ¿Dónde la he puesto? Estoy seguro de que estaba aquí. ¡La recibí antes de ayer! —Más folios misteriosos, notas escritas con una caligrafía de médico de familia. Nada, no encontraba nada. Abrió un cajón. Agenda, *post-its* sin utilizar, bolígrafos y rotuladores—. ¡Juro que estaba aquí! ¡¿Quién me toca las cosas?! —gritó, sabiendo perfectamente que nadie, ni siquiera las mujeres de la limpieza, osaba rozar aquel escritorio. Entonces la vio. La carta de Roma. Sonriendo y con los ojos iluminados, la levantó hacia el techo, como si fuera el santo grial. El oxígeno le regresaba a los pulmones—. ¡Aquí está!

Era la convocatoria que había recibido una semana antes de la comunidad de propietarios de via Poerio, en la zona de Monteverde Vecchio, Roma, donde estaba su casa. En ella se lo citaba para asistir a una reunión importantísima con relación a la reforma de la fachada histórica del edificio. Unos días antes, en cuanto la leyó, se puso a despotricar. Se incluían los presupuestos, la autorización de bellas artes. A él, cuya cuota de participación era de las más abultadas, lo esperaba la cifra más onerosa: cincuenta mil euros a pagar en dos cómodos plazos. La reunión en segunda convocatoria ¡era justo el jueves! Se acordaba bien. No tenía ninguna intención de asistir, las reuniones de vecinos se situaban en el octavo grado de la escala de tocadas de cojones. Aunque en comparación con una fiesta de la policía en la jefatura, la reunión de propietarios era pan comido. Y, además, un gasto tan exagerado requería de su presencia. Tendría que enfrentarse al matrimonio Salmassi, las momias sordas del segundo piso cuya edad nadie conocía, aunque Ines, la portera, contaba que una vez había visto una

foto del marido con la camisa negra y el fez en la cabeza. Y también a la bendita familia De Luca, del primer piso: una pareja de idiotas que además habían tenido el pésimo gusto de procrear y traer al mundo otros dos idiotas de nueve y once años. Luego estaba la viuda de Ardenzi: una mujer mala, con ojos de serpiente y pelo verdoso, oro al cuello y ácido en las venas. Por no hablar de Guido, un ex enfermero que había cuidado al anciano que vivía en la puerta 18. Tras su muerte, Guido, conocido como «el mierda», había conseguido escriturar la casa a su nombre robando documentos y enredando con el ayuntamiento. Rocco se había prometido muchas veces llegar hasta el fondo de aquel asunto, ya que Guido «el mierda» le era muy antipático y lo sacaba de sus casillas el hecho de que gracias a un subterfugio se hubiera quedado por la cara con una casa valorada en seiscientos mil euros. Miró la carta con la convocatoria. Aferró entre las manos su tabla de salvación. Su jefe lo entendería.

—Cincuenta mil euros, señor. ¿Le parece a usted que puedo no asistir?

Costa leía la hoja y negaba con la cabeza.

—¿Y no puede delegar en el administrador de la comunidad?

—¿Está loco? ¿No sabe cómo funcionan estas cosas? Son ellos los primeros que sacan tajada. Llaman a la empresa del amigo y se llevan el soborno. Por lo menos en Roma es así como a menudo van las cosas.

Su superior le devolvió la hoja.

—¿Es una falsificación que acaba de hacer o tengo que creerle?

—Señor, se fía usted muy poco de mí.

—¿Y hago mal?

—Muy mal. ¿Qué se cree, que me divierte coger el tren, ir a Roma, participar en una reunión de vecinos, repito, u-na-reu-nión-de-ve-ci-nos, y luego volver al trabajo? ¡Dígamelo usted!

—Por el amor de Dios, yo mandaba a mi mujer. —El rostro de Costa se ensombreció. Se acordó de su mujer, fugada con un reportero de *La Stampa* y que ahora también se había metido a periodista. Una infidelidad que el directivo todavía no había digerido—. Aunque como usted sabrá —retomó el discurso después de sorberse la nariz—, mi mujer ya no está, así que ahora me toca a mí. No, participar en una reunión de vecinos es lo peor. Por eso la próxima casa que compre será un chalet. ¡Por lo menos en la comunidad de propietarios estaré sólo yo!

—Y de esa forma todo será paz y perfecta armonía, ¿verdad? —bromeó Rocco.

—Tampoco las tengo todas conmigo, Schiavone. A menudo me contradigo a mí mismo. ¿Usted no se contradice nunca?

—Soy una contradicción viviente.

—Bien —Costa le tendió la mano—, vaya a Roma y nos vemos a su vuelta. ¡Buena suerte!

—¡Que vaya bien la fiesta, señor! —Rocco le estrechó la mano y salió del despacho aliviado y de mejor ánimo.

• • •

Y con ese mismo ánimo se sentó en el bar de Ettore de la plaza central a tomar un café digno de dicho nombre. Cuando no tenía nada que hacer, observaba el ir y venir de la gente. Le gustaba mirar a las personas, cómo iban vestidas, su forma de andar, los vicios posturales, las inseguridades y sobre todo la mirada. Había quienes no la despegaban del suelo, quienes la tenían perdida y, con la nariz hacia arriba, apuntaban al cielo;

también había quienes la escondían detrás de las gafas de sol. Se imaginaba la vida y el carácter de aquellos desconocidos y trataba de adivinarlo con la mera observación de unos andares o unos ojos. Presuponía timideces, arrogancias, inseguridades; fantaseaba sobre las vidas, los sueños, las dificultades y las esperanzas de aquellas personas. De quienes hablaban con la mano delante del móvil, de quienes lo hacían a voz en grito sin importarles que todo el mundo se enterara de sus asuntos personales. De quienes lanzaban miradas furtivas, de quienes parecían tener miedo de aplastar los huevos desperdigados por la acera, de quienes estaban orgullosos de su perro, o de su trasero, o de sus labios recién salidos del quirófano. Entonces, a lo lejos, vio una figura que le resultaba familiar. Caminaba con la cabeza gacha, dando amplias zancadas, sumido en sus pensamientos. De vez en cuando se pasaba la mano por el pelo para arreglarse el flequillo. Vestía pantalones de cuadritos, chaqueta de rayas y una camisa rosa. No hacía falta que levantara el rostro para poder reconocerlo. La hechura y la leve cojera en la pierna derecha y los zapatos con los cordones desatados tan sólo podían pertenecer a Alberto Fumagalli, el anatomopatólogo livornés, que avanzaba siguiendo una línea recta que idealmente habría cortado en dos la plaza. Idealmente, porque a una decena de metros aquella recta imaginaria de la trayectoria del médico tropezaba con la segunda farola de la plaza. En cuestión de segundos se produciría el impacto. Fumagalli tenía la mirada clavada en el suelo, el poste de la farola cada vez estaba más cerca. Rocco se volvió hacia su vecino de mesa:

—Diez euros a que se la come de lleno.

Su interlocutor lo miró sin entender. Y sin embargo Alberto, con una hábil y repentina verónica, sorteó el obstáculo y siguió caminando en la dirección preestablecida.

—Me he equivocado —afirmó Rocco apurando el café—. Si

llega a estar Sebastiano, habría perdido diez euros...

Alberto levantó la mirada. Reconoció a Schiavone, pero no sonrió. Con decisión, se desvió de su vía invisible para acercarse a la mesa.

—El sueldo a fin de mes, ¿vas a recogerlo con pasamontañas?

—La cosa está tranquila —respondió Rocco extendiendo los brazos—. ¿Y tú qué? Es la primera vez que te veo en la calle y no en el depósito.

—La cosa está tranquila. Tan tranquila que me he cogido vacaciones. —Levantó una mano—. Tres días. ¿Quieres saber adónde me voy?

—No.

—Te lo digo de todas formas. A tu ciudad. Hay una exposición de Cézanne bastante interesante, y un concierto... Aunque esas cosas no son para ti, no las entiendes, es música culta.

—Me subestimas.

—¿Ah, sí? —Se sentó a la mesita y miró al subjefe a los ojos —. Pues son dos composiciones de Gervasoni y una de Boccadoro.

Rocco lo miró en silencio.

—No, no lo entiendo.

—¡Te lo he dicho! Tú vete a escuchar a los Spandau Ballet y no te metas en cosas que te vienen grandes.

—Estás desfasado, los Spandau se separaron hace años. Yo también voy a Roma. Bajo el miércoles.

—Igual que yo. ¿Turín-Milán-Roma en el Frecciarossa?

—Justo.

—¿No querrás sentarte a mi lado?

—Tranquilo, voy en primera, no te metas en cosas que te vienen grandes.

—Ah —Fumagalli hizo una mueca—, ¿conque vas en

primera?

—Claro. En segunda van todos hablando por el móvil en voz alta, te bajas del tren cansado y agilipollado. Voy a una reunión de vecinos, la primera clase es *sine qua non*.

—Entonces, ¿nos vemos en el tren?

—Si no queda más remedio…

El anatomopatólogo se levantó.

—La próxima vez haz por lo menos ademán de invitarme a un café. —Le dio la espalda y se alejó—. No pensarás llevarte a la perra, ¿no? —dijo guiñándole un ojo a *Loba*.

—¿Tú qué dices, *Loba*? ¿Quieres venir en el tren o te quedas en casa de Caterina?

Loba movió la cola feliz.

—Recibido.

La primera etapa del trayecto en coche con Deruta de la jefatura de Aosta a la estación Porta Nuova de Turín había sido agotadora. El agente había conducido por la autopista a una velocidad de noventa kilómetros por hora y, con el primer cigarrillo de Rocco, le había sobrevenido un ataque de tos de tal virulencia que tuvo que cederle el volante al subjefe. Y así, por fin, la velocidad de crucero aumentó en cuarenta kilómetros por hora. Una vez en el tren, no obstante, le dio la impresión de que el día había cambiado de signo. En el vagón iban sólo cuatro pasajeros. Rocco sabía que no había mucho que esperar. En Milán seguramente se subirían más pasajeros. Luego el tren proseguiría de un tirón hasta la estación de Roma Termini sin paradas intermedias. El subjefe se sentó. Los asientos eran cómodos y en el vagón número 2 reinaba un silencio agradable y un olor a limpio. Evitó por precaución el café del carrito e intentó leer las noticias en el móvil, pero el wifidel tren, como a menudo sucedía, no funcionaba. Tuvo que

hacerse con un diario para poder hojear unas cuantas noticias, pero, aparte de eso, el viaje prosiguió sin contratiempos hasta Milán. Allí, como era de esperar, se subieron al tren un montón de personas que llenaron casi la mitad del vagón. Rocco se vio obligado a recoger las piernas para no entrecruzarlas con las de un chico lleno de *piercings* que intentaba colocar la funda de una guitarra en el compartimento superior. Al lado se le sentó una mujer con gafas de sol que, a juzgar por el hedor a ajo que emanaba, la noche anterior debía de haber engullido dieciocho *bruschette*. Rocco no podía soportar el hedor a ajo que desprendía aquella piel. No sería capaz de resistir el trayecto hasta Roma con una tipa a su lado que, además, en cuanto tomó asiento, sacó una pila enorme de revistas de moda y empezó a hojearlas humedeciéndose el dedo índice de la mano derecha para pasar cada página, algo que a Rocco le daba mucho asco. Era un gesto que su tía Annarella, ayudante de pescadera en el mercado de la plaza de San Cosimato, realizaba religiosamente cada vez que caía en sus manos una revista del corazón. Se sentaba de espaldas a la ventana y, levantando las cejas con aire arrogante, empezaba a hojear la revista chupándose el dedo y empapando el papel. Movía la cabeza a derecha e izquierda mientras pasaba de página. Solamente miraba las imágenes, se había quedado en el tercer curso de la enseñanza básica y a duras penas podía leer su nombre, aunque, eso sí, comentaba los artículos con risitas sarcásticas. Las manos le apestaban constantemente a pescado. Aquel horrible olor a podrido regresaba a la nariz de Rocco cada vez que alguien practicaba el pasapáginas humedecido y, si a la peste a pescado podrido se le sumaba el ajo de la *bruschetta*, el efecto podía ser desolador. Se sintió apestado: la camisa, los pantalones, incluso el pelo se había contaminado de aquel tufo.

—¡Disculpe!

Se puso de pie y escapó de la trampa olfativa. Tenía que ir

al baño a lavarse por lo menos las manos, luego se arriesgaría a tomar un café en el vagón bar y por último buscaría al revisor para que le encontrara otro asiento lejos de la señora «ajos come».

El baño del vagón 2 estaba fuera de servicio. Rocco levantó la mirada al cielo y continuó hacia el vagón número 5, el del bar. Por el camino encontró otros aseos, todos ellos en funcionamiento pero ocupados. Se olisqueó las manos. Sabía que apestaban a pescado o a ajo. Y así era. Con una mueca de repulsión, se las alejó de la cara. Un encargado de la limpieza uniformado y con un cubo en la mano le cedió el paso.

—Oiga —se dirigió a él el subjefe—, el baño del vagón 2 está fuera de servicio, y los demás ocupados.

—¿Cómo puedo ayudarlo?

—¿Tiene un poco de jabón?

El empleado lo miró sin entender.

—¡Tengo que lavarme las manos urgentemente!

—En el coche siguiente hay otro baño.

—Sí, pero mire —Rocco le indicó la lucecita roja encendida—, ése también está ocupado.

—Pues sí, es algo curioso; ¡en cuanto el tren se pone en marcha, todos al baño! —comentó el muchacho con un deje de tristeza—. Y no se imagina lo que nos toca limpiar... ¡Mejor no le cuento!

—Bueno, ¿lleva jabón?

El trabajador se encogió de hombros.

—Mire si le va bien esto. Yo lo uso para desinfectarme.

Le tendió un botecito lleno de un gel transparente.

—¿Qué es? —Rocco acercó la nariz. Una mueca de repugnancia—. Huele a manzana, ¡qué asco! Manzana con ajo y pescado, ¡lo peor de lo peor! No, está bien, no se preocupe. —Y prosiguió su camino.

Avanzando como un pato por la velocidad del tren, por fin

logró llegar al vagón bar.

—Dos cafés, por favor. Uno me lo tomo, del otro deme sólo la cápsula.

El encargado del bar lo miró extrañado.

—¿Y qué va a hacer con ella?

—Usted no se preocupe, que lo voy a pagar. ¡Deme la cápsula!

—Como usted quiera —respondió el empleado encogiéndose de hombros y entregándole el pequeño cilindro de plástico. Rocco lo agarró y le quitó la tapa de aluminio.

—¿Lo vas a lamer? —dijo una voz a su espalda.

Rocco ni siquiera se volvió.

—No, Albè, me sirve para otra cosa.

Fumagalli se quedó observándolo. Entonces Schiavone se echó el café molido en las manos y luego empezó a frotarlas.

—Por Dios santo, tú no estás bien de la cabeza.

—Deja, deja... —Acabada la operación, se sacudió en el fregadero el polvo que quedaba y por último se olisqueó otra vez las manos—. ¡Aaah! Sí, ¡el café arrambla con todo! ¡Huele de maravilla! —Intentó acercar las manos a la nariz del anatomopatólogo, que se echó para atrás.

—Quita, quita, anda... ¿Me pone otro café a mí también?

—Por supuesto. Y aquí tiene el segundo café, señor. ¿Se lo toma o se lava los dientes con él?

Rocco dejó unas monedas encima de la barra.

—De nada...

—Pero ¿qué es lo que ha tocado? —le preguntó el camarero del tren mientras contaba el cambio.

—Olían a ajo —respondió Rocco—. Repugnante. —Se tomó el café—. ¡Más o menos como este mejunje!

El camarero sonrió.

—A mí no me lo diga, que soy de Caserta, y tener que hacer el café con este artilugio me da ganas de llorar.

—¿Cómo va el viaje, Fumagà?

—Mal. Todo el mundo va hablando por el móvil y estoy detrás de un niño que no para de gritar.

—El niño gritón es un octavo grado absoluto. Octavo grado. Una vez me tocó uno de tres años en un avión. Gritaba que parecía que lo estaban operando sin anestesia. Al final resulta que sólo quería el caballito. Que digo yo, ¡la madre que...!

—Conmigo no la tomes.

—Es una forma de hablar. ¿Tu madre sabe que lo que quieres es el caballito? ¡Pues dale el caballito y no le jodas el tímpano a medio Boeing...! Pero no, ¡hasta Dublín, nada de nada!

Fumagalli se pimpló el café y se dirigió al camarero:

—Mi amigo tiene razón. ¡Esto es un auténtico mejunje! Bueno, me voy a mi sitio. En segunda clase, rodeado de gente que grita por el móvil, de niños que lloran y de los que se quedan dormidos y roncan con la boca abierta.

—También los hay en primera, amigo mío. ¡Es sólo cuestión de suerte!

• • •

—¡Yo prefiero los macarrones lisos...!

El tren atravesaba zumbando la llanura envuelta en una niebla delicada que dejaba entrever árboles y casas, pero no el horizonte o el cielo. Rocco se había alejado una decena de filas de su anterior asiento, pero había ido a parar delante de un hombre que no dejaba de hablar en voz alta por el móvil.

—Los macarrones rayados, no sé... me dan la sensación de... ¿Cómo? Sí, lo sé, que cogen mejor la salsa...

Llevaba media hora hablando a voces. Schiavone trataba de

leer el *Corriere*, amable obsequio de Ferrovie dello Stato, la empresa estatal de ferrocarriles, pero era imposible concentrarse.

—¿Sí? En cuanto vuelva me lo compro yo también. Por cierto, qué partidazo ayer, ¿eh? El abogado no se esperaba perder de esa forma... No, no, tú también jugaste bien.

Rocco estiró el cuello, las manos, respiró hondo, miró por la ventanilla.

—¿El gol que marcaste? ¡Una obra maestra! —seguía gritando aquel pasajero.

El subjefe bajó el periódico e intercambió una mirada con una señora elegante que levantó los ojos al cielo. Era evidente que a ella también la fastidiaba el vozarrón del hombre del móvil.

—¿Otra vez un Fiat? ¿Otra vez un Fiat?

Rocco se puso de pie. El tipo tendría unos cuarenta años, pelo cortísimo, perilla dibujada, chaqueta y corbata, y pasaba distraídamente las páginas de una revista.

—Haz lo que quieras, pero no te olvides de lo del bajo consumo...

Rocco logró captar su atención. Le hizo ademán de que bajara un poco la voz. El otro lo miró sorprendido.

—Espera un segundo, Luca —dijo por teléfono—. ¿Dígame?

—¿Puede bajar un poco la voz, por favor?

—¿La voz? ¿Por qué? ¿Es que estoy gritando?

—Si se lo pido, es evidente que sí. —Una sonrisa y el subjefe regresó a su asiento.

La señora elegante le dio las gracias con un pequeño gesto de la cabeza y retomó la lectura de su libro.

—¡Venga ya, Luca, estás como una cabra! ¿Eso le dijiste? Ja, ja, ja, ja.

No, no lo había entendido. Mejor dicho, había hecho caso omiso de la amable petición de Rocco Schiavone. Se levantó

otra vez del asiento.

—¿Disculpe?

El hombre levantó la mirada al cielo.

—Perdona, Luca. —Luego, exasperado, volvió a mirar a Schiavone—. ¡¿Qué pasa?!

—Pasa que está usted gritando. Y está molestando a todo el mundo. Le he pedido que baje el volumen, pero no me ha escuchado.

—¿Lo molesto sólo a usted?

—No. A la señora de ahí también, por ejemplo, y si echa una ojeada a los demás pasajeros...

El hombre se asomó al pasillo. Todos los pasajeros lo miraban con cara de pocos amigos.

—¿Lo ve? ¿Se da cuenta de que está molestando al vagón entero? Por favor, ¿qué le cuesta bajar la voz?

—Está bien, serán sólo cinco minutos, enseguida acabo la llamada y...

—Lleva usted hablando una buena media hora.

El hombre no le dijo nada. Siguió hablando con su amigo:

—Perdona, Luca, en cuanto llegue a Roma te llamo. Hay aquí personas con el oído sensible... —Rió con socarronería.

Rocco se volvió hacia la señora, que negaba con la cabeza. El subjefe se abrió de brazos.

—Dígamelo usted, señora, ¿qué tengo que hacer?

—No lo sé —respondió ella—. ¿Quiere pegarle?

—¿Qué se le va a hacer, Luca? La gente se mete donde no la llaman, joder. De todas formas, no consigo conectarme, busca tú el restaurante, por favor.

Rocco apretó los puños. A punto estaba de abalanzarse sobre el alborotador cuando el grito de una mujer en el otro extremo del vagón les heló a todos la sangre.

—¡Socorro!

Rocco se dio la vuelta tratando de identificar la procedencia

de aquel grito. Otros pasajeros también se habían puesto de pie.

—¡Socorro! ¡Socorro!

El subjefe se abrió paso por el pasillo y llegó finalmente a su antiguo asiento. La señora «ajos come» se había quitado las gafas, el chico con los *piercings* estaba blanco como la pared. En los cuatro asientos a sus espaldas, una mujer anciana seguía gritando mientras un hombre de unos cincuenta años intentaba calmarla.

—Para, mamá, tranquilízate. ¡Tranquilízate ya!

La mujer agarraba con las manos ensortijadas un pequeño neceser de piel azul. En el rostro arrugado destacaban unos ojos aterrorizados y grandes de color verde esmeralda.

—¡Socorro!

Enfrente de la madre y el hijo, un treintañero entrecano que iba trabajando con el portátil se había quedado paralizado de espanto.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Schiavone.

—Me lo han robado todo. ¡Todo! —respondió la mujer con voz quejosa.

—¿Cómo todo? ¿Qué dice?

—Mamá, mamá, por favor, tranquilízate.

A la mujer empezó a temblarle todo el cuerpo.

—¡Levántese! —ordenó Rocco al treintañero, que agarró su ordenador y le cedió el asiento al subjefe—. ¡Señora! ¡Señora!

—Mamá, por favor…

Y la señora bajó los párpados, cerrándose como una flor al atardecer.

—¿Mamá? ¡Mamá!

El hijo seguía sentado al lado de su madre. Le agarraba la mano que sobresalía del abrigo verde con el que el revisor y

Schiavone la habían tapado y que hacía las veces de mortaja. Lloraba en silencio, tenía los ojos enrojecidos. El tren continuaba su recorrido. Habían desalojado el vagón y reubicado a todos los pasajeros en el coche número 3. El jefe de tren había avisado corriendo a Roma Termini para organizar el traslado del cadáver. «Comunicamos a nuestros estimados pasajeros que en el vagón central del tren encontrarán nuestro bar, cuyo menú incluye bebidas calientes, refrescos, bocadillos... Frecciarossa les agradece...» La voz aséptica de la locutora resonaba en los altavoces mientras las pantallas indicaban que no faltaba mucho para Bolonia.

—¿Se podría por lo menos apagar la megafonía en este vagón? —preguntó Rocco al revisor, que se abrió de brazos.

—No... No creo.

—Pues entonces tal vez sea mejor interrumpir los anuncios. ¿Es consciente de que llevamos una muerta a bordo?

El revisor asintió y se encaminó hacia la cabecera del tren. Por el otro extremo del vagón efectuó su entrada Fumagalli, con su *trolley* y una maletita. Intercambió una mirada con Rocco y luego, amablemente, le pidió al hijo de la señora que se levantara.

—Por favor... Soy médico... ¿Podría echar un vistazo?

El hijo, como si los brazos y las piernas se movieran de forma autónoma, se puso de pie y cedió el puesto a Fumagalli, que de inmediato destapó el cuerpo.

—Venga conmigo —lo invitó Rocco, y cogió del brazo a aquel hombre desolado para llevárselo al vagón 1.

—¿Quién... quién es? —preguntó el hijo.

—Es médico. Amigo mío. Venga, venga conmigo.

—¿Un médico? Ya es tarde para un médico, ¿no?

—No para ese tipo de médico.

Estaban sentados en el pequeño compartimento de servicio. Flavio Sommaruga, el hijo de la víctima, tomaba un té. El jefe de tren se pasaba la mano por la cabeza calva y soplaba por la nariz como un motor a vapor.

—Mamá padecía del corazón —explicó Flavio—, era cuestión de tiempo… tarde o temprano…

—Mientras tanto, yo he llamado a la estación. Lo están organizando todo —comentó el jefe de tren—. Usted, señor Schiavone…

Rocco no le dejó tiempo al jefe de tren para acabar de formular la pregunta.

—¿Qué es lo que han robado?

—Habíamos ido a Varese… Mi tía, la hermana de mi madre, falleció hace cuatro días… Tenía ochenta y cinco años. Nosotros volvíamos a casa después del funeral. Mamá se había quedado con las joyas de mi tía, las había guardado en el neceser y, de repente, se ha dado cuenta de que la bolsita de terciopelo había desaparecido…

El jefe de tren agachó la cabeza.

—¿Qué había en la bolsita?

—Alhajas. Antiguas. De valor, ¿sabe? A ver, yo no entiendo de estas cosas, pero, por lo que decía mamá, había rubíes, anillos de oro. Todas eran recuerdos de familia.

El jefe de tren se limitaba a asentir con la cabeza gacha.

—Mamá estaba durmiendo. Yo iba leyendo el periódico. No me he dado cuenta de nada. Sólo que de repente he visto cómo se inclinaba para coger el neceser, como si hubiera tenido un presentimiento, y en efecto las joyas ya no estaban.

—Señor Sommaruga, ¿le importa si le hago una pregunta?

—Por supuesto que no —respondió.

—¿Han abierto el neceser antes de subir al tren? ¿O mientras iban a bordo? Haga memoria…

El hombre se miró las manos.

—Creo que no.

—¿Seguro?

—Estoy pensando... Ah, sí, claro. Antes de montarnos, mamá ha cogido el paquete de joyas que estaba en la maleta para guardarlo en su neceser... Sí, hasta le he dicho que debía estar tranquila, que no iba a ocurrir nada, y sin embargo... Pobre mamá. —Y rompió a llorar en silencio. Sólo se le movía el esternón, como destrozado por los golpes que alguien le estuviera dando desde el interior de la caja torácica.

Rocco se levantó.

—Está bien, señor Sommaruga... Usted ahora quédese aquí, tómese el té y trate de calmarse. —Luego le hizo un gesto al jefe de tren, que se puso de pie y lo siguió hasta salir del compartimento.

—¿Cómo se llama?

—¿Yo? Muslera, Ferdinando.

Rocco lo miró.

—Verá, Muslera, Ferdinando, ¿usted qué opina?

—¿Que qué opino? ¡Que estoy harto! Es el tercer robo en el intervalo de un mes, me cago en Judas ladrón. ¡Y a mí es la segunda vez que me toca!

El tren dio un par de sacudidas. Rocco se apoyó en el compartimento para las maletas.

—Está bien. Éste hasta Roma no para, ¿cierto?

—Eso es, señor... ¿Y...? ¿Qué piensa hacer? El ladrón seguro que va a bordo; ¿ponerse a registrar a todos los viajeros? Habrá unos trescientos.

—No sólo eso, señor Muslera, no sólo eso. El botín también sigue a bordo. En este tren las ventanillas no se abren. Tenemos menos de tres horas para encontrar algo. Yo diría que nos pongamos manos a la obra.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó el empleado ferroviario.

—¿Tiene usted la lista con los nombres de los pasajeros?

—Sí, basta con mirar los billetes.

—Y si llama a Roma, ¿puede conseguir la lista de los otros dos trenes donde se han producido robos recientemente?

Muslera extendió los brazos.

—No sé si la tendrán. Puedo intentarlo.

—Inténtelo. Tenemos que hacer una breve parada en Bolonia. Que suban dos agentes de la policía ferroviaria, me vendrán bien, pero se lo ruego, abran sólo una puerta. ¡Nadie, repito, nadie debe bajar del tren!

—¡Señor, sí, señor! —respondió el jefe de tren, que evidentemente había hecho el servicio militar.

—Lo último. ¿Y si tengo que fumar?

—Aquí no se puede.

—Y entonces, ¿cómo trabajo yo?

—No sé... Beba agua, ¿no?

—Con los cojones...

Encontró a Fumagalli al lado de la mujer.

—¿Qué quieres que te diga, Rocco? Se nos ha ido por un infarto.

Rocco asintió. Un señor anciano les hacía gestos desde el fondo del vagón.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Caballero, disculpe. Tengo que coger una pastilla, la tengo en la maleta. ¿Puedo?

—Cómo no.

Con mucho cuidado, el anciano avanzó apoyándose en los respaldos de los sillones hasta llegar a su asiento. Era justo al lado del de la señora, sólo los separaba el pasillo.

—¿Usted ha visto algo? —le preguntó Rocco.

—No... Nada... Sólo que de repente la señora ha gritado...

—Y, dígame, ¿se acuerda de quién iba sentado detrás de la señora?

—Nadie. Lo sé porque me quería cambiar yo a ese sitio. No me gusta ir sentado a contramarcha. Ahí había dos asientos vacíos y cómodos… —El hombre se puso a buscar en la maleta. Encontró las pastillas y se despidió con una sonrisa.

Rocco esperó a que estuviera a cierta distancia para dirigirse a Alberto:

—Al parecer es el tercer robo en poco tiempo. Quien haya sido es alguien organizado. Ya lo ha hecho con anterioridad y es evidente que le ha funcionado. ¿Quieres echarme una mano?

—¿Por qué no?

—Pues entonces mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

Fumagalli obedeció.

—Vagón vacío, algún curioso que nos observa desde la puerta de cristal allí al fondo, el anciano, que ha llegado al final del vagón sin romperse el fémur, lo de fuera me parece el Apenino, lo que significa que dentro de poco llegaremos a Bolonia… ¿Qué más? ¡Ya está!

—Me voy a fumar.

—¡No se puede!

—Me meto en el baño y tapo con un plástico el detector de humo. ¿Te vienes?

—¿Al baño? ¿Tú me ves con ganas de encerrarme en una cámara de gas?

El cigarrillo sabía mal, Rocco lo apagó a la segunda calada. Antes de regresar al vagón 2, hizo una parada en el siguiente. Encontró todavía de pie, desolado, al treintañero que trabajaba con el portátil. Parecía que temblaba.

—Disculpe… ¿Por qué no se sienta?

—¿Eh?

—Subjefe Schiavone, policía nacional. ¿Usted es...?

—Storti. Francesco Storti. Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—Usted iba sentado delante de la señora. ¿No ha visto nada?

—No... Nada. —Los ojos redondos y distantes, con medio párpado caído, la boca grande y sin labios parecía un corte limpio que unía las dos mejillas, el cuello gordo: en el bestiario de Rocco Schiavone estos detalles catalogaban al joven bajo la entrada *Hyla arborea*, conocida comúnmente como «rana de san Antonio».

—De repente, mientras iba trabajando, la oí gritar... Luego temblaba, temblaba... No consigo quitármela de la cabeza.

—Dígame si notó algún movimiento extraño justo antes de los hechos.

Storti bajó los ojos, estaba intentando ordenar las ideas.

—No, señor, nada de nada... Lo cogí en Milán, me senté en mi sitio, ellos estaban ya sentados, encendí el ordenador y me puse a trabajar. Eso es todo. Siento no poder ayudarlo, de verdad lo siento... Pero ¿qué ha ocurrido?

—Un robo.

• • •

En Bolonia se subieron dos agentes de la policía ferroviaria que ahora iban sentados a varios asientos de distancia del cadáver. Rocco, el jefe de tren y Alberto estaban delante de una pila de folios y un portátil.

—Aquí está —dijo Muslera—, esta que tengo en el ordenador es la lista de pasajeros. Y esta hoja es la lista de uno de los dos trenes donde se produjo el robo la semana pasada. La otra no tardarán en mandármela.

—¿No querrás comprobarlos uno por uno? —preguntó Fumagalli.

—Hagamos lo siguiente —propuso el subjefe—: Alberto lee el nombre, usted, señor Muslera, lo apunta en el ordenador y lo busca en la lista del tren de hace una semana. Si encontramos alguna coincidencia, anotamos el nombre. Es fácil.

—Qué coñazo —murmuró Alberto—. Ni siquiera están en orden alfabético, es para volverse locos...

—De acuerdo. Empiezo por la primera clase. Rossella, Tito...

—No está —respondió el jefe de tren.

—Barzucchi, Luca...

—Lo mismo.

—Schiavone, Rocco...

—Ése soy yo, os lo podéis saltar.

El subjefe se había levantado para acercarse a la plaza de la víctima, la 8A. El hijo estaba sentado junto a ella y había vuelto a coger la mano de su madre. Tenía los ojos cerrados mientras la cabeza se balanceaba al ritmo de los raíles. Rocco miró los asientos a su espalda, el 6A y el 6B. Se sentó justo detrás de la fallecida. Se inclinó. Por debajo del asiento logró vislumbrar los pies de la víctima. La moqueta del suelo estaba limpia, igual que lo estaba el asiento. Alargó una mano y casi tocó los tobillos de aquella pobre desgraciada. Olfateó. Cerró los ojos.

—Chaval, ¿qué coño haces? —le preguntó Alberto.

—Observo, olfateo. —Miraba al anatomopatólogo de abajo arriba—. Sólo que desde aquí no llego al otro lado del asiento...

—¿Y es grave?

—No, pero es importante. ¿Tú qué me cuentas?

—Hemos encontrado unos seis nombres. ¿Qué hacemos?

¿Los comprobamos?

—No, esperaremos la otra lista. Y veremos si hay más coincidencias. —Se desencajó de entre los asientos y regresó al pasillo. Fueron a acomodarse junto a los agentes de la policía ferroviaria—. ¿Cómo va la cosa? —preguntó Rocco.

Ambos asintieron.

—A ver… A mí es la primera vez que me sucede algo así —declaró el más joven.

—Normalmente hay más robos en los regionales. Hay muchísimas paradas, las ventanillas se abren.

—De hecho, ¿ustedes dónde creen que está escondido el botín? —preguntó Rocco observándolos.

—Ni idea. ¿En una maleta? Pero tampoco es que podamos registrar trescientos equipajes, ¿no?

—Exacto —convino Rocco—. Pero ¿por si acaso?

—No tenemos ni idea —respondieron a coro.

—Hagámosle la misma pregunta al ladrón y veamos qué responde.

—¿Qué pretendes? —preguntó Alberto.

—Espera y observa. —Luego llamó al jefe de tren—: ¿Muslera?

• • •

El tren corría cruzando la campiña toscana. Pasados los Apeninos, el sol había vuelto a salir y resplandecía iluminando los paisajes renacentistas. Villas de campo con torres en el centro decoradas con relojes y meridianos, ovejas en los prados, tierras cultivadas en cuadros verdes y marrones.

—Atención, por favor… Les habla el subjefe Rocco Schiavone, policía nacional. —La voz retumbó en el vagón.

Alberto y los dos agentes levantaron instintivamente la vista.

—Agentes de la policía ferroviaria pasarán por los vagones para realizar un control del equipaje y de todas las maletas del personal de a bordo. Rogamos la máxima comprensión y colaboración, la operación durará pocos minutos. Gracias por su paciencia...

El agente de más edad puso los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Que nos toca mirar dentro de trescientas maletas?

—No creo —respondió Alberto—. Creo que se trata más bien de un paripé del subjefe.

—Pero ¿para qué?

—Para estrechar todavía más el cerco, amigo mío. —Y con una sonrisa se acomodó en el asiento.

—Bien, pues esta vez es más sencillo. Tenemos los seis nombres de la lista del tren de la semana pasada. Usted, Muslera, ¿tiene además los del otro tren, el de hace tres semanas donde también se produjo un robo?

—¡Aquí está! —exclamó el jefe de tren delante de su ordenador.

—Pues veamos si uno de estos seis también viajaba en ese otro tren...

Con los ojos pegados al papel, Rocco empezó a recitar nombres y apellidos. Muslera tecleaba en el portátil y negaba con la cabeza. Fumagalli por su parte miraba por la ventanilla.

—Francesco Storti.

—¡Lo tengo! —gritó Muslera.

—¡Ah! El vecino de asiento de la víctima. Ya va uno... Rossella Casale, Paolo Romiti...

—Y acordémonos de que tengo los nombres del personal de

a bordo —apuntó Muslera, tirando una libreta en el sillón junto al suyo—. Sólo hay tres que estaban presentes en los otros trenes. Un revisor, un encargado del servicio de restauración y otro de la limpieza.

—No se moleste con el del servicio de restauración. Sólo el revisor y el encargado de la limpieza —le dijo Rocco—. Sigamos... Marzia Altobelli...

—¡La tengo! —gritó el jefe de tren.

—Y ya van dos...

Mientras comprobaban el número de los asientos, Muslera les abría paso a través de los vagones a Rocco Schiavone y a los dos agentes de la policía ferroviaria.

—Van todos en segunda. Veamos, Francesco Storti, coche 7, asiento 18B...

Los viajeros estaban alarmados, observaban a los policías con una mezcla de ansiedad y curiosidad. No entendían qué estaba ocurriendo. Alguno preguntó, a alguno Rocco le respondió, pero la mayoría se quedaban sentados en silencio mirando a los cuatro hombres pasar de un vagón a otro con el tren a casi trescientos kilómetros por hora, preocupados por la típica avería o, Dios no lo quisiera, por un atentado terrorista. Sin embargo, Rocco sonreía, y eso ayudaba a relajar un poco la tensión.

—Veamos, 14..., 15... y 16... Aquí estamos. ¿Nos volvemos a ver?

La rana de san Antonio levantó la vista del portátil.

—Hola...

—Pero ¿usted no iba en primera clase?

—Yo, sí... Es que no quedaba sitio y me vine aquí.

—¿Podría, por favor, abrir su equipaje?

—¡Claro! —Señaló el compartimento superior—. Es esa bolsa verde, la de la correa.

El agente joven de la policía ferroviaria la cogió de

inmediato.

—¿Puedo preguntarle por qué viaja a menudo a Milán?

—Trabajo en una sociedad de inversiones. Voy y vengo a Roma. En realidad, soy de Milán, mañana tengo una reunión con el banco en Roma.

—Está siempre al corriente de lo que pasa en las bolsas de todo el mundo, ¿no?

—Es mi trabajo. Ya sabe, basta con que llegues cinco segundos tarde para que el negocio se esfume. Por cierto, ¿puedo seguir trabajando?

—¿Ustedes tienen alguna pregunta para el señor? —preguntó Rocco a los agentes y al jefe de tren.

—No —respondieron los tres encogiéndose de hombros.

—Ah, no, yo una cosa sí. Pero ¿usted entiende algo de eso? —Señaló la pantalla del portátil. Un título en letras grandes delante de una gráfica roja y azul—: «Existencia de relación negativa con el nivel de información financiera.»

—Diría que sí, es mi trabajo. Aunque para explicárselo necesitaría muchísimo tiempo. Las finanzas son algo complejo.

—Entonces, ¿no es cuestión de suerte?

—No, es una ciencia, señor mío. ¿Usted le da mucho peso a la suerte?

—Prefiero los hechos. Cuídese, señor Storti. Pasemos al siguiente —dijo el jefe de tren.

—Que está en el vagón 8, plaza 2A, la señora Marzia Altobelli.

• • •

La misma escena en cada vagón. Las mismas miradas atentas y alarmadas, el que dormía se despertaba, el que estaba de pie se

volvía a sentar. El campo idílico y el sol del exterior desentonaban con el aire tenso que se respiraba en el interior del tren. Se cruzaron con el joven encargado de la limpieza. El jefe de tren lo saludó.

—Eh, Luigi...

—Buenas tardes, pero ¿qué pasa?

—Un robo en el coche 2 —declaró Muslera, que ya era una parte integrante de la investigación.

—¿Otra vez?

—Sí...

—Ah, señor, ¿encontró al final el jabón? —preguntó el limpiador a Rocco.

—Me las arreglé con el café. ¡Gracias de todas formas!

—¿Con el café?

—Era simplemente un problema de olor, no de limpieza. Y el café lo tapa todo, ¿no lo sabía?

—Por cierto —intervino el jefe de tren—. Luigi iba en el tren cuando ocurrieron los otros dos robos.

Luigi asintió.

—Sí, yo también estaba... Es verdad.

Rocco lo observó.

—¿Lleva alguna maleta?

—No, yo no. Hago el tramo y luego vuelvo a casa. Sólo llevo esto. —Levantó el cubo y una maletita negra—. Son las cosas para limpiar.

—¿Podemos echar un vistazo?

—¡Por supuesto!

Aparte de unos cuantos trapos, los productos de limpieza y las llaves maestras para abrir los baños, no había nada más.

—Gracias, Luigi, y que vaya bien el trabajo. —Rocco volvió a ponerse en marcha, seguido por los agentes.

Marzia Altobelli era una mujer que pasaba los cincuenta. Sostenía las agujas de punto sobre el regazo. Tejía un jersey negro de cuello alto.

—Marzia Altobelli soy yo, ¿qué ocurre?

—Subjefe Rocco Schiavone. ¿Sería tan amable de enseñarnos su maleta?

—Mire, es esa roja, la de ahí arriba. —Indicó un maletón con sus ruedas y todo.

El agente joven la agarró y con esfuerzo la bajó al suelo. Un niño curioso apareció asomándose por encima del respaldo del sillón justo delante de la señora.

—Pero ¿qué ocurre? Oí antes el anuncio por megafonía...

—Una historia desagradable en el vagón 2, primera clase —respondió Rocco mirando la maleta. Había algo de ropa y un montón de recipientes de plástico con tapadera metidos unos dentro de otros.

—Mi hija. Hace seis meses que se mudó a Milán, todavía le llevo comida y voy a ponerle unas cuantas lavadoras. Ya sabe usted cómo son los hijos.

—No, no lo sé —le respondió Schiavone—, yo no tengo.

Marzia Altobelli se quitó las gafas.

—Van de independientes y luego, a la primera factura, se quedan con la boca abierta y no saben adónde acudir.

—No es culpa de ellos, señora.

—¿Ah, no?

—No. La culpa es nuestra. ¿Usted con veinte años sabía pagar una factura? ¿Poner una lavadora?

—Diría que sí... Sí, ¡aunque de eso han pasado siglos!

Rocco le devolvió la sonrisa a la mujer.

—Exacto. No es que las nuevas generaciones se vuelvan gilipollas. A menos que la precedente no se desviva por echarles una mano...

—Recibido, señor... ¡recibido!

—Déjela sin comida y sin lavadora. No tardará ni tres días en encontrar la manera de sobrevivir. Aunque yo estoy convencido de que ése no es el problema.

—Ya entiendo por dónde va. Somos nosotros quienes no cortamos el cordón, y tiene razón.

Rocco le echó una ojeada al agente que había acabado de inspeccionar el equipaje.

—¡Dígame por lo menos que el jersey es para ella!

—¿Para mi hija, dice?

—Exacto.

—No, es para su novio.

Rocco apretó los labios.

—Aviados estamos. Está bien, señora, buen viaje...

Habían llegado al último coche. Plaza 4D, último viajero por comprobar.

—¿Guglielmo Sartori?

El hombre de la barbaza negra con mechones blancos y enorme barriga levantó la vista hacia Rocco, quitándose las gafas.

—Sí... Soy yo.

—Subjefe Schiavone. ¿Sería tan amable de permitirme registrar su equipaje?

—No, si no me dice por qué.

—Se trata sólo de un control. Créame, cuanto antes me haga caso antes acabaremos.

Negando con la cabezota barbuda, el hombre se puso de pie. No era alto, sino muy redondo.

—¿Su maleta?

—No tengo. Llevo sólo la mochila. —Le entregó una vieja bolsa negra y sucia que llevaba al lado.

Rocco les hizo un gesto a los policías. Mientras tanto, nada

escapaba a la atención de los viajeros que estaban a la escucha, al menos la de aquellos hasta cuyos oídos llegaba la conversación. El agente de mayor edad pidió a Sartori que abriera la mochila, cosa que el hombre hizo de inmediato. Contenía papeles, una manzana y una camiseta.

—¿Hace usted a menudo el trayecto Milán-Roma en tren?

—Desde hace dos meses. Tengo a mi padre ingresado en el hospital. Pero ¿puede saberse...?

—Por supuesto. Se ha producido una muerte en el vagón 2 a consecuencia de un robo.

A pesar de la barbaza, Rocco notó cómo el hombre palidecía.

—¿Una muerte? Ay, Dios...

—Sí. Disculpe las molestias —dijo Rocco a la vez que se despedía—. Hago mi trabajo.

—Al contrario... Disculpe usted si he sido un poco grosero. Estoy pasando una mala racha.

—No se preocupe. —Rocco le estrechó la mano al hombre, luego cogió el móvil—. ¿Alberto? ¿Sigues ahí?

—¿Y adónde quieres que vaya? ¡Ni que me pudiera tirar en marcha!

—Tengo una curiosidad. Hazme el favor, acércate al coche 7, plaza 18B. ¿Lo has apuntado?

—No me he vuelto gilipollas.

—Ya, pero llévate una hoja. Hay un tipo, treinta años, entrecano, con un ordenador. Tendrías que leer lo que tiene escrito en la pantalla y después informarme. ¿Puedes hacerme el favor?

—Cómo no...

—Vale. Y luego nos vemos al principio del vagón 8. Gracias.

—Eso sí, eh, ¡es la última vez que viajo contigo! —Y cortó la llamada.

Esperaban a Fumagalli delante del aseo del vagón 8. Rocco parecía un perro de caza. Olisqueaba apuntando con la nariz hacia arriba.

—Manzana... Aquí apesta también a manzana.

—Lo sé, es el desinfectante que usamos —respondió el jefe de tren—. ¿No le gusta?

—Me da asco. Sólo lo usan en los baños, ¿verdad?

—Sí.

—¿En la moqueta?

—No, para eso usamos otros productos. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—Porque los olores son importantes, ¿sabe? Y además, como no tenemos nada que hacer, así matamos el tiempo.

Se abrió la puerta y escupió a Fumagalli.

—Ay, la leche, a ver, he tardado una hora en entenderlo. Lo que ponía era... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una nota—. Era: «Existencia de relación negativa con el nivel de información financiera.» Se trata de una teoría económica según la cual...

—¡Alto! No me importa un carajo, Alberto.

—Y yo que te quería dar una muestra de mi infinita cultura, que abarca desde la medicina hasta las humanidades para abordar finalmente las ciencias...

—Resumiendo, que el muchacho está siempre en la misma página. Y dime una cosa, ¿estaba concentrado en la lectura sobre este tema o iba trabajando? Quiero decir, ¿escribía algo en el ordenador?

—No, no, escribía, pero, a decir verdad, la página de la pantalla no cambiaba nunca. Siempre estaban los gráficos y el título ese.

Rocco sonrió.

—Es obvio, está fingiendo. Desde detrás del asiento no se llega. Hacía falta una mano.

Alberto lo miró inquieto.

—No te sigo.

—Déjalo, tú abarca desde la medicina hasta las humanidades, que éstas son cosas mías, de policía del montón que está ya hasta los huevos ¡y que ni un viaje Milán-Roma puede hacer tranquilo y sin tener que trabajar!

Rocco se encaminó de nuevo hacia la primera clase.

—Volvamos al vagón 2. Tú no te acerques, Alberto, será mejor que la rana de san Antonio no te vea con nosotros...

—¿La rana de san Antonio?

—Ahora dígame, Muslera —Rocco, los agentes, el jefe de tren y Alberto estaban sentados de nuevo en el vagón 2 de primera clase—, ¿qué otras coincidencias tenemos entre este tren y los de los otros dos robos?

—Ninguna. El maquinista no es el mismo y además nunca abandonan la cabina del conductor. Los otros dos Frecciarossa también hacían el trayecto Milán-Roma sin paradas intermedias. Pero, aparte de los trabajadores, Luigi, el del bar de Caserta con el que no ha querido hablar, y el revisor... Por cierto, ¿quiere que lo mande llamar?

—No hace falta.

—Bien —continuó Muslera—, pues aparte de eso no hay más coincidencias.

Rocco se puso a mirar por la ventanilla.

—¿Cada cuántos viajes se limpian los trenes?

—¿En qué sentido? ¡Siempre! —respondió el jefe de tren.

—No, me refiero a los baños, el bar...

—Se hace por turnos.

—¿Y a éste cuándo le toca?

Muslera miró a Rocco.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque debo saberlo. Intuyo que después del viaje a este tren se lo llevarán para limpiarlo.

—Voy a que me informen. —Muslera se levantó del asiento.

Rocco se concentró en los agentes de la policía ferroviaria.

—Oídme bien. En cuanto lleguemos a Roma, tú —dijo señalando al de más edad— te pones detrás de Francesco Storti, el del ordenador. Cuando llegue a la cabeza del tren, lo detienes y te lo llevas a comisaría, pero, por favor, sólo cuando haya llegado a la cabeza del tren.

El agente asintió.

—¿Es él el ladrón? —preguntó Fumagalli.

—No está solo. Por eso no deben vernos cuando lo detengamos. Y tú —Rocco señaló al otro agente— te quedas con nosotros aquí en el tren.

—Recibido.

El jefe de tren regresó leyendo una hojita.

—Ha acertado, comisario…

—Subjefe. Soy subjefe.

—Disculpe. Ha acertado de lleno. El tren va directo a la plataforma de limpieza. ¿Sabe dónde está?

—Después de los andenes del este, ¿no?

—Exacto. En los cambios de aguja —le confirmó Muslera.

—Sí, pero yo no consigo averiguar quién es el cómplice —afirmó Fumagalli, que había intentado adivinarlo, evidentemente sin llegar a ninguna conclusión.

—Los cómplices. A uno todavía no lo conocemos, el otro es uno que apesta a manzana.

El tren se detuvo en la Estación Termini. Los pasajeros empezaron a apearse. Rocco y Alberto observaban a las personas apresurarse en dirección a la salida con su equipaje. Una ambulancia avanzaba despacio por el andén. Iban en busca de la pobre mujer. Su hijo se había levantado y esperaba en la puerta. La rana de san Antonio, cuyo nombre real era

Francesco Storti, pasó velozmente por debajo de las ventanillas. Hablaba por el móvil, Rocco imaginaba con quién.

—Bien. —El subjefe se dirigió al jefe de tren, que esperaba de pie cerca del cadáver—. Nosotros vamos a la cabina del primer vagón. Nos encerramos dentro. Nadie debe saber que estamos aquí.

—De acuerdo, señor. ¿Nos vemos en la estación?

—Nos vemos en la estación… —Les hizo una señal a Alberto y al agente, y juntos se pusieron en marcha para ir a encerrarse en el pequeño compartimento del jefe de tren.

—¿Y qué hacemos?

—Esperamos, Alberto.

—Pero yo querría bajar. Irme al hotel, darme una ducha…

—No, quédate conmigo.

—Qué coñazo. ¿Te he dicho ya que es la última vez que viajo contigo?

—Sí, ya me lo has dicho.

Transcurrió más de media hora. Después el tren, ya sin pasajeros, avanzó lentamente dejando atrás el andén. Rocco reconoció las casas del barrio de San Lorenzo, luego el tren se apartó hacia el muro de la estación, y dejó libres las vías para los trenes que llegaban. Se produjeron dos cambios de aguja que con mucho ruido hicieron girar el convoy hacia la izquierda. Desde la ventanilla, Rocco podía divisar el destino: una vía solitaria encajada entre dos andenes alargados en los que esperaban dos hombres. Detrás de ellos, una furgoneta parecida a un torito eléctrico con dos grandes cisternas.

—Vamos… —ordenó Rocco a Alberto y al agente.

Los tres hombres se pusieron de pie y, comprobando que no hubiera nadie, se acercaron a la puerta del vagón número 2. El tren se detuvo. Se desbloquearon las puertas y el maquinista

salió de la cabina. Con un guiño se despidió de Rocco, luego bajó del tren hasta el andén.

—¿A qué esperamos? —preguntó el anatomopatólogo.

—Vendrán al vagón 2.

—¿Por qué? —preguntó el agente.

—Porque el baño está averiado.

Fumagalli por fin sonrió. Lo había entendido.

Estaban conectando los tubos aspiradores del tanque de vaciado de aguas residuales con el conducto principal del baño químico. A lo lejos, a la cola del tren, otros tres hombres estaban ocupados en dicha operación. El motor diésel del remolque arrancó y la bomba empezó a aspirar.

—¿Cómo es que vaciáis los líquidos de un baño que está averiado?

Los dos hombres se dieron la vuelta de golpe. Luigi, el encargado de la limpieza, y un hombretón que manejaba la bomba se pusieron blancos al ver a Rocco Schiavone acompañado por un agente de policía y un tercer hombre.

—¿Cómo?

—Luigi, ¿por qué vacías un baño que prácticamente no se ha usado?

El hombretón junto a la bomba soltó el tubo y echó a correr entre la grava de las vías. Pero no llegó lejos. Seis agentes de la estación de Roma Termini, acompañados por el viejo policía de la ferroviaria, ya lo tenían rodeado. Luigi, sin embargo, se había quedado cerca del artilugio.

—¿Te importa apagar el motor, Luigi?

El muchacho obedeció. Luego agachó la cabeza.

—¿Dónde lo estabas vaciando? —preguntó Rocco.

—En el depósito, abajo...

Entonces Rocco se acercó al muchacho.

—Cabrón de mierda, maldita sea, pero ¿tú sabes la que has liado?

—Yo no me imaginaba que...

—¡Y una polla! —Le soltó un guantazo con la mano abierta que hizo dar un respingo al joven agente que estaba a su lado —. Está muerta, ¿lo sabes? Muerta, ¿lo entiendes, imbécil? —Luego se volvió hacia Alberto Fumagalli, que se había quedado allí presenciando la escena sin saber si intervenir o no—. Vámonos, Alberto. Llevaos a esta basura. —Y no se estaba refiriendo a las aguas inmundas de los baños químicos—. Acordaos de recuperar el botín de la cuba.

Rocco y Alberto lograron pasar por encima de los guijos hasta alcanzar finalmente el andén que los conduciría de vuelta a la estación.

—Te felicito —fueron las primeras palabras que pronunció el anatomopatólogo.

—Es la primera vez que me das la enhorabuena, Alberto.

—Era irónico, imbécil. Tú, si no le pones la mano encima a alguien, no estás contento; pero ¿el del ordenador qué tiene que ver?

—Es el cómplice. Date cuenta, las joyas las robó Luigi, desde el asiento detrás de la anciana. Pero desde allí no se llega hasta el fondo. Hacía falta un empujoncito al neceser, y lo dio nuestro amigo el del portátil. Siguió a la mujer, se sentó delante y actuaron. Él no debía estar en primera clase, si no ¿cómo me explicas que al jefe de tren, Francesco Storti, le apareciera su reserva en la plaza 18B del vagón 7?

—Ah, no se me había ocurrido.

—Y por ese motivo tú eres médico y yo policía. Es probable que el botín lo tuviera el tal Luigi, que luego lo echó en el váter. Y después de ver al cómplice aquí, en la plataforma de

limpieza de la estación, está claro que era una práctica que ya habían pulido. Roban, lo tiran en un baño, ponen el cartel de fuera de servicio para que no entre nadie, y al llegar a la estación recuperan el botín.

—¿Y son tres?

—Eso es. Uno que se mezcla con los viajeros y elige a la víctima; luego, el brazo que roba, y por último, los de la limpieza. Ahora me voy a casa, que tengo la reunión de vecinos. ¿Y sabes qué? Más me hubiera valido quedarme en Aosta para la fiesta de la policía.

—Nos vemos luego. Si me necesitas, llámame.

—¿Necesitarte para qué?

—¿No sabes que las reuniones de vecinos son el lugar donde los seres humanos tienden más a sacar lo peor de sí mismos? No me sorprendería si la cosa acabara con un muerto.

—Vete a oír tu concierto, anda, y cuídate.

Se separaron. Rocco se dirigió a las dependencias policiales de la estación y cayó en la cuenta de que aquella asquerosa historia le había quitado la alegría de haber regresado a su ciudad, aunque fuera para una reunión de comunidad, aunque fuera sólo durante medio día. Eso también tenía que agradecérselo a Luigi y compañía, el haber transformado una tocada de cojones de octavo grado en una de décimo grado con muerta incluida y papeleo que rellenar.

—Veamos, están presentes los señores Salmassi, los señores De Luca, la señora Caprini viuda de Ardenzi, el señor Guido Torre, el señor Schiavone, la familia Di Biase, el señor Capuano, notario... Veamos, las cuotas de participación las tengo aquí junto a las delegaciones de voto de los señores...

Rocco estaba sentado al fondo de la sala de reuniones, un espacio subterráneo que hacía las veces de sótano de la

comunidad y del que en más de una ocasión Guido Torre, el ex enfermero conocido como «el mierda», había intentado adueñarse, igual que ya había hecho con el piso en que habitaba, pero la testarudez y la perspicacia de la viuda Ardenzi se lo habían impedido. Miraba a los habitantes de su edificio como seres venidos de mundos lejanos, de dimensiones paralelas, de otras galaxias. No le importaba tener que apoquinar cincuenta mil euros, y tampoco que el administrador de la comunidad seguramente choricease encargándole la obra a una empresa de amigos suyos. Necesitaba darse una vuelta por Roma, ahora que el sol todavía estaba alto. Pasear por Trastevere, tomarse una cerveza, mirar el cielo y observar cómo las gaviotas les disputaban plazas y calles a palomas y cornejas. Quería sentarse a mirar a las mujeres, a los niños que jugaban en bici, escuchar las campanas que sonaban, comprar mecheros y calcetines a los africanos, fumarse un cigarrillo, llamar a sus amigos, organizar una velada en condiciones, charlar con Marina de esto y de lo otro entre los plásticos de los muebles. Se levantó como un resorte.

—Oiga, señor administrador, lo interrumpo un segundo.

—Dígame —respondió el otro, quitándose las gafas para mirarlo.

—Abandono la reunión, me importa bien poco la reforma, por muy cara que sea, y le encargo a Guido Torre que me represente...

—¿Yo por qué? —preguntó el mierda, que sospechaba de todo.

—Porque es usted tacaño, espabilado y se lo monta bien. Si ha conseguido adueñarse de una casa, seguramente sabrá defender sus intereses.

El hombre se puso de pie de un salto, pero Rocco se le anticipó:

—Mire que le estoy haciendo un cumplido. Sólo le pido una

cosa, señor administrador.

—Dígame.

—No más del tres por ciento. De lo contrario, se las verá conmigo, ¿entendido?

—¿El tres por ciento? ¿De qué? —preguntó el administrador, palideciendo.

—Me ha entendido perfectamente. Las obras costarán unos doscientos mil euros; digamos que si se embolsa más de seis mil, vengo a buscarlo. Y créame que lo haré.

—¿Me está usted acusando? —El administrador también se puso de pie de golpe—. Con lo que ha dicho, podría querellarme si quisiera, ¿lo sabe?

—Adelante. Luego vendré con la policía fiscal para echarle un vistazo a los papeles de su gestoría. Le va a tocar pagar las costas procesales y hasta reconstruirse una vida, porque si logra cabrearme, señor como se llame, le voy a destrozar la vida.

—Dice la verdad —intervino la viuda Ardenzi sonriendo al subjefe con cara de pilla—, así que, querido señor Carotenuto, le aconsejo que espere. Retomemos la reunión, ¡tendrá que vérselas conmigo! —Y acariciando su collar de oro antiguo le clavó los ojos fríos y malvados al administrador, que, asustado, volvió a sentarse.

—Cuánto la aprecio, señora Ardenzi —dijo Rocco, devolviéndole la sonrisa.

—Y yo, subjefe. Y como usted siempre dice: ¡cuídese!

Schiavone enfiló la puerta dejando atrás la reunión y las bocas abiertas del todo.

Se sentía exactamente igual que un baño químico, necesitaba una cuba que vaciara sus aguas residuales y lo limpiara de arriba abajo. Roma le serviría para ese fin.

EL ERMITAÑO

Un escalofrío a lo largo de la espalda, los martillazos en las sienes, la habitación que daba vueltas de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, las articulaciones doloridas que le crujían, oxidadas. Los síntomas hablaban claro. Hacía tres días que la veía venir, tenía poco apetito y la nariz se le seguía taponando de repente a pesar de que el aire de diciembre fuera seco.

Era la fiebre.

Abrió el cajón, miró los canutos ya liados. No le apetecían, ni tampoco fumarse un cigarrillo. Lo cerró de nuevo. Lo que necesitaba era un termómetro. Se levantó de la silla mientras *Loba* gruñía acurrucada sobre el silloncito de piel. Abrió la puerta de par en par y se asomó al pasillo.

—¿¡Hay alguien?! —gritó.

Faltaban unos pocos días para Navidad. Antonio y Deruta estaban de permiso. De su equipo quedaban Italo, Casella y D'Intino, que parecía no tener ni siquiera familiares con los que celebrar nada.

—Dígame. —Casella se asomó con cara de aburrimiento y cansancio.

—Casè, ¿por casualidad no tendrías un termómetro?

—No, pero seguro que Gambino tiene uno abajo, donde la Científica. Espere, que voy a ver. —Dio media vuelta y se encaminó hacia las escaleras.

Rocco volvió a entrar en el despacho. Se rodeó el pecho con los brazos y después fue a ponerse el loden, a pesar de que la calefacción estaba al máximo, pero no notó ninguna mejora. No ganaba nada tapándose, tenía el frío metido en los huesos.

Al otro lado de la ventana, el sol gris se escondía detrás de unas nubes preñadas que oprimían las cumbres de los montes. Allí arriba había empezado a nevar hacía un par de días. Motivo de alegría para los empresarios hoteleros de Pila, Champoluc y Courmayeur, que disfrutarían de una Navidad con nieve de verdad y no la que fabricaban en las pistas; y de angustia para Rocco Schiavone, que ya veía sus Clarks embarrados como trapos por el suelo. Tocó el cristal. Estaba frío. Decidió ir a tomarse un café de la máquina, quizá el calor de aquel brebaje lo ayudara a restablecer un poco la temperatura. Comprobó las monedas sueltas que le tintineaban en los bolsillos y abandonó el despacho. Bajó las escaleras hasta llegar al distribuidor. Italo estaba delante, esperando que la maquinaria acabase de vomitar el líquido marrón cloaca en el vasito de plástico.

—Buenos días, Rocco. —Lo miró atentamente—. Tienes mala cara.

—La tuya es preciosa.

—Quiero decir que te veo un poco pálido. ¿Te encuentras bien?

—No. Se me ha metido el frío en los huesos, me castañetean los dientes y cada diez segundos siento una puñalada gélida que se me clava detrás de las escápulas.

—Tienes fiebre. ¿Qué quieres, un té?

Rocco asintió.

—Oye, yo me voy a casa. Total, en el despacho hay calma chicha. Si pasa algo, me llamas.

—¡Señor! —la voz de Casella resonó a su espalda. Llevaba el termómetro delante de la cara, como si fuera una valiosa reliquia—. Aquí tiene, Gambino me ha dado esto. —Se lo tendió. Era un listón de vidrio con el mercurio oculto en un vial.

—De los antiguos... Está bien, muchas gracias, Casella —dijo Rocco mientras lo observaba.

—Es de veterinario —lo informó el agente.

—¿Qué quieres decir?

—Que es por vía rectal.

Rocco se quedó mirándolo durante un par de segundos mientras Italo le pasaba el vasito con el té.

—Pero, a ver, ¿tú eres tonto? ¡Yo quiero un termómetro normal!

—Esto es lo que tenía Gambino.

Rocco le devolvió el utensilio a Casella.

—Quita, quita, póntelo tú. Rectal ni rectal, ¿yo qué soy, un setter? —Tragó con asco un buche amargo de té al limón con sabor químico—. Esta porquería es imbebible.

Tiró el vasito medio lleno en la papelera y luego se dirigió hacia la salida.

Casella e Italo se quedaron allí.

—Pero ¿de verdad es un termómetro de veterinario?

—Gambino dice que son los mejores.

Maddalena se bajó del todoterreno. El último tramo tenía que hacerlo a pie. A más de mil metros de altitud, llevaban cayendo copos de nieve desde la noche anterior y a estas alturas las carreteras y los senderos se habían cubierto ya de nieve. Esperaba que Donato hubiese limpiado el caminito de la entrada. Agarrando las dos ollas y la bolsa llena de verdura y huevos, se acercó a la vieja capilla desacralizada que hacía años Donato había convertido en su vivienda. No salía humo de la chimenea. Las nubes bajas envolvían el bosque de alrededor y sobre el manto blanco los pájaros madrugadores y las liebres nocturnas habían dejado sus pequeñas pisadas. Abrió la cancelita de madera, que chirrió dibujando un pequeño rastro semicircular sobre la capa de nieve. En torno a la capilla no había huellas. Donato no había salido desde la tarde antes,

saltaba a la vista, pero el ventanuco al lado de la puerta de entrada estaba oscuro.

«Qué raro, sigue durmiendo —pensó Maddalena, y decidió que después de entregarle la compra encendería también la estufa de leña—. Empieza a hacerse viejo —se dijo, apartándose un mechón de pelo blanco que se le escapaba del gorro de lana—, y empiezo a hacerme vieja yo también.»

Llamó a la puerta. Llamó de nuevo. Bajó la manilla y la hoja de madera agrietada se abrió. Dentro parecía que hacía más frío que fuera. La embistieron el humo y el olor acre a quemado. En el suelo, al lado de los tres escaloncitos que conducían al pequeño rincón donde cocinaba, el cuerpo de Donato.

—¡Virgen santa! —gritó Maddalena.

Se abalanzó sobre el hombre tendido bocabajo, pero ya se había dado cuenta de que Donato Brocherel estaba muerto.

El termómetro digital que le había recomendado el farmacéutico emitió tres bips. En las instrucciones había leído que era aconsejable conceder al aparato unos segundos más en contacto con la piel. Se lo quitó y leyó la pantalla de cristal líquido.

—¡Treinta y siete con tres! —dijo en voz alta.

Tenía fiebre.

Se metió temblando bajo las mantas. Esta vez se había organizado. En la mesita de noche, una botella de agua, el móvil cargando, un paquete de pañuelos, el mando a distancia del televisor y la cajita de paracetamol de un gramo. Sólo tenía que beber y sudar, beber y sudar, y la fiebre desaparecería. En cuanto cerró los ojos para intentar dormir, sonó el «Himno a la alegría» de Beethoven. Esperó un instante, pero quien fuera insistía. Lo agarró. Era el número de la jefatura.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Soy Italo. —La voz grave de su agente no le gustó nada.

—No —dijo Rocco—. No quiero saberlo. Es martes, tengo fiebre y estoy malísimo. —Y colgó.

Pasaron unos segundos y el móvil sonó de nuevo. Respondió y se quedó escuchando.

—En Valpelline, cerca de Ollomont —continuó Italo, como si la llamada no se hubiera interrumpido bruscamente.

Rocco negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué me hablas? ¿Qué es Valpelline?

—Un valle. Tenemos que subir a más de mil cuatrocientos metros.

—Por encima de los ochocientos no es delito —repuso el subjefe—, es el nuevo artículo del código penal de Rocco Schiavone. Así que no vamos a ir.

—Pues tal vez no lo sea de verdad. Puede que se trate de una muerte natural.

—¿Te apuestas diez mil euros a cinco a que no es muerte natural?

—Donato Brocherel tenía setenta y muchos...

—¿Y qué? No, no voy a ir. Allí arriba nieva y seguro que pillo una neumonía. Ve tú y ponme al corriente.

—¿Que vaya yo?

—Que vayas tú. Llévate a Casella. Cuando llegues, antes de entrar, antes de hacer nada, me llamas y me cuentas todo lo que veas.

—¿Todo?

—Todo.

Decidió prepararse un té hirviendo. Una tocada de cojones de décimo grado así a bote pronto, temblando por la fiebre y sin energía era una canallada. El enésimo golpe de la adversa fortuna, que parecía divertirse a costa suya. Aprovechó para

darle de comer a *Loba* y luego, con la tetera llena y humeante, se acomodó en la cama, comprobó que la batería del móvil estaba cargada y esperó.

—Rocco, soy yo…

—Venga, cuéntame.

Oía los pasos del agente ahogados en la nieve.

—Pues hemos subido Casella y yo. Deruta ya ha llegado y está aquí, delante de la cancelita de entrada. Nieva y hace frío. —Italo respiraba jadeante.

—Joder, Italo, ¿a quién le importa el tiempo que hace? Dime lo que ves.

—La casa es una antigua iglesia pequeña, una especie de capilla, construida con muros en seco y con un jardín cercado por una valla de madera descolorida.

—Bien, sigue así, te veo inspirado. Ahora, antes de acercarte a la casita, dime qué ves.

—Hay una pequeña elevación en el tejado que en su día tal vez fuera el campanario, y de la chimenea no sale humo.

—¿Qué más?

—Pues hay huellas en la nieve que conducen a la capilla. De una sola persona, diría yo. Creo que son de la mujer que ha hallado el cadáver.

Rocco se empinó la botella de agua.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién, la mujer?

—No, tu abuelo.

—Maddalena Trochein. Ahora ha vuelto a su casa, un kilómetro más abajo.

—Fíjate bien en si hay huellas alrededor de la casa.

—No, nada. Nieve inmaculada. Aquí empezó a caer ayer por la tarde.

—Bien, avanza. Deruta y Casella que te sigan, que pisen más o menos donde tú pisas, en fila india, por favor. A ver, cuéntame un poco.

Italo tosió.

—Te cuento que debería dejar de fumar y retomar el deporte… Veamos, la puerta de entrada, pequeña, de madera vieja y gris. Un ventanuco a la derecha. Estamos entrando.

—No, a esos dos déjalos fuera.

Rocco oyó a Italo dar la orden a sus compañeros.

—Ya está, estoy entrando.

—Lo primero: ¿a qué huele?

Italo tosió de nuevo.

—A quemado. Y hay humo.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Aquí… en el suelo. La cabeza está… Oye, ¿puedo pasarte a Casella? Me están entrando ganas de vomitar.

—Pero me cago en… —Rocco dejó la botella en la mesita de noche. Se había olvidado de que el agente Pierron casi no soportaba los cadáveres ni las autopsias—. Pues pásame a Casella.

Oyó el trasiego, cómo se reabría la puerta, y luego la voz de Casella.

—Jefe, aquí estoy, he entrado yo. Qué peste a humo y a quemado.

—Dime lo que ves.

—En el suelo, el cuerpo de un hombre. Tiene sangre en la frente y también hay en las baldosas. Se ha golpeado el cráneo con un escalón, está claro. Creo que está en pijama, lleva calzoncillos largos de lana y una camiseta de manga larga.

—Cuéntame cómo es la casa…

Casella se tomó su tiempo. La estaba observando.

—Bueno, jefe, ¿empiezo con la descripción?

—Empieza, empieza.

—Pero, a ver, a mí es que no se me da muy bien... Bueno, yo lo intento.

Rocco oyó cómo el agente se aclaraba la voz, ni que hubiera tenido que hablar ante un público de cien personas.

—Es pequeña, todo es una misma habitación, de digamos unos veinticinco metros cuadrados, y con dos ventanas, una al lado de la cama, a la izquierda de la entrada, y una junto a la puerta principal. Luego, las paredes son blancas, pero se han vuelto grises y se ven las vigas encima del techo, que es bajo, de madera y ladrillos. Pegada a la pared de la izquierda conforme se entra está la cama, delante de la pared frente a la puerta hay sólo un viejo sillón, en la otra pared, digamos que a la derecha de la entrada, lo que hay es una especie de cocina. Empiezo por la cama, que es individual y tiene encima una manta de rayas de colores. ¿Quiere saber de qué colores?

—Me importa una mierda. Sigue. —Rocco escuchaba con los ojos cerrados, poco a poco la habitación iba cobrando forma. Tenía la boca seca y un montón de estrellitas viajaban en la oscuridad de sus párpados.

Casella continuó con la descripción.

—Al lado de la cama, ahí está, la estufa negra de leña. —Se oyó un ruido de chatarra—. Templada pero medio rota.

—¿Te has puesto los guantes antes de tocarla?

—No. Ya los tenía puestos...

—Muy bien, Casella. Por lo menos el invierno sirve para algo.

—¿Para qué, jefe?

—Para que no vayáis dejando las huellas de vuestras manazas cochinas por todas partes.

—Bueno, ya, pero tampoco es seguro que sea un caso de homicidio...

—Calladito, Casella, y continúa. Entonces, ¿la estufa?

—Está apagada, hay unas cuantas brasas dentro... En el

centro de la habitación hay una mesita, pequeña, con dos sillas. Encima de la mesa, una cucharilla de café. Las sillas tienen la anea deshilachada. Las baldosas del suelo son de piedra negra. Paso al lado de la mesita y me dirijo a la otra parte de la habitación, que, ya se lo he dicho, es toda la casa. Aquí está la cocina. Al lado está... —bajó la voz— está el cuerpo de Donato... Se la describo: un fregadero de piedra, viejo, y dos... ¿Cómo se llaman esas cosas redondas donde se enciende el fuego para cocinar?

—Fuegos —respondió Rocco.

—Eso, hay dos fuegos apoyados en un tablero de... Buh... Me parece que de madera... Hay dos vasos, una sartén, un escurreplatos y una botella de vino, aunque está vacía.

—¿Marca?

—Amarone.

—Vaya, vaya, vive como un ermitaño, pero con el vino no escatima. Vale, Casella, ¿el váter?

—Vamos allá, en el muro de la cocina hay una puertecita baja, hay que agacharse para... La abro... ¡Me cago en la puta! —gritó el agente.

—¿Qué pasa?

—Nada, jefe, me he dado un testarazo con el dintel. Sí, dentro hay un aseíto diminuto. No hay ducha ni tampoco bañera, aunque sí está la taza del váter y también el lavabo, con un trozo de espejo encima. Una especie de repisa colgada con alambre, una lata vieja de café con un cepillo y pasta de dientes dentro, ¿quiere saber de qué marca?

—Vuelve a la cama con la manta de rayas, Casella.

—¿Quiere ahora que le diga los colores?

—No, vuelve allí, idiota, ¡y continúa con la descripción!

—Voy.

Rocco acariciaba a *Loba*. Cerró los ojos de nuevo. La cabeza empezó a darle vueltas otra vez.

—Madre mía, esta fiebre... —murmuró—. Entonces, ¿qué ves?

—Bueno, pues cerca de la cama hay dos cajas de fruta, de esas de contrachapado, ¿sabe cuáles le digo? Dentro guarda libros. Uy... mira qué preciosidad.

—¿Qué es?

—Encima de la cama hay una viga de madera que aguanta el techo, ¿no? Pues está llena de exvotos. ¿Sabe lo que es un exvoto?

—Pues claro que lo sé.

—Muy vistosos, todos de plata, parecen estrellas.

—Ahora también somos poetas. A ver, dime qué más ves.

—Pues veo unas fotografías clavadas en la pared con chinchetas. Éste seguro que es él, más joven. Ésta se la hizo en carnaval, supongo.

—¿Por qué lo dices?

—Va vestido de cura. Pero es una foto antigua.

—¿De cura?

—Sí, lleva la cosa esa... el cuello blanco de plástico, la chaqueta y los pantalones negros, está al lado de una niña vestida de gato. Por eso digo que es carnaval.

—¿Algo más que te llame la atención, Casè? Fíjate bien...

—Otra foto... también antigua. ¿Está de pie con un obispo? ¿Un arcipreste? No sé... En la mano sostiene un bonito cuadro con una virgen...

—¿Qué más?

—Hay una con una tarta, la sacaron aquí, imagino. Sí, sí, esto es la cama, la habitación, sí, la sacaron justo aquí. Él está soplando las velas. Hay gente sentada aquí y allá... Luego hay una en la que parte leña fuera, en el jardín.

—¿Algo más?

Hubo una pausa. Rocco sólo oía el frufrú del uniforme y la respiración jadeante del policía.

—No, nada raro...

—¿Habéis llamado a Fumagalli?

—Sí, ya se ha encargado Curcio desde la jefatura...

—¿Quién coño es Curcio?

—Jefe, es un agente. El del pelo blanco. Da igual, total, usted los nombres no se los aprende.

—Me la suda Curcio. A ver, Casella, escúchame bien, hazle fotos a toda la habitación con el móvil, a todas las cosas que me has dicho. No te olvides de lo más mínimo. ¿Serás capaz?

—Pues claro, jefe.

—Muy bien. Despega las fotografías que has visto en la pared y tráemelas. Luego id a casa de la tal Maddalena que ha encontrado el cadáver. ¿Dónde vive?

—Un kilómetro más abajo, ¿voy con Italo?

—Sí, y que Deruta se quede ahí esperando a Fumagalli.

—Jefe, yo opino que ha sido un accidente —afirmó Casella —. ¿A quién le interesa cargarse a un pobre desgraciado como este viejo?

—Razón no te falta, Casè... Y si te digo la verdad, yo también lo espero. —Cortó la llamada.

La cabeza seguía dándole vueltas. Decidió que sería mejor tomarse la temperatura. Sabía que hacia el mediodía tiende a subir. El termómetro no tardó ni un minuto en ponerse a pitar. Treinta y siete y tres. Estable, pero fiebre en cualquier caso.

—Qué dolor... —murmuró tocándose las piernas—. *Loba* mía, la fiebre es un octavo grado total, te lo digo yo...

La perra bostezó aburrida.

—Señor, soy Italo, estoy con Casella en casa de Maddalena Trochein. ¿Quiere que le describa la casa?

—Pon el manos libres —respondió Schiavone aburrido—. ¿Señora? ¿Me oye? Soy el subjefe... ¿Usted encontró el cuerpo?

—Le… llevaba comida dos veces por semana. —Maddalena tenía una voz fina, entrecortada. Rocco se la imaginó delgada, con el pelo canoso y un pañuelo en la mano—. Donato no hacía la compra, no salía nunca si no era para ocuparse del jardín en verano y barrer la nieve o cortar leña en invierno.

A Rocco le daba la sensación de tener las manos y los pies hinchados y de que las mejillas le ardían como si alguien le hubiera estado dando bofetadas durante un cuarto de hora.

—¿Cuánto tiempo llevaba Donato viviendo ahí?

—Ya catorce años. —Oyó cómo Maddalena se sorbía la nariz y luego se la sonaba con un pañuelo.

—Y, dígame, ¿nació ahí? ¿Era de la zona?

—Sí. En Ollomont. Pero regresó hace catorce años, cuando tenía sesenta y uno.

—¿No tenía familia, hijos?

—No. Donato fue cura —respondió Maddalena—. Tenía su parroquia en Santhià. Hace catorce años colgó los hábitos y volvió aquí.

—A una capilla desacralizada. Bueno, por lo menos era coherente —comentó Rocco mientras *Loba* daba señales evidentes de necesitar un paseo—. Entonces, ¿no tenía a nadie?

—No, aparte de mí y de mi marido cuando viene a casa. Ahora está en Turín. Tendría que volver pasado mañana.

—Había renunciado a los votos —dijo Rocco meditabundo —. ¿Crisis?

—¿Quién podría saberlo? —respondió Maddalena—. Jamás me habló de eso, Donato era un hombre misterioso, pero en todos estos años me he dado cuenta de que algo se había torcido.

—¿Qué puede torcerse en la vida de un cura? —intervino Italo.

—Muchas cosas —respondió Rocco—, no es para nada cierto que los curas no tengan preocupaciones, Italo. ¿Me

equivoco, señora? Algunos las tienen, y tanto que las tienen. Mire, Maddalena, puede que Donato muriese a causa de un accidente doméstico, pero también puede que no... Dígame si frecuentaba a alguien abajo, en el pueblo.

—No, ya se lo he dicho, a nadie... ¿Usted cree que no se trata de un accidente? —La voz de la mujer se volvió un par de tonos más grave.

—No lo sé, señora Trochein, pero tengo un mal presentimiento. Ahora, dígame, ¿sabe a qué hora se acostaba Donato?

La mujer se tomó una pausa.

—Nunca más tarde de las nueve. Siempre se levantaba muy temprano...

—Casè, ¿tú has visto el cadáver?

—Sí...

—Entonces, refréscame la memoria: ¿tú crees que estaba en pijama?

—Ya se lo he dicho antes. Lleva puestos unos calzoncillos largos de lana y una camiseta blanca de manga larga.

—¿Por qué dice que no ha sido un accidente? —preguntó la mujer.

—No puedo responderle. Forma parte de mi trabajo, son detalles feos, sucios y siniestros que a los policías no nos gusta compartir con quien no es del gremio... Es todo por ahora. Ha sido usted de lo más amable.

Había llamado a Gabriele, que amablemente, por la módica cantidad de cinco euros, se había ofrecido a sacar a *Loba* de paseo una media horita. Calculando unas tres salidas al día, aquella fiebre que sentía que le mordía la medula ósea amenazaba con costarle un capital. Miró todas las fotos que Casella le había mandado. La casa parecía en orden. Sobre el

tablero de madera que hacía las veces de cocina había dos vasos, una sartén y algunos cubiertos en un viejo escurreplatos de metal. Una imagen le llamó la atención. En la pared encima de la cama saltaba a la vista la sombra clara que había dejado un cuadro o una fotografía.

No fue hasta bien entrada la tarde cuando el anatomopatólogo llegó a su casa. Rocco le abrió la puerta y se lanzó a meterse en la cama.

—Toma —dijo Fumagalli tirándole dos libros entre las sábanas—, así por lo menos te culturizas...

—¿Esto qué es?

—Unas historias estupendas de un colega tuyo, aunque él está en Sicilia y disfruta del calor, el mar y una cocina extraordinaria.

Rocco miró las tapas azules. Sonrió. Ya conocía a aquel comisario.

—Me cambiaría por él con los ojos cerrados. Lo único es que tendría que aprender siciliano.

—Déjalo, es bastante *camurriusu* —dijo el anatomopatólogo, recurriendo a un término en siciliano.

—De todas formas, ya me los he leído los dos.

—Pues léetelos otra vez, que daño no te va a hacer. Pero, bueno, ¿cuánta fiebre tenemos?

—Tengo, no tenemos. Yo me quedo en la cama y tú te vas por ahí a comprar libros de Camilleri.

—Bueno, pues ¿cuánta tienes?

—Treinta y siete con tres.

Fumagalli se echó a reír.

—¿Y a eso lo llamas tú fiebre?

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué es?

—Da igual, Rocco. ¡Con treinta y siete con tres uno va a trabajar!

—Vete tú —repuso Rocco con acento romano—. Y a ver,

¿me cuentas algo?

—Antes de que me olvide, éstas son las fotografías que el agente Casella despegó de las paredes de la casita... —Se metió la mano en el chaquetón y las dejó encima de la cama—. Nosotros a lo nuestro. A ojo de buen cubero yo digo que murió anoche, no más tarde de las once.

—¿Tropezó con el escalón y se rompió la cabeza?

—Eso parece.

Rocco se desperezó, lo recorrió un escalofrío y tiró de la manta hasta debajo de la barbilla.

—No puedo con mi alma... Tengo frío... —Extendió la mano y cogió un pañuelo de papel para sonarse—. A ver. —Se restregó los ojos como para ahuyentar una visión o sacarse una brizna del iris—. Volviendo a lo nuestro, tú no crees que haya muerto por la caída.

—No. Porque le he mirado la glotis y la tenía inflamada, con humo en la tráquea y la mucosa de los bronquios totalmente dañada. Resumiendo, déjame que te lo diga, nuestro hombre falleció por el humo, y de hecho todavía quedaba en la vivienda cuando entré.

—¿Me estás diciendo que se ha caído, se ha desmayado y luego la estufa lo ha matado?

—Eso es lo que digo. En mi opinión, un accidente. Y ocurrió anoche. La casa es pequeña, tardó poco en llenarse de humo.

Rocco miraba un punto fijo delante de él.

—¿Qué te pasa?

Pero Schiavone no respondió. Cogió el móvil y marcó un número.

—¿Michela? ¡Soy Rocco!

—Estoy aquí, en la capillita. Hostia, qué frío hace... —La voz de la adjunta de la Científica retumbó en el dormitorio. Rocco prefería hablar con el manos libres, sentía en los oídos un martilleo continuo y despiadado—. Bestial... Nada mal la

idea de vivir en una capilla desacralizada. ¿Por qué lo hacía? ¿De quién se escondía? ¿Lo perseguían?

—Michela, ni la CIA ni el Mossad tienen nada que ver con esto. Era un antiguo cura, tal vez sólo por la nostalgia. ¿Has analizado la estufa?

—En ello estamos.

—¿Es vieja?

—A ojo diría que tiene ya sus años. Pero lo que de verdad da asco es el tubo de lata que conduce el humo hasta el exterior. Ése sí que está para tirarlo. —Se oía cómo revolvían cosas, señal evidente de que los agentes de la Científica estaban trabajando.

—¿Qué capacidad tiene la estufa?

—Ni idea... Qué sé yo... Espera... ¡Ricci! Tú que entiendes de esas cosas, ¿qué capacidad crees que tiene la estufa?

—Más o menos para unos ochenta metros cuadrados... —respondió una voz lejana.

—¿Lo has oído, Rocco?

—Lo he oído. Bien potente. ¿Hay huellas fuera?

—Sólo en el caminito que lleva a la casa.

—Manda a uno al tejado.

—¿Para qué?

—Tú manda a uno al tejado y llámame cuando esté arriba.

Rocco cortó la llamada. Fumagalli lo miraba.

—No te sigo.

—Es sólo una idea. Imagínate la escena. Nuestro hombre se va a dormir. Y puede que cargue la estufa al máximo para que dure toda la noche. A eso de las diez se despierta. La casa está llena de humo. Tropieza, cae y se desmaya. Luego muere. Pero hay una cosa que no cuadra.

—¿El qué?

Rocco le lanzó el móvil.

—Busca las fotos que me ha enviado Casella. Mira dónde

cayó el cadáver.

—Lo sé, yo estaba allí.

—Pues entonces sabrás que el hombre no se dirigía a una de las dos ventanas, sino al rincón de la cocina, donde no hay ventanas.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—Con eso te digo que si uno se despierta con la casa invadida por el humo lo primero que hace es intentar abrir una ventana. En un espacio de pocos metros cuadrados donde nuestro hombre lleva años viviendo no hay lugar a equívocos.

—¿Y dónde te dejas el hecho de que estaba aturdido? ¿Mareado? ¿Y también que tenía ya una edad?

—Añade que en el escalón es poca la sangre que hay...

—Eso no significa nada. En la herida no se aprecia un gran desgarro.

—Será, pero comprobarlo no cuesta nada.

Gabriele regresó con *Loba* llevando el aire frío del exterior.

—Ha hecho dos pipís y una caca —dijo el muchacho mientras lanzaba la correa sobre la mesa de la entrada.

—Perfecto, chaval. ¿Esta tarde a las ocho y media le das otra vuelta? ¿Por otros cinco euros?

—Vale. Qué lástima que tenga fiebre —dijo—. Hoy mamá está en casa y podría presentársela.

—Tendrá que ser otro día, Gabriè, podría contagiarle la tremenda dolencia que me está dejando sin respiración. Es más, no os acerquéis, que vosotros también corréis peligro.

Fumagalli miró con una mueca a Gabrielle, que a punto estuvo de echarse a reír.

—Gabriele, hazme un favor —continuó Rocco—. Te doy el dinero y vas a comprarle croquetas a *Loba*. Cuando vengas luego, me las traes.

Sonó el móvil.

—Schiavone, soy Gambino... Oye, aquí pasa algo raro.

—Te oigo como si te faltara el aliento, Michela.

—Estoy en el tejado de la capilla. He preferido subir yo mejor. Aunque aquí, con la nieve, me descuido un momento y caigo de cabeza... Verás, miro la chimenea y está toda negra de hollín.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó Rocco suspirando.

—Pues que en la parte alta no hay hollín.

Rocco se rascó la barbilla.

—Explícate mejor.

—En una franja de digamos una veintena de centímetros alrededor del tubo se ve el metal. Como si alguien la hubiera limpiado a conciencia, ¿entiendes?

—¿A quién puede interesarle quitar el hollín de la parte superior de una chimenea? —Fue Gabriele quien hizo la pregunta, y a Rocco los ojos se le salieron de las órbitas, con agresividad.

—¿Quién está ahí contigo? —quiso saber Michela.

—Tenemos un detective nuevo —contestó el subjefe, lanzándole al chico una mirada torva—. Gabriè, haz el favor. Si te quedas aquí, estate calladito, y, si no, te vas a casa. —Gabriele agachó la cabeza—. Michela, ¿me oyes? ¿A quién puede interesarle quitar el hollín sólo de la parte superior de una chimenea?

—¡Yo lo he dicho primero! —protestó Gabriele.

—¡Te corto la yugular! —saltó Rocco.

—Eso digo yo —intervino Gambino—. ¿A quién puede interesarle? —preguntó al tiempo que el viento se colaba irrefrenable en la conversación—. ¿Cómo lo ves?

—Mal —respondió Schiavone—, muy mal...

Pasó una noche infernal. Durmió pocas horas y en esos pequeños lapsos de tiempo unas pesadillas punzantes e

hirientes le atormentaron el cerebro. Saludó con alegría al alba, que llegó pálida y demacrada. Lo primero que hizo fue cambiarse la camiseta empapada de sudor, luego se puso el termómetro y aguardó. Otra vez treinta y siete con tres.

—¡Nada, sigo con fiebre! —Se resignó.

Tambaleándose, fue a preparar su desayuno y la comida de *Loba*. Esperó media horita antes de ponerse el loden. Le enganchó la correa a la perra, embutió en el collar cinco euros y las llaves del apartamento y salió al descansillo. Ató a *Loba* al pomo de la puerta del vecino, llamó y rápidamente volvió a su vivienda mientras le encargaba a la perra:

—¡Pórtate bien!

Cuando oyó que Gabriele abría la puerta y *Loba* ladraba de alegría, se acostó de nuevo, ya más tranquilo.

• • •

Iba pasando en la pantalla las fotos de la capilla desacralizada, última morada de Donato Brocherel. A estas alturas se había convencido de que la muerte del ex cura no se debía a un accidente. Pero ¿a quién puede interesarle cargarse a un viejo sacerdote solitario, pobre, que se había aislado del mundo? ¿Qué podía poseer que fuera tan interesante y valioso?

Le refirió esas mismas preguntas al agente Italo Pierron, que había pasado a recibir órdenes y a llevarle la compra.

—Yo no lo sé, Rocco. ¿Cuáles son tus sospechas?

—No tengo, llevo desde anoche vagando en la más absoluta oscuridad. Esta de aquí no me convence. —Le pasó el móvil a Italo. Era una de las muchas fotos tomadas por Casella. Encuadraba la pared detrás de la cama, donde una mancha clara rectangular indicaba que allí una vez debió de haber un

cuadro, o una fotografía—. Es como si hubieran quitado algo.

—Pero ¿tú crees que un pobre desgraciado puede poseer algo de valor? ¿Y encima va y lo guarda en esa chabola? —comentó Italo—. Si hubiera sido un cuadro valioso, lo habría vendido y se lo habría gastado, ¿no? Puesto que ni siquiera tiene ni hijos a quienes dejarles la herencia.

—Tienes razón. —Schiavone volvió a coger el teléfono—. Pero es que mira ésta, Casella la despegó de la pared... —Tendió la foto a Italo.

Retrataba a Donato Brocherel con apenas cincuenta años al lado de un alto prelado. Estaba sonriente y sujetaba entre las manos un cuadrito de una virgen con velo.

—Parece una pintura bonita —comentó Italo—. Aunque yo de arte no tengo ni idea.

—Tú no, y puede que yo tampoco. Pero ¿qué es lo que haces ahora?

Italo lo miró descolocado.

—No lo sé... Estoy sentado en la cama y hablo contigo.

—Error. Ahora coges el coche, te vas al Fuerte de Bard y hablas con el profesor Agenore Cocci, que te estarás preguntando quién es...

—¡Pues sí!

—Es el comisario. De arte sabe de sobra. Que te dé su opinión. ¿Podrás hacerlo?

Italo asintió. Cogió la fotografía, se levantó y abandonó la casa de Rocco.

Se tomó la temperatura. No tenía remedio, seguía con treinta y siete con tres. Aquella maldita gripe no lo soltaba, como el mordisco de un pitbull. Decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse metido en la cama mirando el techo a la espera de que el sueño lo venciera. Un nuevo escalofrío le aconsejó que se escondiera como una tortuga bajo las mantas. Luego se quedó dormido.

—Treinta y siete con tres no es fiebre —me dice Marina—. ¿Será posible que vosotros...?

—¿Quiénes serían esos vosotros? —le pregunto yo.

—Los hombres. En cuanto tenéis un par de décimas, hacéis testamento. ¡Vamos, Rocco, levántate!

Da un manotazo en la cama. Pero yo no soy capaz ni de abrir los ojos. ¿Qué es esta cosa peluda? Ah, es Loba*, se ha subido a la cama. ¿Qué es esta cosa húmeda?... Tiene las patas mojadas. ¡Qué coñazo*!

Abrió los ojos. Marina no estaba y no estaba tocando a *Loba*, sino los labios de Gabriele, que se había tumbado a su lado en la cama.

—¡Qué asco! —gritó alejando la mano de la cara del muchacho, que sonreía.

—Le he traído la perra. Está ahí en el sofá. ¿Quiere comer algo?

—No. Tienes que irte. ¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde. Se ha echado una buena siesta. —Le entregó el móvil—. Debía de estar cansado. Su teléfono llevaba un rato sonando. Me he permitido mirar el número. Lo tiene guardado en la agenda como «tocahuevos». ¿Que vendría a ser...?

Schiavone le arrebató el móvil de las manos a Gabriele.

—Eso es asunto mío. —Lo comprobó. Tocahuevos había llamado tres veces. Resoplando, marcó el número—. Señor, soy Schiavone.

—Ah, llevo un buen rato intentando localizarlo —respondió el jefe—. El agente Pierron ha ido a su casa, pero no le ha abierto. Así que me ha informado a mí. Al parecer estaba usted en lo cierto.

—¿En qué sentido?

—Agenore Cocci dice que conoce la obra. Hace muchos años Donato Brocherel la encontró en la capilla desacralizada, que era propiedad de su familia. Fue a verla un alto prelado de la archidiócesis, salió un artículo en el periódico. Cocci la examinó, es de Francesco Albani. ¿Lo conoce?

—No tengo el placer.

—Normal, teniendo en cuenta que murió en 1660. Pese a que el pintor era más famoso por sus pinturas de temática mitológica, ese cuadro ronda los treinta mil euros. Por lo tanto, dado que usted sigue en casa...

—Tengo fiebre.

—... y no viene al despacho —continuó Costa sin escuchar la objeción de su subalterno—, he enviado a Gambino en busca de ese pequeño lienzo. Y por ahora nada. En su opinión, ¿podría ser ése el móvil del homicidio? Porque creo haber entendido que es así como usted califica el accidente de Ollomont.

—Es una pista sobre la que estoy trabajando.

—¿Desde casa?

—Desde casa.

—Si ésa es la causa del crimen, el homicida tiene los días contados. ¡Basta con vigilar los mercados del arte para pescarlo!

—No se piense que es tan fácil, señor Costa. No creo que lo saque a subasta.

—Schiavone, lo espero en jefatura.

Gabriele se había levantado para acercarse a la ventana.

—Se ha puesto a llover —dijo con las manos detrás de la espalda—, allí arriba estará nevando —añadió con tristeza—. Odio la nieve. Significa que empieza de nuevo la temporada de esquí, y odio esquiar.

—Pues no esquíes.

—De pequeño era una promesa. Luego me fracturé la rodilla

derecha y los ligamentos de la izquierda, y ahí se acabó todo. Tampoco es que me dé pena, pero a mi madre sí, era a ella a quien le importaba. Así que de vez en cuando por la tarde subo a Pirla. Más por contentarla que por otra cosa. Cuántas cosas se hacen por contentar a los demás. —Se dio la vuelta—. ¿Cree usted que es un error?

Rocco asintió.

—A veces hay que decir «no». Sobre todo a las personas que amamos. Si no nos gusta algo o ese algo nos cuesta demasiado, debemos tener la fuerza suficiente para decir «no».

—¿Podría usted soltarle este discurso a mi madre?

—No.

• • •

Lo único que no cuadraba era la complejidad del homicidio para robar tan sólo un cuadro. Una casa semiabandonada, sin ni siquiera cerradura y con un viejo dentro, débil y solo. Habría bastado con colarse a escondidas de noche o bien aprovechar el momento en que estuviera en el bosque buscando leña, retirar el cuadro y largarse silbando como si nada. Matarlo asfixiándolo con humo era demasiado. Detrás de la muerte de Donato Brocherel había algo que no podía ser una pequeña pintura que a saber cómo había ido a parar a aquella capilla desacralizada. Algo que no tenía nada que ver con el presente, Rocco se iba convenciendo de ello a medida que avanzaba la tarde y la luz diáfana de diciembre menguaba apagándose como una vela.

Era algo del pasado.

Italo se había puesto cómodo en una silla al lado de la cama con el portátil del despacho conectado al wifide Gabriele.

—Búscame el número de la parroquia de San Genesio, en Santhià —le ordenó Rocco.

El agente tardó menos de treinta segundos en encontrarlo.

—Subjefe Schiavone... Policía de Aosta. ¿Quién se encuentra al mando por ahí?

Hubo un silencio.

—¿A qué se refiere? —respondió una vocecita delicada como papel de seda.

—¿Quién es el sacerdote?

—Soy yo, el padre Domenico. ¿A qué se debe el honor?

—Padre, estoy investigando un desagradable suceso ocurrido en Ollomont, a pocos kilómetros de Aosta. Está implicado un sacerdote, me corrijo, un ex sacerdote que hace tiempo estaba ahí, en San Genesio. ¿Conocía usted a Donato Brocherel?

—Ay, señor... ¿Al padre Donato? ¿Por qué dice «conocía»?

—Por desgracia ha muerto en circunstancias poco claras.

—Pobre Donato... Pobre Donato...

—Por lo tanto, lo conocía...

—Sí, claro. Era un sacerdote estupendo. Sus sermones, ¿cómo podría olvidarlos? Cargados de humanidad, de amor al prójimo. Piense que hace ya muchos años organizó una asociación para atender a los pobres. Todas las noches recorría bares y restaurantes para que le regalaran toda la comida que les sobraba y así dar de comer a aquellos pobrecitos. Era un santo, mire usted, un santo.

—¿Qué ocurrió luego?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué colgó los hábitos?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Rocco sólo oía la respiración del sacerdote.

—¿Padre Domenico?

—¿Sí?

—¿Ha oído la pregunta?

—Claro que la he oído. Un hecho lamentable. Hace muchos años el padre Donato fue…

—¿Fue?

—Fue excomulgado *latae sententiae*.

—Han pasado demasiados años desde que estudiaba latín. ¿Me refresca la memoria?

—La sede apostólica puede excomulgar a un sacerdote *latae sententiae* por diversos motivos: profanación de la hostia, facilitar el aborto…

—¿Es eso lo que hizo Donato?

—No. Su caso fue distinto. Violó el sigilo sacramental.

—Entiendo. ¿Se acuerda usted de en qué consistió el asunto?

—No, no me acuerdo. Sucedió en el noventa y nueve, pero no llegué a conocer los pormenores. ¿Cree que…?

—Padre Domenico, yo no creo nada. Estoy intentando comprender qué ocurrió. ¿Puedo molestarlo en el caso de que fuera necesario?

—Me tiene usted a su disposición. —Y cortó la comunicación.

Había algo en la voz del sacerdote que no convencía a Rocco. Alguna vacilación, un par de suspiros, no era gran cosa, pero al apoyar el móvil en la mesita de noche le dio la sensación de que el clérigo le había ocultado algunos detalles.

—¿Has averiguado alguna cosa? —le preguntó entonces Italo, que había notado la mirada seria y reflexiva de su superior.

—Nada, lo has oído tú también, ¿no? Pásame el termómetro… —Extendió una mano.

Italo se estiró hacia la otra mesita de noche y se lo alargó.

—Cuando yo iba a catequesis también excomulgaron a un cura de la parroquia, ¿sabes?

—¿Y por qué? —preguntó Rocco metiéndose el termómetro debajo de la axila.

—Desapareció de la noche a la mañana. Mi padre estaba convencido de que lo habían trasladado, pero corrían rumores de que lo habían obligado a colgar los hábitos. Según dicen, le había dado la absolución a uno que tenía una amante. ¿No te dan ganas de reír?

—O sea, ¿que el tipo confesó que le ponía los cuernos a la mujer y el cura le dio la absolución?

—Eso decían. No se puede, va en contra del sexto mandamiento. ¿Sabes cuál es?

—¿No le pondrás los cuernos a tu mujer?

Italo sonrió.

—Un poco más elegante, Rocco. Reza así: «No cometerás adulterio.»

—Treinta y siete con tres, siempre tengo treinta y siete con tres. Pero ¡¿cómo coño va a ser esto?! —gritó, quitándose el termómetro de la axila—. ¡No baja nunca! Lo sabía, y además tengo escalofríos y un horrible sabor de boca.

—¡A ver! —Italo observó el objeto—. Pero ¿no lo bajas tú?

—¿El qué?

—¿Ves este botoncito de aquí? Tienes que pulsarlo. Se queda en cero y luego te lo vuelves a poner. Ya está, prueba ahora. —Se lo devolvió.

Rocco se lo metió de nuevo debajo del brazo y se quedó esperando. Llamaron a la puerta.

—Voy yo. —Italo se levantó de un salto para ir hasta la puerta.

Además del aire frío del exterior, entraron Fumagalli y Michela Gambino.

—¡Buenas! —La mujer estaba sonriente, miraba a su

alrededor—. Bonita casa...

—No creo que pueda aguantarlos a los dos juntos —murmuró Rocco a media voz.

Italo sonrió.

Fumagalli se colocó a los pies de la cama.

—Y, sin embargo, aquí estamos, en la cabecera del moribundo para darle la extremaunción. Agente Pierron, conociendo su idiosincrasia con los cuerpos carentes de vida, le aconsejaría que se alejara de esta habitación.

—Es verdad —convino Italo—, pero intentaré resistir.

—Rocco, ¿has blindado puertas y ventanas? —preguntó la adjunta de la Científica.

—No, Michela...

—Espiarte sería un juego de niños —comentó ella, sonriendo con la boca chica.

—Bueno, Rocco, esta chavala y yo tenemos noticias. ¿Quieres oírlas?

—No veo la hora, Alberto.

—Empiezo yo. He encontrado una buena cantidad de somníferos en la sangre. Bastante potentes, te aviso. ¿Y quieres saber qué?

—En el fondo de la botella de vino que había en la mesa todavía quedaban —añadió Gambino.

El termómetro se puso a pitar. Rocco lo observó: treinta y seis con tres.

—¿Cuánta tienes? —quiso saber Alberto.

—¿Qué coño te importa? ¿Somníferos?

—Flunitrazepam. Fluorofenil, metil...

—Vale, vale, lo he entendido. Buena noticia —dijo Rocco, dejando el termómetro en la mesita de noche—. ¿Algo más?

La adjunta y el patólogo se miraron.

—No. Pero me parecía importante. ¿Empiezas a sacar algo en claro? —le preguntó Alberto.

—¿Yo? Sí. —Rocco sonrió a ambos con satisfacción.

—Pero ¿tiene algo que ver ese cuadro? —preguntó Michela.

—No, en mi opinión ese cuadro no es más que un contratiempo.

—¿Lo ves, Michela? —Alberto se dirigió a la adjunta de la Científica—. Nuestro hombre es un tipo misterioso, se guarda la información para él solito. Fascinante, ¿no crees?, el método de investigación: en pijama directamente desde la cama de su casa y empleando nada más que la *res cogitans*.

—¿Tú crees? En mi opinión no se está enterando de un carajo —observó Michela.

—Por favor —dijo Rocco indicándole a ambos la puerta de salida.

Italo, a estas alturas metido totalmente en el papel de mayordomo, les mostró el camino con una reverencia.

• • •

—Tienes que investigarme una cosa.

El agente Antonio Scipioni, que acababa de regresar de su breve permiso, escuchaba con los brazos cruzados de pie junto a la ventana. Dado que por tercera vez el termómetro le seguía mostrando la misma temperatura, treinta y seis con tres, Rocco había decidido salir de la cama y se había acomodado en el sofá del salón, con *Loba* acurrucada a su lado. Fuera llovía que era una bendición.

—¿Qué necesitas?

—Que me vayas a espulgar artículos viejos...

—¿Dónde?

—Hay un bisemanario, se llama *La Sesia*. Es de Vercelli. Italo, ¿has encontrado la dirección? —preguntó volviéndose

hacia Italo, que estaba sentado a la mesa de la cocina, tecleando en el ordenador.

—¡Sí, sí, encontrada!

—Antò, date una vuelta y busca artículos entre 1998 y 1999 que tengan relación con Santhià.

—Recibido. ¿Con cuánto tiempo cuento?

—El que te haga falta.

—A ver, Rocco, ¿puedes ser un poco más preciso?

—No lo sé ni yo. Concéntrate en la crónica de sucesos. Y fíjate en si hay algo relacionado con Donato Brocherel.

—¿El muerto de Ollomont?

—El mismo, o con la curia, o con la parroquia de san Genesio. Mira también las noticias que te parezcan raras, y tráeme el material.

Antonio se levantó de la silla.

—Y tú, ¿cómo te sientes? ¿La fiebre?

—Ahora tengo treinta y seis y medio.

—Ya no tienes, así que puedes salir.

—Eso lo dirás tú. Salgo con esta lluvia y seguro que recaigo…

Italo se acercó y le entregó la nota con la dirección a Antonio, que se marchó del piso.

—Y tú, Italo, me vendría bien que subieras a Ollomont.

—¿Qué tengo que hacer?

—Mañana por la mañana vas a casa de la señora Trochein. Comprueba si sabe algo del cuadro. Luego persónate como un solo hombre en casa de Donato. Busca papeles, apuntes, lo que sea.

—Seguro que me encuentro con los de la Científica.

—Pues tú ponte los guantes de látex, los cubrezapatos y listo. Gambino es rara, pero no muerde.

Se había puesto a ver una película de guerra en la que un gordinflón con el pelo engominado vencía a pecho descubierto a cientos de terroristas de un estado árabe no identificado. No logró aguantarlo más de veinte minutos. Fue saltando de un canal a otro pasando de una tertulia política a un concurso hasta que por fin dio con un partido de la *premier league* inglesa. Se quedó dormido en el decimoséptimo minuto del primer tiempo.

A la mañana siguiente se sentía mucho mejor. Ya no le dolían las articulaciones, habían desaparecido los golpes de fuelle en las sienes, hasta la respiración le parecía más profunda y liberada. Decidió que era oportuno dar la bienvenida a su nuevo estado de forma con un buen cigarrillo después del café. Gabriele, por cinco euros más, había bajado a *Loba*, la lluvia había dejado las aceras relucientes como la piel de una foca y las nubes corrían como golondrinas en lo alto. De vez en cuando, un rayo de sol se asomaba para iluminar la ciudad. Encima de las tiendas parpadeaban las lucecitas de colores y los Papás Noel con sus trineos destacaban en los escaparates. Le habían dicho que merecía la pena visitar el mercado navideño en el teatro romano, pero Rocco odiaba la Navidad, los mercadillos y sobre todo las cancioncillas que sonaban una y otra vez en los carillones deseando una blanca Navidad o entonando himnos al son de las campanas. Italo llegó pasadas las diez de la mañana. Se lo encontró vestido y afeitado leyendo el periódico delante de un tazón de café humeante. El agente estaba arrecido de frío.

—En Aosta no se está mal del todo, pero allí arriba hace un frío que pela. —Se quitó la cazadora—. ¿También hay café para mí?

—Basta con que te lo hagas.

Italo fue hasta el fregadero y empezó a trastear con la cafetera.

—Bueno, pues entre los papeles del viejo sacerdote he encontrado unas cartas. Pero no son cartas, parecen más bien apuntes con ideas. Hay citas de la Biblia, oraciones, o eso es lo que yo he entendido. Escribía hasta en latín…

—¿Me las has traído?

—Sí, las tengo en la cazadora. He tenido que luchar para arrebatárselas a Gambino, pero al final me he salido con la mía. Luego he ido a casa de Trochein y le he contado lo del cuadro. Ella no recuerda nada, dice que nunca lo ha visto o por lo menos que nunca se ha fijado. —Puso la cafetera en el fuego —. ¿Vuelves a la jefatura?

—Hoy no. Es raro.

—¿El qué?

—Que no se haya fijado. En el cuadro, digo. Estaba encima de la cama, en cuanto entras en la casita es lo primero que ves. Ella dice que hacía años que le llevaba comida a Donato. ¿No te parece curioso?

—Tal vez llamaba a la puerta, le daba las cosas y se marchaba.

Rocco soltó el periódico, se levantó y fue a coger las fotografías que Casella había despegado de las paredes de la casa de Donato.

—Fíjate en ésta. —Le entregó una a Italo—. ¿Lo ves? Esta foto en la que aparece con una niña vestida de gato…

—Sí, se la harían en carnaval…

—Eso espero. Luego hay otra de él fuera de la casa partiendo leña…

—Sí…

—Luego hay otra dentro de su casa. ¿Lo ves? Con la tarta, las velas…

—¿Su cumpleaños?

—¿Quién es la que está sentada en la cama junto a un hombre entrecano?

—Es Maddalena Trochein.

—¿Es ella? ¿Y qué ves encima de la cama?

—El cuadro de la virgen…

Rocco volvió a coger todas las fotografías.

—Está saliendo el café.

Italo fue corriendo a apagar el fuego.

—Que la tipa nunca se haya fijado en el único cuadro de esa casa tan pequeña, que además es hasta bonito, no me lo creo.

—¿Crees que…?

—Yo no creo nada. Venga, tómate el café. —Agarró el teléfono y llamó a Antonio—. Antò, ¿tienes novedades?

—Llevo aquí desde esta mañana temprano. Mira, por ahora he encontrado algunos artículos interesantes de sucesos. —Se oía un lejano cacareo y a alguien tecleando en un ordenador—. Son todo cosas de 1998. Ahora paso a 1999. Supongo que no acabaré antes de esta tarde.

—Está bien, Antonio. Te espero en mi casa.

—¿Sigues con fiebre?

—Sí —mintió, y colgó.

Cogió los papeles del sacerdote. Italo tenía razón, eran apuntes, ideas, desahogos de un hombre solo.

Juan 1, 8. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.

¿Qué es el pecado? Santiago 4, 17 dice: El que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, comete pecado. Pero ¿qué es lo bueno? ¿Lo bueno es callar? ¿Lo bueno es hacer que el mal no sea punible? Pero el mismo Juan dice que el pecado es una violación de la ley. Y yo la he violado. La he violado por hacer el bien. Yo perseguía el bien, y he pecado. Pero bastaría con leer Moisés 6, 57. Es preciso que todos los hombres se arrepientan. Porque todos somos pecadores. Pero no basta. No basta… No basta…

Eclesiastés 7, 20. No hay en la tierra nadie tan justo que siempre haga el bien y nunca peque. ¿Entonces? ¿Tan grave es, mi señor? ¿Tanto para que ya no me abraces?

…

Esta mañana nieva, a copos, y ni siquiera los gorriones salen de los agujeros de los árboles. Ha amainado el viento. Me miro al espejo y ya soy viejo. Pero estoy contento. Porque me queda poco, lo sé. Debo acordarme de Maddalena.

…

No podía quedarme callado. No podía. Había un inocente de por medio. Debía hacerlo.

Siempre supe que acabaría aquí, solo, pero espero porque mi Señor lo sabe, a Él me he confesado, a Él le he hablado, Él lo sabe.

…

Y otro día se fue, su música se agotó. ¿Cuánto tiempo ha pasado y pasará?… Qué bonita canción. Me arrepiento de lo que he hecho, no me arrepiento por todo lo que ha ocurrido… Era justo que así fuera.

Rocco se frotó los ojos. Había caído la tarde. Aquella letra menuda, aquella carrera detrás de ideas inconexas de un hombre en profunda crisis lo había agotado. Antonio y las pizzas llegaron como un premio inesperado y nunca antes tan grato.

—Bueno, Rocco. —Abrió una carpetita transparente que había llevado y depositó un montón de fotocopias sobre la mesa de la cocina—. Aquí tienes. Esto es lo que he encontrado. Han sido amables y me han ayudado.

Rocco observaba en silencio la pila de folios y masticaba la pizza cuatro quesos. Antonio le dio un trago a la Ceres.

—No sé si será suficiente. En realidad sólo ha habido dos crímenes en Santhià. La muerte en su casa de una niña, que al final resultó ser un homicidio, y un atraco en un chalé que salió mal y en el que la diñó un matrimonio de jubilados. Luego, las típicas historias de trapicheo, un par de robos en la cámara acorazada de una joyería, una fuga de gas que hizo saltar un

piso por los aires y el clásico concejal que descubren que está en el ajo y lo detienen seis meses después.

—Me los miro uno por uno.

—¿Tú tienes novedades?

—Nada. Al jefe dile que estamos siguiendo una buena pista.

—¿Cuál?

—¿Y yo qué coño sé? Tú dile eso... Y oye, esta pizza no está nada mal.

Amaneció con los artículos seleccionados por el agente Scipioni de entre los archivos del periódico. Archivó el atraco con violencia de los dos jubilados. Fueron los carabineros, al cabo de seis meses, quienes detuvieron a una pareja de bandidos que tenían la costumbre de hacer visitas nocturnas a casas apartadas fáciles de saquear. Lo intrigó el caso de Lalla Seppiè, la niña de siete años a quien su madre encontró muerta por un accidente doméstico. Lo impresionó la similitud con el caso de Donato Brocherel. Entre otras cosas, porque a la niña también la encontraron en el salón con la cabeza destrozada, por culpa de una caída contra una mesita de cristal. La desgracia tuvo lugar en octubre de 1997. Las investigaciones, al menos según informaba el periódico, se detuvieron enseguida. Luego, seis meses más tarde, en abril de 1998, arrestaron al padre, Bernardo Seppiè. Pero ningún artículo explicaba las circunstancias, tan sólo que al tipo le habían caído veinte años por homicidio. Y por haber intentado hacerlo pasar por un accidente doméstico. El único nombre que podía proporcionar un hilo del que tirar era el del capitán de los carabineros que efectuó la detención, Fulvio Cirinnà. Si no había cometido ningún error, después de quince años sería ya por lo menos comandante, si no teniente coronel. Tenía que llamar a los primos.

Había dado en el clavo. Fulvio Cirinnà era comandante y estaba en Roma, en el Senado. Había llegado lejos, el capitán, y después de varios intentos, a las diez de la mañana, la voz del oficial del cuerpo de carabineros sonó en el móvil de Rocco.

—Dígame, señor Schiavone, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Le ruego que dé un salto atrás en el tiempo y haga memoria... Se trata de un caso que usted resolvió en 1998, en Santhià.

—Pues... Pues... Déjeme recordar... Se trata de los robos a...

—No, no es eso, comandante. El caso de la pequeña Seppiè.

—Ah, sí, claro, cómo no. ¿Quién podría olvidarlo? Detuvimos al padre, se había ido de rositas.

—Eso es, ¿recuerda usted los detalles? ¿Cómo llegaron hasta el padre?

—Claro que lo recuerdo. A mí la historia del accidente nunca acabó de convencerme. Había bastantes cosas que no cuadraban. Sobre todo no cuadraba el hecho de que la niña estuviera sola en casa a esa hora. Tendría que haber estado con el padre, que, sin embargo, declaró, creo, que lo habían convocado urgentemente en el despacho. Era arquitecto, trabajador autónomo. Al preguntarle por qué no se había llevado consigo a su hija, me respondió que la madre no habría tardado ni media hora en regresar de Vercelli y que era una niña espabilada que se las arreglaba muy bien sola. Pero, mire, la pequeña se había destrozado la cabeza contra una mesita de cristal haciéndolo mil pedazos. Y no cuadraba. Era cristal templado. Hicimos pruebas con uno parecido, y para romperlo fueron necesarios tres buenos martillazos. Para más inri, en la herida había poquísimos restos de polvo de cristal.

—¿Una farsa? —En ese momento llamaron a la puerta. Rocco se levantó y fue a abrir. Era Italo, que se quitó la cazadora y se sentó a escuchar.

—Estaba convencido, pero la coartada del padre se sostenía.

Y no había evidencias de violación de domicilio. Luego llegó un chivatazo.

—¿De quién? ¿Lo recuerda?

—Anónimo. Que acusaba a Bernardo Seppiè y denunciaba su coartada.

—¿En qué sentido? —preguntó Rocco, haciéndole a Italo un gesto para que le pasara un cigarrillo.

El agente, resoplando, obedeció.

—Que la secretaria era su amante y lo había encubierto.

—Comandante, ha sido usted de gran ayuda, se lo agradezco.

—¿Me puede decir por qué le interesa esta historia?

—Tal vez esté relacionado con un suceso ocurrido aquí. Sólo tal vez, pero no lo descarto.

—Pues entonces le deseo toda la suerte del mundo, señor.

—¡Toco madera! —Rocco dio una calada, luego, con cara de asco, apagó el cigarrillo en el cenicero—. ¡Menuda mierda fumas, Italo! Bueno, pues me hace falta, Baldi.

—¿Puede saberse qué...?

—¡No me interrumpas y vete a comprar tabaco digno de llamarse así!

—Bernardo Seppiè... se chupó catorce años, se le perdonaron cinco por buena conducta y por la ley Gozzini. Cumplió su pena en el centro penitenciario de Viterbo... Salió el... el... —Rocco oyó que Baldi pasaba las páginas—. Aquí está. El 30 de noviembre de este año. ¿Puedo saber el porqué?

—Se lo diré pronto, señor Baldi. Por ahora le doy las gracias.

—Schiavone, sé que está usted enfermo en casa y con un caso por resolver.

—Sí, pero estoy trabajando. Hoy ya no tengo fiebre. Pronto

volveré al ruedo.

—Lástima —dijo Baldi desconsolado, y colgó.

Italo lo miraba en silencio, como si contemplara un espectáculo teatral. Brazos cruzados, sonrisa en los labios, parecía estar disfrutando mientras Rocco recordaba un número de móvil.

—Dios bendiga al inventor del manos libres —le comentó Rocco al agente—. ¿Padre Domenico? Soy Rocco Schiavone, jefatura de policía de Aosta.

—Buenos días, señor. ¿Tiene novedades? ¿En qué puedo ayudarlo? —La vocecilla delicada del prelado retumbaba en el piso de Rocco.

—Era sólo para saber si Bernardo Seppiè era uno de sus parroquianos.

El sacerdote tomó aire.

—Aquella horrible historia... Sí, Bernardo frecuentaba esta iglesia. ¿Por qué me lo pregunta?

—La razón la conoce, y si me lo hubiera contado me habría ahorrado una noche de insomnio y de trabajo. Yo lo entiendo todo, entiendo la confesión, el secreto, el pecado, pero usted debía echarme una mano, padre. ¡Y no lo hizo!

—No podía. ¿Sabe lo que dice Juan?

—No, no lo conozco y, sinceramente, ¡me importa un bledo! —Terminó la llamada—. ¡Hecho! —exclamó el subjefe después de respirar hondo.

—¿Hecho el qué? —preguntó Italo con los ojos como platos.

—*Habemus papam*! —Luego Rocco se puso el loden, se lió la bufanda al cuello, encontró un paquete de tabaco en el bolsillo del abrigo y se asomó a la ventana.

—¿Qué haces?

—Necesito una bocanada de aire. Joder, qué frío. —Llenó los pulmones un par de veces, luego se encendió un cigarrillo —. Veamos, me hace falta alguien de la jefatura. Casella,

Antonio, el primero que esté disponible. Tú vete al juzgado y espera mis órdenes.

—No me estoy enterando de nada.

—El que tiene que enterarse soy yo. Tú eres un peón sin más. Qué aire tan fantástico —dijo, y dio una generosa calada al Camel.

Casella llamó por el interfono.

—Sube, Casè.

—La verdad, jefe, no estoy vacunado, me da miedo coger la gripe.

Rocco negó con la cabeza:

—Me asomo.

—¿Cómo?

—Me asomo. Tú coge apuntes.

Se puso de nuevo el loden y la bufanda y abrió la ventana. Casella estaba allí, en el centro de la plaza, mirando hacia arriba.

—Óyeme bien, Casella. Tienes que buscarme la dirección del domicilio de Bernardo Seppiè, que hasta puede que sea en Santhià.

Casella escribía en un pedazo de papel que sujetaba encima de la cartera, en un equilibrio precario. Un curioso se paró a escuchar.

—¡Caballero! —lo llamó Rocco—. Por favor... ¡circule!

El viandante, desprevenido, se alejó a toda prisa.

—Luego, Casella, que Antonio o alguien de la jefatura te eche una mano para ver si este señor tiene móvil, que seguro que sí.

—¿Tengo que llamarlo?

—No. Me traes el número y ya está.

—Ah, señor, ¿cuándo piensa volver al despacho?

—No lo sé. ¿No ves cómo estoy?

—Es que D'Intino también está con fiebre. Dice Deruta si hoy puede hacer horario reducido, que tiene que ir a ayudar a la mujer en la panadería.

—Y a mí qué me cuentas. Entonces, ¿todo claro?

—Clarísimo.

—¿Cuánto tardas?

—Veinte minutos en ir a la jefatura y luego le traigo…

—No. Llévaselo todo a Italo, que está en el juzgado. En cuanto hagas la entrega, me llamáis. ¿Está claro?

—Cristalino. —Casella se montó en la bici.

—Pero ¿qué eres, un vigilante nocturno, que vas en bici?

—El médico me ha recomendado que me mueva un poco. Sólo que me cago encima del frío.

—Estás en Aosta, no precisamente en el Gargano.

—¡Ojalá! —gritó Casella a la segunda pedalada.

Pasaron dos horas de relativa calma, Rocco logró incluso ver un documental sobre los hábitos alimentarios de los osos polares. Se les daba muy bien borrar sus huellas, mimetizarse con el manto de nieve. Como al asesino de Donato, «que actuó la noche antes de que nevara —pensó— para que al amanecer las huellas ya hubieran desaparecido». Por fin lo llamó Italo.

—Veamos, jefe… —Si lo trataba de usted, significaba que Casella estaba delante—. Lo tengo todo. Bernardo Seppiè sigue residiendo en la casa del crimen, en la via Monte Bianco de Santhià. Tenemos su número de móvil. ¿Qué hacemos?

—Subid a ver a Baldi y dádselo todo a él.

—¿Viene usted también?

—Tengo fiebre.

—Miente.

—¿Entonces...? —preguntó Baldi, que había seguido el razonamiento del subjefe.

—Entonces basta con comprobar si el número de móvil de Bernardo Seppiè se conectó la noche del lunes en Aosta, en Valpelline, en Ollomont, en vaya usted a saber cuál es la celda más cercana, y en ese caso emita una orden de detención y mis hombres irán a buscarlo.

—O sea, ¿me está usted hablando de una venganza?

—Exacto. Donato pagó muy caro denunciar a Bernardo por el homicidio de la niña, lo apartaron del sacerdocio por romper el sigilo sacramental, pero no consiguió guardarse el secreto. Y en el fondo lo entiendo. —Rocco le echó comida a *Loba* en su cuenco.

—El tipo ha salido después de quince años...

—Habrá estado alimentando el odio todo ese tiempo. Habrá ido a buscarlo para echar un rato de charla entre dos viejos amigos, era feligrés suyo, en el fondo se conocían, ¿no? Y yo le digo que el vino lo llevó él. ¿Se imagina a un pobre cura rebotado que vive en una iglesia desacralizada comprándose una botella de amarone?

—No, supongo que no.

—Lo metió en la camita, luego obstruyó la chimenea, prendió el fuego en la estufa y esperó. No podía imaginarse que el otro se despertaría, pero bajo el efecto del Flunitrazepam, atontado, se cayó al suelo.

—Una venganza...

—Exacto, señor Baldi. Espero noticias, pero estoy bastante seguro de que es eso lo que ocurrió. Ah, y lo último, ¿siguen ahí mis heroicos agentes?

—Le paso a Pierron.

Oyó al agente acercarse.

—Dígame, señor.

—Italo, quedáis a las órdenes del magistrado. Además, ¿me

haces un último favor...?

—Claro.

—Sube a casa de Maddalena Trochein, dile que el cuadro puede quedárselo. Donato se lo habría dejado. Que no intente venderlo si no quiere que la enchironemos, que lo cuelgue en la pared.

—Recibido.

—Gracias por todo, Italo. Tener fiebre es fantástico.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha sido la tocada de cojones más cómoda a la que me he enfrentado en toda mi vida. —Cortó la comunicación. Luego dio un silbido. *Loba* ya estaba lista. Se puso el loden, la bufanda de siempre, se cerró bien el pecho—. Cachorrita mía, vamos a dar un paseo. —La perra saltaba de alegría—. Pero no porque te quiera mucho, sino porque me voy a arruinar con ese codicioso de Gabriele. ¡Los cinco euros nos los bebemos a nuestra salud!

Loba ladró y salieron derechos al bar de Ettore. En cuanto sacaron la nariz fuera del portón, vieron que caían copos de nieve.

—¡Feliz Navidad! —gritó entusiasmada una vecina que regresaba de hacer la compra.

Rocco gruñó y, avanzando con los Clarks en la nieve, que ya había formado una capa de hielo sobre la acera, se perdió entre las luces de las tiendas y las calles del centro histórico, entre el olor a vino especiado y a azúcar caramelizado, mientras los copos helados ya habían superado la barrera de la bufanda y se le colaban por el cuello de la camisa.

Vuelve Rocco Schiavone, el peculiar e irreverente Subjefe de la policía de Aosta.



Independientes entre sí, estos cinco relatos, leídos en conjunto, componen una imagen única del subjefe Rocco Schiavone, que encantará tanto a sus fieles seguidores como a quienes nunca han leído sus investigaciones

En el primer relato un cadáver no identificado aparece extendido sobre el ataúd de una mujer, con un anillo de bodas como única pista. Las siguientes historias -una excursión montañera de tres amigos que termina con un muerto; un partido de fútbol fraudulento entre hombres de ley; un delito en el compartimento de un tren; el asesinato de un inocente ermitaño- se convierten en una indagación misteriosa en la que el subjefe vuelca su malestar existencial, con una potente denuncia social como telón de fondo y una narración irónica que roza el sarcasmo.

La crítica ha dicho…

«Antonio Manzini ha dibujado un personaje extraordinario.»
Andrea Camilleri

«Un millón de ejemplares vendidos en Italia en cuatro años, traducido en todo el mundo, finalista del premio británico de la Crime Writers' Association, y ahora también famoso entre el público televisivo por una serie basada en sus libros: el heredero de Montalbano se llama Rocco Schiavone.»
La Repubblica

«Antonio Manzini ha hecho del subjefe de policía Rocco Schiavone un personaje inolvidable, que crea adicción.»
Corriere della Sera

«Manzini conoce bien su época, y su escritura tiene un ritmo muy potente. Sus frases, breves y cortantes, describen una humanidad que se debate eternamente entre el bien y el mal.»
Blog Telegraph Avenue

Antonio Manzini (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, fue alumno de Andrea Camilleri en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica. Ha publicado las novelas *Sangue marcio, La giostra dei criceti* y *Sull'orlo del precipizio*, así como varios libros de relatos, dos de ellos a cuatro manos con Niccolò Ammaniti. Su serie dedicada al subjefe Rocco Schiavone, recibida con entusiasmo tanto por la crítica como por los lectores, lleva más de un millón de ejemplares vendidos en Italia y se ha traducido a siete idiomas y la adaptación televisiva ha cosechado un rotundo éxito. Salamandra ha editado en español y en catalán las seis primeras novelas: *Pista negra, La costilla de Adán, Una primavera de perros, Sol de mayo, 7-7-2007* y *Polvo y sombra.*



Título original: *L'anello mancante*

Edición en formato digital: julio de 2022

ISBN: 978-84-18681-31-8

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguinlibros

Índice